

LOLES LÓPEZ

*En medio
de nada*



zafiro♥

En medio de nada

Loles López

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© Loles López, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2013

ISBN: 978-84-08-17999-3 (epub)

¿Por qué todo el mundo me dice lo que tengo que hacer? ¡No! Éste es mi sueño y yo decidiré cómo continúa.

Alicia en el País de las Maravillas

PRÓLOGO.

UN AMOR PROHIBIDO

Un segundo bastó para que todo mi mundo estuviera patas arribas cuando me di cuenta de algo de lo que no me había percatado antes, pero que fue creciendo poco a poco, en silencio, hasta explotar delante de mis narices y dejarme con cara de bobo... Era la celebración de mi cumpleaños, cumplía veintiocho, una edad muy buena para un hombre como yo, con trabajo fijo desde que nací y con un don para las mujeres... ¿Por qué iba a contentarme con una si podía disfrutar de todas? Ésa era mi forma de pensar y no tenía previsto variar ni una sola coma, hasta entonces, claro... Después de la deliciosa cena en la casa familiar —sí, he de reconocer que todavía continuaba viviendo con mis padres, pero ya entenderéis el motivo—, me fui con mis amigos a la discoteca de moda de Marbella, que se encontraba al lado de una preciosa playa. Entre risas, bailes, alcohol y coqueteos, intenté ligarme a una muchacha que estaba de paso en la ciudad, y digo «intenté» porque lo que ocurrió no tiene desperdicio...

—Espera, que con los tacones no puedo andar por la arena —se quejó Estela, mi conquista, mientras se apoyaba en mi hombro para quitarse los zapatos.

—¡Ven, que te ayudo! —exclamé sorprendiéndola al cogerla con facilidad en brazos y echar a correr hacia la orilla del mar.

—¡Estás loco! —rio ella a carcajadas mientras se agarraba a mis fuertes brazos para no caerse.

—Me lo dicen a menudo —comenté con una sonrisa resplandeciente, ya que ser espontáneo formaba parte de mi encanto.

Cuando llegamos cerca de la orilla, la dejé con delicadeza sobre la arena tibia de aquella noche de mediados de septiembre. Estela se agachó y terminó de quitarse los zapatos para que, así, no se le hundieran los finos tacones o para no estropearlos... ¡Vete tú a saber por qué lo hizo! Después los dejó a un lado y volvió a mirarme con aquella mirada que no era la primera vez que me echaban. No quiero sonar presuntuoso, pero uno está de muy buen ver, y Estela acababa de ponerme ojitos.

—Es precioso. Me encanta el mar por la noche, con la luna llena reflejada en el agua, el sonido relajante de las olas... Hummm... ¡Me quedaría aquí para siempre! —musitó admirando el paisaje e intentando aparentar normalidad, aunque sabía que por dentro se sentía terriblemente atraída por mí. Uno ya sabe leer los movimientos de las mujeres, y ella hablaba casi a gritos con los suyos.

Y, de repente, sin querer, en ese preciso momento me acordé de Raquel (en teoría es mi hermana pequeña, aunque lo que ella no sabe es que es adoptada). Pensé en lo mucho que a ella le gustaba el mar. Podía pasarse horas en la playa, sentada en la arena, leyendo un libro o, simplemente, observando las olas mecerse al compás, absorta del mundo que la rodeaba, centrada en la historia que estuviera leyendo en aquellos momentos o en cualquier cosa que la

mantuviera preocupada. Por supuesto, deseché de inmediato ese pensamiento, sin darle mucha importancia, y me concentré en lo que importaba esa noche: la chica que me había llevado hasta la orilla. Estela estaba bastante bien: rasgos bien definidos, trasero prieto, buenas curvas..., incluso era divertida y se podía hablar con ella. ¡Vamos, un chollo! La observé con detenimiento bajo la luz de la luna y me acerqué a ella despacio mientras le acariciaba con delicadeza el rostro y me daba cuenta de que contenía algún impulso, como si quisiera aparentar que la había sorprendido, aunque ella también deseara aquello.

—Tú sí que eres preciosa, Raquel... —musité mientras la cogía por la nuca para besarla.

—Me llamo Estela —replicó ella molesta mientras me hacía la cobra de una manera casi profesional.

—Ya lo sé —susurré al no entender por qué me repetía su nombre, si ya lo sabía...

—Acabas de llamarme Raquel —reiteró enfadada, dándome así una pista del motivo del repentino enfriamiento en el ambiente.

—No, no lo he hecho —negué convencido, aunque una parte de mi subconsciente me avisaba de que ella tenía razón.

—¡Lo has hecho! Mira, Hugo, mejor me vuelvo a la discoteca, parece que tienes a más de una chica en la cabeza... —dijo mientras se agachaba y cogía sus zapatos con una dignidad abrumadora.

—No, no te vayas. Te lo puedo explicar: Raquel es mi hermana, no sé por qué te he llamado así... —balbuceé nervioso al ver que ella se escapaba y me quedaba sin el fin de fiesta de mi noche de cumpleaños.

—Claro, tu hermana... —Chasqueó la lengua con desconfianza—. Ha sido un placer conocerte, Hugo.

Estela me miró por última vez, como perdonándome la vida, y me dejó solo y desconcertado, sin entender qué había pasado para que al final acabara así la velada. Me quedé allí mismo durante un rato, intentando averiguar qué había ocurrido, aunque en ese momento no di con la solución. Debo reconocer que no veía que fuera para tanto que me hubiese equivocado de nombre en un momento tan íntimo, aunque más tarde adiviné el quid de la cuestión.

Volví a la fiesta dispuesto a que ese contratiempo no afectara a la celebración de mi cumpleaños, me acerqué a mis amigos y seguimos con la diversión; ninguna mujer haría que me perdiera la oportunidad de reírme un rato. Era Hugo Santamaría, un conquistador nato, un hombre que jamás se había enamorado pero a quien le encantaba conquistar a todas las bellas mujeres con las que se cruzaba, y si una le salía rana, no era el fin del mundo: había muchas más en la charca.

—Hostia, tío, ¿cómo vamos a volver a casa? —me preguntó Rubén preocupado mientras salíamos de la discoteca dando por terminada la fiesta.

Las luces del local ya se habían encendido, lo que era la señal para que todos nos marcháramos de allí.

—Vamos a llamar un taxi —propuso Carlos al ser consciente de que ninguno se había traído el coche.

—Déjate de taxis, que nos podemos tirar aquí una hora hasta que encontremos uno libre —dije sabiendo que sería casi una misión imposible al ver toda la gente que salía de la discoteca con la misma idea, mientras me apoyaba en una de las paredes del exterior. Me encontraba

bastante mareado, aquella noche me había pasado bebiendo—. Llamaré a mi hermano y que venga a por nosotros.

—¡Perfecto! —exclamó Rubén, puesto que no era la primera vez que mi hermano mayor nos rescataba después de una noche de juerga.

Saqué mi carísimo teléfono de última generación y llamé a Roberto, pero no me lo cogió, algo bastante extraño viniendo del responsable de mi hermano. Observé la pantalla del móvil pensando a quién más podía recurrir en un caso como ése, e, instintivamente, marqué el primer número de teléfono que me vino a la mente.

—Hola, Raquel —saludé con dificultad, pues el alcohol no me facilitaba aquella tarea tan sencilla.

—¿Hugo? ¿Estás bien? —preguntó ella preocupada. Seguramente mi llamada la había despertado de su merecido descanso.

—¡De lujo! —exclamé entre risas mientras arrastraba las palabras.

—¡¡Estás borracho!! —señaló ella molesta por mi reprochable conducta. Era lógico, yo era mayor que ella, pero muchas veces parecía al revés.

—Sí, pero sólo un poco... Oye, que no te habría llamado si no fuera importante. No localizo a Roberto, no encuentro ningún taxi... Por favor, ¿puedes venir a buscarme? —pregunté en tono lastimero mientras arrastraba la última palabra más de la cuenta para así darle pena y conseguir mi propósito.

—¡Tienes un morro que te lo pisas, chaval! —exclamó Raquel molesta—. ¿Dónde estás?

—En la discoteca Buda.

—Dentro de diez minutos estoy allí —repuso, y luego cortó la comunicación.

—Viene mi hermana —informé a mis amigos contento de haberme salido con la mía.

—Hugo, tienes un sol de hermana. La mía me habría enviado directamente a la mierda si la hubiera llamado para que viniera a recogerme a estas horas —comentó Carlos.

—Es que Raquel es la mejor —murmuré con orgullo mientras guardaba el teléfono móvil.

—Uf, no sé si será la mejor, pero vamos, que está de toma pan y moja... —soltó Rubén haciendo gestos con las manos para que nos diéramos cuenta de lo buena que estaba Raquel.

—Cuidadito con lo que dices... A mi hermana ni mirarla, ¿eh? Que nos conocemos y no quiero teneros de cuñados —amenacé más en serio que de broma, todo hay que decirlo.

—Tu hermana ya es mayorcita para saber lo que se hace, ¿no? —terció de nuevo Rubén. Parecía que no se hubiera dado cuenta de la seriedad de mis palabras.

—Lo es, pero con quien a ella le dé la gana, no con vosotros, que sólo queréis follárosla y poco más —objeté sintiendo un sabor extraño en la garganta al imaginarme la escena.

—Déjalo, Rubén, que hoy tiene el tonto subido —comentó Carlos.

—Nada, eso es porque al final hoy no ha conseguido mojar —replicó Rubén, dando así la respuesta para mi arranque de furia. Sin embargo, es posible que gran parte de lo que me sucedía fuera por ese motivo...

—Mira, no me jodáis, y ahora chitón, que ya viene por ahí. Quiero que os comportéis como dos santos —señalé al ver cómo se acercaba el coche de Raquel.

Se detuvo junto a nosotros y montamos en él.

—Muchas gracias, y perdona por hacerte madrugar —le dije mientras subíamos.

—No sabía que ahora trabajase en Radio Taxi —comentó ella con guasa mirando a mis

amigos, en la parte trasera del coche, que la habían saludado con educación al entrar.

—Te prometo que te compensaré —murmuré con una sonrisa mientras me acomodaba en el asiento del copiloto y notaba que el mareo comenzaba a disiparse.

—Más te vale —dijo ella con una mueca divertida mientras metía la primera marcha y se internaba en las calles vacías de Marbella.

—Raquel... ¿Sales con algún chico? —preguntó de pronto sin venir a cuento Rubén, que se encontraba justo detrás de ella y que se llevó una mirada de reproche por mi parte.

—No, calla, ni ganas que tengo. Hace poco que dejé a mi última pareja y no me apetece volver a empezar de nuevo. A partir de ahora pienso tomarme la vida como lo hace mi hermano —explicó ella mirándome de reojo y aguantándose la risa por alguna ocurrencia que debía de estar pasándosele por su cabecita loca—. Con la misma filosofía, a disfrutar al máximo sin pensar en las consecuencias. ¡Vive la vida y no mires atrás! —exclamó haciendo sonreír a todos los ocupantes del coche menos a mí, que no me gustó mucho que dijera eso.

Una cosa era que lo hiciera yo, pero... ¿ella? Raquel no podía hacer eso.

—Pues, si tú quieres, yo puedo ser una de esas consecuencias —susurró Rubén al tiempo que le rozaba el hombro.

De repente sentí como una presión en el estómago, un martilleo en mi mente, un calor subiendo por mi cara y unas ganas enormes de echar del coche a mi buen amigo.

—¡Rubén, si no quieres que te saque del coche de un puñetazo, cierra el pico! —solté enfadado al ver su táctica de seducción con mi hermana.

A continuación, el silencio se instaló en el vehículo. Raquel me miraba de reojo como intentando comprender qué me había pasado para que me pusiera de aquella manera, ya que no era la primera vez que mis amigos le proponían que tuviera algo con ellos, pero esa noche... Esa noche yo no estaba muy fino, que digamos. Carlos y Rubén trataron entonces de cambiar de tema de conversación para que aquello no se saliera de madre, hablando de cosas banales para disipar un poco el regusto que mi enfado había dejado en el ambiente. En cambio, yo... yo me quedé callado, pensando en qué leches me ocurría para no dar pie con bola y hacer cosas que normalmente no hacía.

Sabía que mi amigo Rubén era como yo, un ligón nato que se llevaba a las chicas de calle. Era rubio, con los ojos azules, alto, y con el cuerpo trabajado duramente en el gimnasio. Parecíamos Zipi y Zape, puesto que yo era igual que él, pero moreno y más guapo, todo hay que decirlo... «A lo mejor, si él se lo propusiera, Raquel podría caer en sus brazos...» Al pensar eso, me estremecí de dolor, como si algo me estrangulara la boca del estómago. Miré de reojo a mi hermana, que conducía concentrada hacia la casa de mis amigos. Aun habiéndola levantado de la cama a altas horas de la madrugada, estaba preciosa, con el cabello recogido en una coleta, con sus facciones finas y angulosas, con esa determinación que me encantaba de ella. Y, de repente, mientras la observaba, pensé en cómo debían de besar esos labios tan tentadores que apretaba sin darse cuenta siempre que necesitaba concentrarse. Al percatarme de lo que acababa de ocurrírseme, me quedé congelado, sin mover ni un solo pelo. Pero ¿qué narices me sucedía? ¿Es que había bebido tanto aquella noche como para pensar cosas extrañas? Me tapé con las manos los ojos, intentando alejar aquellos pensamientos de mi cabeza. No podía pensar esas cosas de ella. Era mi hermana..., aunque, bueno, no de sangre, sino sólo de nombre. Desde que mi padre había decidido adoptarla, nos contó la verdad tanto a mi hermano como a mí, por lo que, desde

bien pequeños, habíamos sido conscientes de que esa niña de ojos verdes, los más increíbles que había visto en mi vida, era como una amiguita que vivía con nosotros. Aun así, al fin y al cabo, éramos familia, ¿no? Estaba hecho un lío, pero decidí no tomarlo en cuenta. Lo que necesitaba era llegar a casa, dormir aunque fuera un par de horas, darme una ducha de agua fría a la mañana siguiente y entonces seguro que lo que acababa de pensar y de ocurrir esa noche me parecería hasta gracioso.

El sonido del despertador a la mañana siguiente me levantó de un sobresalto. Había dormido poco, pero lo suficiente como para tener un sueño contundente que me había hecho hasta sudar... El agua helada me despejó de golpe, haciendo que reviviera el sueño que me había hecho sentir como aletargado al despertar, como extraño, sin saber las razones. En él aparecía Raquel, tan guapa como siempre, con un vestido negro entallado que cincelaba sus perfectas curvas. Ella se acercaba a mí y me acariciaba el brazo con suavidad mientras me clavaba su preciosa mirada, haciéndome sentir especial. Yo me aproximaba entonces también a ella para besar aquellos labios que tanto anhelaba, y ella se pegaba a mi cuerpo, recibiendo gustosa aquel contacto tan íntimo. En ese momento me sentía dichoso de tenerla así, entre mis brazos, sabiendo que era yo quien probaba esos labios, que era yo quien podía acariciar ese cuerpo, que era yo el dueño de su mirada y de su corazón...

Me quedé quieto, sin mover un solo músculo, mientras el agua caía con fuerza sobre mi fibroso cuerpo y sobre mi cabeza. Parecía que todo estaba cuadrando en mi mente, que las piezas de aquel puzle estaban encajando para darme la respuesta que tanto necesitaba, para poder explicar aquello que me hacía sentir raro, como desubicado. No era que no quisiera que uno de mis amigos fuese mi cuñado; las razones de que hubiera saltado en contra de Rubén la noche pasada era que no quería que nadie estuviese con Raquel, porque la quería para mí... Tragué saliva mientras cerraba los ojos con fuerza, maldiciendo por dentro aquella osadía, intentando borrarlo de alguna forma. ¿Era posible que estuviera enamorándome de ella? Joder, estaba en un lío, y de los grandes, pensé mientras negaba enérgicamente con la cabeza, haciendo que el agua chocara contra la mampara de la ducha. En aquel momento todo tenía sentido, no me había confundido de nombre por error al llamar a Estela: mi subconsciente anhelaba que bajo aquella luna llena, sobre la arena fina y tibia, estuviese Raquel, y no otra que la sustituyese. Pero eso no estaba bien. Tenía que olvidarme de ella, necesitaba con urgencia salir con otras mujeres para borrar ese sentimiento que acababa de descubrir, y que me aturdía y me hacía estar mal conmigo mismo. No podía enamorarme de ella, no podía sentir algo por ella, y haría todo lo necesario para apartarlo de mi mente.

Después de ese descubrimiento, mi vida pasó de ser una continua fiesta a convertirse en un auténtico fastidio. Allá donde iba, veía a Raquel, con su sugerente bikini dejándome con cara de tonto mientras frenaba mis impulsos más primitivos; mostrándome su maravillosa e hipnótica sonrisa, que me enamoraba más si cabe; intentando saber qué me ocurría cada dos por tres; haciendo que me sintiese mal por mentirle; posando su mirada preocupada en mí cuando me veía en silencio, sin salir por las noches y encerrado en mi habitación... Y por eso tuve que hacer lo que hice: me marché. Cogí la maleta y me fui en busca de algún tipo de distracción que me hiciera olvidar aquellos sentimientos que nunca antes había tenido, pero que ahora no paraba de experimentar cuando la tenía a ella al lado.

Estuve un mes fuera, me marché de Marbella para tratar de olvidarla y volver a encontrarme

a mí mismo, pero, aunque lo intenté con todas las ganas del mundo e incluso me eché una medio novia valenciana, no pude erradicar el amor que sentía por ella. Era como si se me hubiera metido debajo de la piel, imposible de borrar y de ignorar.

Ahora, después de haberlo intentado mil veces e incluso de haber tirado la toalla en ese tema, ya que mis sentimientos perduran, los muy puñeteros..., sigo enamorado de ella más si cabe. Mi vida es una auténtica farsa y ya no sé qué hacer, porque los meses siguen pasando y mi amor por ella nunca se acaba. ¿Y si Raquel algún día encuentra al hombre que la hace suspirar? ¿Qué haré yo entonces? ¿Voy a esperar de brazos cruzados hasta que mi padre le diga la verdad de su procedencia o voy a hacer algo para cambiar esa situación?

Y así estoy, después de tanto tiempo, siendo un fantasma de lo que fui y harto de intentar aparentar normalidad. Por todo lo que me ha tocado aguantar y luchar contra este sentimiento que sigue creciendo sin frenos, esta misma mañana me he levantado con un claro propósito: voy a contárselo todo, le diré que es adoptada y que la amo con todo mi ser, como nunca pensé que podría querer nadie, e incluso le explicaré todo lo que he hecho en un vano intento por olvidarla. Seguro que lo entiende, Raquel es especial, y yo... yo... la amo tanto...

1. HOTEL AL-ÁNDALUS

Raquel clavó la mirada en el gran espejo de su bonito y lujoso cuarto de baño. Estaba terminando de cepillarse el cabello mientras, al mismo tiempo, pensaba en el hecho de que tenía veinte días de vacaciones por delante. No había planificado ningún viaje, ni tampoco pensaba coger su mochila e irse a la aventura por el país... No, aún no. Y no lo hacía porque, por una parte, estaba sin pareja, parecía que todos le salían rana, y, por otra, porque no podía dejar a su padre y a sus dos hermanos sin su ayuda. Acababa de empezar la temporada alta y eso significaba que iban a estar desbordados de trabajo; lo lógico era que ayudase en el negocio familiar, en el gran y famoso hotel de Marbella.

El hotel Al-Ándalus había sido fundado por su abuelo, Antonio Santamaría, en 1950. Cuando éste era joven había trabajado durante varios años de camarero en un pequeño hostel costero del Levante, y siempre había soñado con tener su propio negocio. Trabajó muy duro para poder ahorrar todo lo que ganaba, y un día, mientras paseaba, vio un edificio antiguo muy cercano al mar. A pesar de que la construcción no parecía gran cosa a simple vista, Antonio sabía que con imaginación y su propio esfuerzo podría convertirla en el establecimiento hotelero más famoso de toda Marbella, y así había sido.

El hijo de Antonio, es decir, el padre de Raquel, nació cinco años después de la gran inauguración. Siempre les contaba a sus tres hijos que debían estar muy agradecidos por todo lo que tenían, pues gracias a la perseverancia y al buen hacer de su abuelo poseían un negocio que les daba miles y miles de euros.

Actualmente era su padre, Miguel Santamaría, quien lo regentaba, puesto que su abuelo había fallecido de muerte natural unos cuatro años antes. Antes de morir le hizo prometer a su único heredero que lucharía siempre por conservar el negocio familiar y que de ningún modo lo vendería a un extraño, pues el hotel debía regentarse siempre por el apellido Santamaría. Como Miguel era un hombre de palabra, persuadió a sus dos hijos varones para que estudiaran empresariales e idiomas, y ahora ambos trabajaban a su lado. Aunque podría parecer extraño al ser algo impuesto por el patriarca de la familia, ellos admitían que eran felices con su labor, que disfrutaban mucho trabajando ahí y que no se arrepentían en absoluto de haber seguido con el legado familiar. En cambio, a Raquel nunca la obligaron a que estudiara nada relacionado con el negocio. Ella pensaba que el motivo principal era que poseía un carácter fuerte y rebelde, era muy reacia a las imposiciones y, si la hubiesen forzado, seguramente no habría pisado nunca el hotel. Raquel estudió periodismo, una carrera que siempre le había resultado atractiva, y además se apuntó a una academia para poder aprender inglés y alemán, ya que los idiomas siempre abrían puertas, y más en una ciudad tan turística como era la suya. Después de realizar unas prácticas en un periódico local, quedaron tan contentos con ella que la incorporaron a su plantilla, un empleo en el que llevaba ya un año y del que se sentía muy contenta.

Raquel salió casi corriendo de la casa familiar, subió a su Audi rojo y se dirigió hacia el

hotel, donde la esperaban ese día como refuerzo. Condujo un par de kilómetros mientras escuchaba una emisora de radio hasta llegar a su destino.

—Buenos días, señorita Santamaría —saludó el aparcacoches cuando ella se bajó de su automóvil.

—Buenos días, Jesús. ¿Qué tal estás? —preguntó mientras le daba las llaves para que se lo estacionara en el parking privado del hotel.

—Muy bien, señorita, gracias por su interés.

La chica se dirigió hacia la gran entrada acristalada del hotel Al-Ándalus y caminó por el lujoso vestíbulo, decorado de tal manera que recordaba a la mezquita de Córdoba por las columnas de mármol y granito que rodeaban la estancia, sobre las que se erguían unos magníficos arcos de herradura. El suelo era de mármol blanco y en el centro se encontraba una fuente de forma circular, del mismo material pero en color rojo, de la que, desde su base, manaban sin cesar unos espectaculares saltos de agua que producían un sonido muy relajante. Al otro lado se hallaba la recepción, cuyo mostrador combinaba el blanco y el rojo, los colores predominantes del vestíbulo.

—Buenos días, Manuel —saludó Raquel al recepcionista, un hombre de unos cuarenta años, moreno y de mirada amable—. ¿Está mi padre en su despacho?

—Buenos días, señorita Santamaría. Sí, podrá encontrarlo en su despacho, está reunido con sus hermanos —la informó él con una sonrisa amable—. Por lo que veo, ya la tenemos de vuelta. ¿Vacaciones o días libres?

—Vacaciones —contestó ella sonriendo al ser consciente de que pasaba más tiempo en el hotel que en ningún otro lugar.

—¿Y usted nunca descansa? Del periódico al hotel, y del hotel al periódico...

—¡Qué le voy a hacer, Manuel! Soy un alma inquieta —dijo ella mientras le guiñaba el ojo y reía divertida—. Bueno, nos vemos más tarde, voy a ver qué me dice mi padre.

A continuación, se dirigió al despacho de Miguel. Éste se encontraba en la misma planta, a la izquierda de los ascensores, donde una puerta indicaba que el acceso estaba restringido en exclusiva al personal del hotel. Tras cruzarla, había que atravesar un pasillo iluminado por varios focos en el techo, a lo largo del cual había varias puertas blancas a cada lado, y al fondo se encontraba la puerta roja que daba acceso al despacho del director. Cuando llegó frente a ella, Raquel llamó con suavidad y, acto seguido, entró en la estancia. Allí estaban los tres hombres más importantes de su vida: su padre, cuya presencia llenaba toda la habitación, y sus dos hermanos, que la miraban con cariño. Éstos se encontraban sentados enfrente de Miguel; entre ellos, la solemne mesa de caoba que había sido usada por primera vez por su abuelo y que se hallaba en perfecto estado por los cuidados que se le habían administrado para que fuera así.

A sus cincuenta y siete años, Miguel aún era un hombre muy atractivo y bien parecido. Tenía el cabello un poco canoso, era muy alto y esbelto, sus ojos eran oscuros y siempre vestía con trajes a medida. Tan sólo prescindía de ellos cuando se iba de vacaciones con su mujer, pero ya hacía muchos años desde su último viaje con ella, pues prefería quedarse trabajando en Marbella mientras su esposa se gastaba el dinero en algún paraíso caribeño acompañada de sus amigas. Roberto, el primogénito, tenía treinta y dos años, y era el que más se parecía a su padre: alto, moreno y con unos preciosos y grandes ojos oscuros como la noche. Era el más formal de los tres hermanos, y también el más responsable. Raquel siempre confiaba en él para asuntos

importantes. A su lado se encontraba Hugo, el mediano, de treinta años y el más juerguista y loco de los tres, aunque los dos últimos años aquella vena gamberra hubiera decaído un poco y estuviera serenándose ligeramente, algo que ya le tocaba hacer... También era alto, pero no tanto como Roberto; él se asemejaba más a su madre, de rasgos más suaves, cabello un poco ondulado y ojos del color de la tierra.

—Buenos días —saludó Raquel con una sonrisa.

—Buenos días, cariño. —Miguel se levantó y le dio un par de besos—. Siéntate con nosotros.

Ella tomó asiento al lado de Roberto.

—¿Tanto nos echas de menos que siempre andas por aquí? —bromeó Hugo—. ¡Ni en vacaciones puedes estar lejos de nosotros!

—Ya sabes que no puedo vivir sin veros —contestó ella siguiéndole el juego, lo que hizo que él sonriera con picardía.

—Bueno, chicos, os pongo en situación: este año esperamos que venga un diez por ciento más de clientela, pues tras la ampliación del hotel prevemos mucho más trabajo que en años anteriores. Por ello, tenemos que aportar ideas entre todos, para que los clientes que nos visiten quieran volver otro año más y nos convirtamos en su lugar preferido de veraneo —dijo Miguel mientras señalaba una hoja con unas estadísticas.

—Bueno, papá, no exageres tanto. Este lugar es el más famoso y prestigioso de Marbella, sólo con su nombre genera dinero —dijo Hugo restándole importancia a la preocupación de su padre.

—Sí, eso ya lo sé, pero también hay que tener en cuenta que en cualquier momento pueden cambiar las circunstancias, por ejemplo, podrían cansarse de la monotonía y buscar alojamientos que les den cosas distintas de lo que nosotros ofrecemos. Por este motivo debemos innovar siempre y proporcionar al cliente experiencias nuevas, interesantes, divertidas, exóticas... ¡Lo que sea!

—Podríamos celebrar fiestas ambientadas en distintas épocas, además de ofrecer bailes y pilates en la misma piscina —sugirió Raquel mientras anotaba en su tableta los requisitos que le había pedido su padre.

—Ésa es una muy buena idea. Este sábado, sin ir más lejos, podría haber una fiesta. Elegid la época en la que queréis ambientarla y empezad a trabajar, chicos. Además, vamos a darle un poco más de vidilla a la piscina y a hacer actividades para que el turista se divierta con nosotros —dijo Miguel mientras lo anotaba todo en su agenda—. ¡Poneos en marcha, chicos! —apremió con una sonrisa.

Acto seguido, los tres hermanos se levantaron de sus respectivas sillas y salieron del despacho de su padre.

—Yo me encargo de la decoración y de la música, además del vestuario. Vosotros, de todo lo demás —anunció Raquel con una sonrisa entusiasmada ante la idea.

—Pero ¿en qué época la vamos a ambientar? —preguntó Roberto al intuir que ella ya lo había decidido.

—En los años setenta, por supuesto. Era la época de la música disco, predominaban los colores extravagantes, las faldas con vuelo y los pantalones acampanados. ¡Va a ser genial! —exclamó emocionada ante la idea que había tenido—. Bueno, os dejo; voy a ver si me pongo en

marcha ya. ¡Luego nos vemos! —dijo mientras se alejaba de ellos y se dirigía a recepción.

—No comprendo por qué sigue aún en ese periódico; debería estar aquí, con nosotros... ¡Fíjate cómo disfruta trabajando en el hotel! Se la ve tan feliz... —comentó Hugo a su hermano mayor mientras la observaba alejarse.

—Raquel necesitaba probar que podía valerse por sí misma sin la ayuda de nuestro padre. Pero creo que no se da cuenta de que en su interior desea formar parte de esto —repuso Roberto mientras la veía salir del pasillo de empleados para entrar en el vestíbulo.

—¿Tú crees que sospecha algo? —preguntó entonces Hugo en un susurro.

—¿Sospechar de qué? —Roberto hizo una pequeña pausa observando a su hermano, que se encontraba todavía más raro de lo que ya era habitual en él—. ¡Ah! Me imagino que no, pero ya sabes que no debe saberlo, se lo prometimos a nuestro padre.

—¡Pero es ridículo! ¡Debe saber que es adoptada!! —exclamó Hugo molesto por el secretismo que siempre había reinado en la familia.

—Hugo... ¿No me dijiste que ese tema estaba zanjado? ¿Para qué quieres que se entere? —murmuró Roberto intuyendo que su hermano no había olvidado los sentimientos que albergaba por Raquel, los cuales lo habían transformado por completo, haciéndole más introvertido y serio de lo que había sido.

—¡Déjalo! Me voy a trabajar —dijo Hugo levantando la voz y alejándose de él a grandes zancadas.

Roberto se quedó observando cómo su hermano se marchaba mientras negaba con la cabeza. Parecía que Hugo no había conseguido olvidarla, sabía que lo había intentado hacía un par de años, que incluso se había marchado de Marbella para conseguir su fin, pero, por lo visto, seguía enamorado de Raquel.

Después de salir del despacho de su padre y de hablar con sus hermanos, Raquel fue directamente a recepción. Quería buscar unas direcciones para poder encargarse de las cosas que necesitaría para la fiesta de ese mismo sábado.

—Señorita Santamaría, ¿por qué no se va a trabajar a su despacho? Estaría mucho más cómoda... —le aconsejó el recepcionista.

—¿Te molesto aquí, Manuel? —preguntó divertida.

—No, no es eso. Es todo un placer tenerla aquí, ya sabe que le tengo mucho cariño.

—Pues, sí es así, podrías comenzar llamándome por mi nombre, que hace ya muchos años que nos conocemos, Manuel —objetó Raquel sonriente—. El caso es que me gusta estar en la recepción del hotel, me encanta poder ver la primera reacción de nuestros clientes cuando cruzan la puerta principal, verles la cara es lo que hace todo esto mucho más divertido —explicó.

En ese mismo momento se acercó un cliente al mostrador y se colocó delante de ella.

—Hola, buenos días —saludó. Era un hombre de unos treinta años, alto, con el cabello castaño muy claro y unos preciosos ojos azules—. Tenía una reserva.

—Buenos días, y bienvenido al hotel Al-Ándalus. Dígame, ¿a nombre de quién? —preguntó Raquel casi sin aliento al observar lo atractivo que era el cliente.

—Ian Huriarte Wesley —respondió él con una sonrisa tan tentadora que a ella se le hizo complicado salir de la pantalla del navegador para introducirse en el programa de recepción de clientes.

—A ver, un segundito, por favor —pidió mientras tecleaba en el ordenador y sentía aquella

mirada azulada sobre ella—. Sí, aquí está. ¿Se va a quedar mucho tiempo en el hotel?

—En principio, unos cinco días —contestó él mirándola fijamente.

Raquel comenzó a ponerse nerviosa al ver el hoyuelo increíblemente sexi que se le formaba en la mejilla cuando sonreía.

—Perfecto, pues aquí tiene la tarjeta, su habitación es la 533. Si lo desea, pueden subirle el equipaje hasta su dormitorio —dijo entregándole la llave electrónica.

—No, no hace falta, muchas gracias de todas formas.

Ian cogió la tarjeta y sus dedos se rozaron momentáneamente, haciendo que saltasen chispas con aquel pequeño contacto.

—Cualquier cosa que necesite, no dude en avisarnos. Deseamos que su estancia con nosotros sea de su agrado —susurró ella tratando de aplacar el cosquilleo que sentía en las yemas de los dedos y aparentando normalidad. Ante todo, debía guardar la compostura; no estaba bien babear delante de los clientes.

—Muchas gracias, señorita... —contestó él intentando averiguar el nombre de la guapa recepcionista que lo miraba con aparente timidez.

—Mi nombre es Raquel —dijo ella mientras le estrechaba la mano.

—Encantado de conocerte, Raquel —respondió él con una tentadora sonrisa de medio lado que lo hacía arrebatador.

—Igualmente —susurró la joven mientras miraba cómo Ian se alejaba de la recepción.

Así, pudo observarlo desde otra perspectiva, una que le gustó mucho, demasiado incluso, porque aquel hombre era muy atractivo, tanto que la hacía titubear.

—Ejem, ejem... —carraspeó Manuel al ver que la chica no le quitaba ojo a ese cliente que acababa de irse.

—¿Qué? —preguntó ella mirando al fin al recepcionista, que la conocía desde hacía tantos años.

—Nada, parece que ese muchacho le ha causado buena impresión...

—¡Manuel, qué cosas dices! Es un cliente, y ya sabes que ante todo hay que ser profesional —dijo ella mientras sonreía y le restaba importancia al tema.

Pero Manuel había acertado, Raquel se había quedado impactada por aquel hombre tan seductor, con aquella sonrisa de medio lado, aquel diminuto hoyuelo que se le formaba en la mejilla y aquellos preciosos ojos azules... Al final no había sido tan mala idea emplear sus vacaciones trabajando en el hotel, pues por lo menos podía alegrarse la vista con portentos como ése...

La mañana transcurrió rápidamente, pues, aunque Raquel no se lo había dicho nunca a nadie, le encantaba trabajar allí; le traía muy buenos recuerdos de su infancia y disfrutaba tratando con la clientela. La mayoría de sus vivencias habían sido en aquel lugar, el hotel siempre había formado parte de su vida. Había tenido una niñez muy feliz, sobre todo al lado de su padre y sus dos hermanos. En cambio, con su madre... Ese tema era bastante complicado, ya que creía que nunca la había querido; es más, Raquel estaba totalmente convencida de que la detestaba desde el mismo instante en que nació, aunque su padre siempre le repetía que se equivocaba, que su madre se comportaba así porque estaba pasando la crisis de la edad y vivía más pendiente de no envejecer que de ellos... No obstante, la chica había sido testigo en multitud de ocasiones de cómo su madre mimaba, hablaba y cuidaba de sus dos hermanos; en cambio, con ella, nada, sólo

había indiferencia, e incluso se sentía como si fuera una molestia en aquella casa, algo que la había marcado profundamente.

—Raquel, ¿te vienes a comer? —le preguntó Hugo acercándose a la recepción.

—Claro, ¿adónde vamos?, ¿al restaurante del hotel? —dijo ella mientras se levantaba de la silla y salía de detrás del mostrador para encontrarse con él.

—No. Hoy, por ser el primer día de tus vacaciones en el periódico, te invito a ese restaurante que tanto te gusta —comentó Hugo con una sonrisa encantadora.

—¡Qué bien! —exclamó con alegría dándole un beso en la mejilla—. ¿Va a venir también Roberto?

—No... —musitó él nervioso al no haber caído en que ella le preguntaría por su hermano mayor—. Creo que quería quedarse a terminar unas gestiones... —improvisó tratando de marcharse a solas con ella.

—¡Chicos! —oyeron entonces a sus espaldas. Era Roberto, que acababa de salir del ascensor y se dirigía hacia ellos.

—Ahora mismo estábamos hablando de ti —dijo Raquel con una sonrisa—. ¿Te vienes a comer con nosotros? —preguntó mientras se colgaba del brazo de su hermano mayor.

—Por supuesto, no me lo perdería por nada del mundo —contestó él mientras miraba a su hermana, que sonreía complacida por su respuesta.

—Pero si me habías dicho que tenías trabajo atrasado... —farfulló Hugo intentando que Roberto captara la indirecta y los dejara solos.

—Bueno, ya lo acabaré cuando vuelva de comer —repuso él mientras se alejaba de la recepción con Raquel a su lado—. Además, hay que celebrar por todo lo alto que nuestra hermanita va a trabajar en el hotel durante sus vacaciones —añadió recibiendo una mirada seria por parte de Hugo.

Los tres salieron del establecimiento y se dirigieron hacia el restaurante, que se encontraba en el paseo marítimo, a poca distancia de donde estaba ubicado el hotel. Por el camino, hablaron de todo lo que habían logrado hacer en esas horas, aunque Hugo apenas dijo nada, sino que se limitó a escuchar la conversación y a pensar acerca del cambio de rumbo que había sufrido su plan. Después de andar unos cinco minutos, llegaron al restaurante. Era un italiano, un local no muy grande, pero en el que entraba mucha luz natural gracias a los grandes ventanales situados en la fachada, desde los que se disfrutaba de unas preciosas vistas al mar. Todas las mesas estaban vestidas con manteles de cuadros verdes y blancos, y sobre éstas había unos originales candiles rojos. Del techo colgaba una magnífica lámpara de forja con tulipas de cristales de colores; el suelo era de losa de barro, y sus paredes eran de ladrillo visto. A Raquel le encantaba ese lugar, por su tranquilidad y su intimidad, y sobre todo porque le fascinaba comer mientras contemplaba el mar.

En cuanto entraron, un camarero los acompañó a una mesa situada cerca de uno de los grandes ventanales. A esa hora no había mucha gente comiendo, tan sólo un par de mesas ocupadas, puesto que los turistas extranjeros comían mucho antes que ellos. Pidieron la comida y la bebida: Roberto, risotto de setas; Hugo eligió ñoquis con albahaca, y Raquel se decantó por la lasaña de verduras.

—Voy un momento al baño —se excusó ella levantándose de la silla cuando el camarero se alejaba ya con el pedido.

—¿Qué leches estás haciendo? —preguntó en un susurro Hugo cuando Raquel hubo desaparecido de su vista.

—¿Qué crees que voy a hacer? Comer —dijo Roberto con tranquilidad mientras cogía un panecillo y le daba un mordisco.

—Sabes a lo que me refiero... —murmuró él nervioso sin dejar de mirar la puerta por la que había entrado Raquel.

—No, no sé a qué te refieres, Hugo. Yo estoy aquí, sentado con mis dos hermanos, disfrutando de la compañía y de un buen almuerzo... ¿Qué intenciones tienes tú? —preguntó Roberto muy serio mientras observaba los gestos nerviosos de Hugo.

—No quería que lo supieras, pero ya veo que no tengo más opción que decirte lo que voy a hacer: le voy a contar que es adoptada —dijo nervioso mientras se tocaba el cabello con ambas manos, descargando así su ansiedad.

—¿Sabes lo que estás a punto de hacer, Hugo? Vas a hundir a papá —repuso Roberto preocupado por las consecuencias.

—Ella debe saberlo, es por su bien... —musitó Hugo cogiendo el vaso de cerveza que el camarero acababa de dejarle sobre la mesa y bebiendo un trago para suavizar un poco la bola que notaba en la garganta, causada por los nervios y las ansias de soltar todo lo que sentía y que llevaba tiempo ocultando.

—Pero quien debería contárselo es papá, que fue quien la adoptó —informó Roberto en voz baja.

—Sabes que él no quiere decírselo porque cree que, cuando ella lo sepa, nos dejará para siempre. Aunque yo sé que no será así —replicó su hermano con convicción.

—Dime, Hugo, ¿qué más quieres decirle a Raquel? —preguntó Roberto aun sabiendo ya la respuesta.

—Yo... yo... —titubeó él nervioso mientras miraba por si volvía Raquel a la mesa—. Quiero que lo sepa porque, aparte de que creo que debe saberlo, también quiero confesarle que la amo. Estoy enamorado de ella desde hace dos años, y aunque he intentado por todos los medios quitármela de la cabeza, no lo he logrado, es superior a mis fuerzas... La amo cada día más, y ya no aguanto ni un minuto sin declararme. ¡Creo que voy a volverme loco! Tenerla tan cerca pero a la vez tan lejos... Es insufrible, Roberto... No puedo más y necesito decírselo, contarle la verdad, que sepa que yo no la veo como a una hermana, que la amo como mujer... —dijo Hugo derrotado por la batalla que había librado por deshacerse de aquellos sentimientos que habían surgido de improviso.

—¡Madre mía! Nuestro padre se va a arrepentir de habernos contado la verdad cuando éramos unos niños —se lamentó Roberto al ver que su hermano había tomado una decisión y ya no había marcha atrás. Lo veía en sus ojos, esa determinación y el cansancio de haber intentado algo con todas sus fuerzas, pero sin éxito.

—No tuvo otra opción: no somos tontos, y veíamos cómo la trataba mamá, sabes que todo era muy raro... —musitó Hugo al recordar aquellos años, cuando Raquel apareció en sus vidas.

—Pero, si tú no hubieras sabido la verdad, la habrías visto desde el principio como a tu hermana y nunca te habrías fijado en ella de otra manera.

—¡Ya lo sé! —farfulló Hugo molesto consigo mismo—. Pero no fue así, nunca la vimos como a una hermana, más bien era una amiga que vivía con nosotros, y yo... ¿Qué te crees, que

me siento orgulloso de sentir esto? ¡Lo he intentado, mierda! Sabes muy bien que lo he intentado con todas mis fuerzas y ya no puedo más. ¡Joder, Roberto, me he enamorado irremediabilmente de ella, nunca he sentido algo así por nadie...! ¡Por nadie! Y necesito contárselo, si no, enloqueceré —explicó visiblemente angustiado.

Roberto vio convicción en la mirada de su hermano. En ese momento observó que Raquel se acercaba a ellos con paso seguro. Respiró profundamente para poder ver el tema con claridad e intentar que el alocado de Hugo recapacitara y no le hiciera daño a Raquel. Sabía que aquella noticia haría que todo se tambalease, pero no podía hacer nada.

2. LA VERDAD

—Escúchame bien, Raquel ya vuelve. No le digas nada ahora, hablaremos con papá para que él se lo cuente. Hazme caso, Hugo, vamos a hacer bien las cosas, piensa que es lo mejor para todos —susurró Roberto.

Su hermano lo miró angustiado mientras se giraba para ver cómo la chica se acercaba a ellos.

—¿De qué hablabais? ¿De mujeres? —preguntó Raquel mientras se sentaba a la mesa que ocupaban sus hermanos—. Jo, ¡ya no me contáis nada! Sabéis que me encantan los chismorreos de vuestros ligues, para así ponerlos a caldo... —terció divertida.

—Sí, nos has pillado, pero no es nada importante —se apresuró a contestar Roberto, que no deseaba que su hermano soltara la verdad.

—Todo es importante, Roberto, todo; además, nada es imposible —murmuró Hugo mirándolo con seriedad mientras cogía la cerveza y le daba un trago, sellando sus palabras con esa acción.

—A veces hay que dejar que las cosas pasen por sí solas, sin forzar nada —reiteró Roberto observando a su hermano, que miraba con atención a Raquel.

—¡Uy, qué enigmáticos estáis! Vamos, que no me entero de nada de lo que estáis hablando. Cuando queráis, me lo contáis. Bueno, decidme, ¿cómo lleváis el tema de la fiesta del sábado? —preguntó ella cambiando de tema al ver la tensión que había entre los dos hombres y presintiendo que no iban a contarle nada de lo que se traían entre manos.

Al poco, el camarero comenzó a servirles los platos que habían pedido y se dispusieron a comer mientras charlaban tranquilamente de la fiesta que organizarían juntos.

Pese a que Hugo estaba deseando relatarle la verdad a Raquel, se contuvo al ver que su hermano tenía razón. Intentaría que fuera su padre quien se lo contase para, así, poder declararle después su amor...

A la mañana siguiente Roberto fue al despacho de Miguel. Necesitaba contarle lo que su hermano estaba a punto de hacer, ponerlo sobre aviso y convencerlo de que ya había llegado la hora de que le contara a Raquel cuál era su verdadera procedencia.

—Buenos días, papá. Tengo que hablar contigo de un asunto muy importante —dijo al entrar mientras se dirigía a la mesa a la que estaba sentado su padre.

—Buenos días. Tú dirás, hijo —respondió Miguel, dejando sobre la mesa unos informes del hotel para prestarle toda la atención a su primogénito.

—No sé por dónde empezar... Te vas a llevar un gran disgusto cuando te enteres de lo que tengo que contarte —comentó Roberto al intuir que aquello no sería de su agrado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel observando que el joven traía mala cara. Se notaba que no había podido conciliar el sueño y se encontraba nervioso.

—Te lo diré sin rodeos, creo que es lo mejor. —Hizo una pequeña pausa para armarse de valor y hablarle sin tapujos del tema que le preocupaba—. Hugo está enamorado de Raquel y

quiere contarle la verdad de su procedencia.

—¿Cómo?! —exclamó el hombre levantándose de la silla, pálido y sorprendido por su afirmación.

—Quería contárselo ayer, pero lo convencí de que lo mejor era que tú hablaras con ella y se lo contarás; creo que eres tú quien debe decírselo —explicó Roberto observando el rostro de angustia de su padre.

—No debería habérselo dicho..., tendría que haberme callado, no debería haberos contado que Raquel era adoptada —susurró Miguel desesperado mientras volvía a sentarse de nuevo en su silla y se tapaba la cara con las manos afligido por la noticia—. Y ¿ahora qué? Me tocará contárselo y ella nos abandonará para ir a buscar a su verdadera familia... No querrá volver a saber nada de nosotros —sollozó derrotado, pensando en todo lo que podría ocurrir si le desvelaba la verdad a su querida hija.

—No sabemos lo que sucederá, papá. Raquel es una mujer muy inteligente. No creo que nos deje al saber la verdad, ya lo verás. Ella nos quiere. Aun así, me puedo imaginar que se va a llevar una gran sorpresa cuando se entere de que Hugo está loco por ella. Raquel siempre nos ha visto como a sus hermanos, y creo que esa noticia podría afectarle más que la otra —comentó Roberto con el rostro serio, preocupado por la reacción de la chica cuando se enterara de los verdaderos sentimientos de Hugo hacia ella.

—Lo sé... ¡Madre mía! No lo sabrá vuestra madre, ¿verdad? Sólo le faltaría eso para poder echar de casa a Raquel, como siempre ha querido hacer... —susurró Miguel intranquilo.

—No, no lo sabe. Tienes que contarle la verdad, papá; ella tiene todo el derecho a saber de dónde procede. Y hazlo cuanto antes, o podría ser peor... —musitó Roberto con seriedad.

—Sí, tienes razón —dijo su padre frotándose los ojos preocupado por la situación—. Se lo contaré, te lo prometo. Pero dile a tu hermano que se olvide de ir corriendo a declararle su amor, sólo le faltaría eso a la pobre, y más aún después de que se entere de la verdad...

—Se lo diré, papá —aseguró Roberto—. Harás bien en contárselo, ya verás como no te defrauda. Aunque no lleve tu sangre, tú eres su padre y ella lo sabe, estoy completamente seguro.

—Eso espero, hijo, eso espero... —farfulló él con tristeza mientras veía cómo su hijo salía ya del despacho.

Miguel Santamaría se quedó solo, con una gran angustia asolando su corazón al saber que tendría que desvelarle a su querida hija, a la niña de sus ojos, que no llevaban la misma sangre. De inmediato comenzó a cavilar la forma más apropiada de explicárselo para no dañar su confianza y no alejarla de él con la verdad...

Mientras tanto, Raquel se encontraba en el gran salón del hotel donde el sábado siguiente se celebraría la fiesta. La estancia era muy espaciosa, con el suelo entarimado con incrustaciones de marquetería y paredes color crema con detalles dorados, un conjunto que hacía que fuera una sala única. Había comenzado a medir y a tomar nota de los artículos que iba a necesitar para la decoración del evento cuando alguien la interrumpió.

—Hola, Raquel —dijo Ian, el huésped al que ella misma había dado la bienvenida al hotel, asomándose al salón con una sonrisa expectante.

—¡Uy! —exclamó sorprendida—. ¡Hola! ¿Qué haces por aquí? —preguntó nerviosa al observar que llevaba una camisa blanca y unos pantalones de tela que le quedaban espectaculares en su fuerte y musculado cuerpo.

—Tu compañero de recepción me ha dicho dónde te encontrabas y he venido a ver qué tal estabas —dijo con su media sonrisa característica mientras se acercaba a ella.

—Muy bien, gracias. Aquí estoy, intentando imaginarme cómo quedaría este salón con las ideas que tengo. Creo que va a quedar espectacular.

—No lo dudo —comentó Ian mientras se acercaba un poco más a ella—. La verdad es que te estaba buscando para saber si te gustaría comer conmigo hoy —dijo mientras se metía las manos en los bolsillos de los pantalones en un gesto irresistiblemente encantador, como si le diese vergüenza proponérselo.

—Claro, me apetecería mucho —sonrió Raquel mientras se apoyaba en una mesa que usaba como escritorio para disimular las ganas que sentía de saltar de alegría por su invitación.

—¡Genial! Pues dime hora y lugar, y estaré allí como un clavo.

—A la una en el vestíbulo.

—Pues nos vemos a la una —anunció Ian mientras se alejaba de ella con una sonrisa.

Raquel se quedó de nuevo sola, observando la puerta por donde había salido él y con ganas de dar brincos por todo el salón. Estaba nerviosa y era incapaz de concentrarse en la organización de la fiesta, pues sólo podía pensar en aquellos ojos azules, en aquellos labios carnosos, en su voz grave y en su porte seductor. ¡Estaba que no cabía en sí de alegría! Anteriormente había salido con otros hombres que estaban físicamente bastante bien, pero Ian... ¡Ian se llevaba la palma de oro!

Miró la hora, aún eran las once de la mañana, tenía que ponerse a trabajar o, de lo contrario, no acabaría nunca.

Se le pasó el tiempo más o menos rápido, el trabajo siempre ayudaba, aunque, de vez en cuando, se sorprendía a sí misma pensando en su cita de ese día. Antes de que llegara la hora acordada, fue a su pequeño despacho para arreglarse un poco. Se miró en el espejo que tenía en su cuarto de baño privado, justo dentro del despacho, se lavó la cara y se puso un poco de brillo en los labios. No le hacía falta maquillaje —tenía un cutis envidiable y bronceado—, se cepilló el largo cabello y se lo recogió en una coleta alta. Para completar el look, se puso un poco de su perfume favorito, y antes de salir se miró para ver el resultado final. Había sido un acierto ir ese día a trabajar con aquel precioso y fresco vestido blanco estilo ibicenco y unas sandalias planas del mismo color. Le gustaba ir cómoda y sencilla, sabía que no le hacían falta muchos artificios para que los hombres se fijaran en ella; sus ojos, de un verde esmeralda muy llamativo, le facilitaban mucho las cosas.

Muchas veces Raquel le había preguntado a su padre de quién había heredado ese color de ojos, pues en su familia cercana no había nadie que los tuviera como ella. Él le contaba que la madre de su abuelo los tenía iguales, pero ella nunca pudo corroborarlo, pues las fotografías que conservaban eran en blanco y negro. A sus veinticinco años, Raquel se sentía más segura de sí misma que en épocas anteriores. Su cabello liso era de un rubio oscuro que, con el sol, se aclaraba lo suficiente como para que luciera reflejos dorados. Sin embargo, en su adolescencia, no había sido una de las chicas más populares, puesto que estaba demasiado encerrada en sí misma. Ella creía que eso era debido a la falta de apoyo y de cariño a lo largo de toda su vida por parte de su madre, una mujer que pasaba muy poco tiempo en casa, una extraña, alguien que nunca le había demostrado su amor ni su simpatía, cosa que la marcó convirtiéndola en una joven introvertida de muy baja autoestima.

Cuando faltaban un par de minutos para la una del mediodía, se dirigió al vestíbulo. Nada más salir del ascensor, vio a Ian esperándola cerca de la fuente roja. Notó cómo los nervios se instalaban en su estómago a medida que se iba acercando a ese hombre tan espectacular.

—¿Nos vamos? —preguntó cuando estuvo cerca de él.

—Claro —dijo Ian con una sonrisa que la dejó sin aliento.

Salieron del hotel y caminaron por el paseo marítimo. Hacía un día espléndido, el cielo estaba despejado y el sol bañaba con su luz y su calor a las personas que se atrevían a darse el primer baño de la temporada.

—¿Dónde te apetece que vayamos? —preguntó Ian.

—Si quieres podemos ir a un restaurante que está cerca de aquí; son especialistas en comida mediterránea —sugirió ella intentando calmar los nervios que le provocaba su presencia.

—Me parece una estupenda idea. —Ian hizo una pequeña pausa—. ¿Eres de aquí, Raquel?

—Sí. ¿Tú de dónde eres?

—De Madrid, estoy en Marbella por un asunto laboral...

—Vaya... ¿A qué te dedicas?

—Soy abogado —contestó él mirando al frente.

—Un oficio muy interesante —comentó Raquel, e Ian se rio.

—Yo creo que sí, aunque hay gente que lo encuentra un poco aburrido —dijo con despreocupación.

—Lo importante es que te guste a ti.

—Pues sí, la verdad es que disfruto mucho con mi trabajo. Cuéntame, y tú, dentro del hotel, ¿a qué te dedicas? Porque he visto que estás en diferentes puestos...

—Bueno... —Raquel sonrió mientras observaba cómo Ian la miraba fijamente a la espera de una respuesta—. La verdad es que mi padre es el propietario del hotel, y yo, cuando puedo, lo ayudo. En teoría estoy de vacaciones en mi trabajo, soy periodista en un periódico local, pero empleo mi tiempo libre en ayudar a mi familia.

—Vaya, qué interesante. Y, dime, ¿no tenías planes con nadie para irte de viaje? —preguntó él con interés.

—No, mis amigas están trabajando y, bueno, no tengo a nadie más en mi vida. Aunque no me importa trabajar durante mis vacaciones, la verdad es que lo hago encantada.

Una vez en el restaurante, se sentaron en la terraza, junto al paseo. Sobre sus cabezas había un gran toldo blanco con unas vigas de roble que lo sostenían. Las mesas estaban vestidas con manteles blancos y sobre éstas había jarrones de piedra con geranios de distintos colores. El camarero, al verlos, se acercó a ellos para ofrecerles la carta con el menú del día. Ambos eligieron paella de marisco y, para beber, sangría. El hombre tomó nota y luego se retiró a la cocina con su pedido.

—Sigue contándome... ¿Tienes hermanos? —preguntó Ian para averiguar más cosas de aquella mujer que lo miraba con atención con sus llamativos ojos.

—Sí, dos hermanos mayores, yo soy la pequeña de la casa —explicó ella con una sonrisa nerviosa. Su mirada, del color del mar, la hacía ponerse así.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco, ¿y tú?

—Treinta y tres... Son muchos, ¿verdad? —preguntó él frunciendo el ceño con preocupación

mientras reprimía una sonrisa.

—¡Uf, sí! Estás hecho un abuelo. Creo que me voy a levantar de la mesa y me voy a marchar corriendo por si piensan mal de mí... —bromeó Raquel—. ¡Si incluso eres mayor que mis hermanos! —Rio a carcajadas ante la cara de preocupación de Ian.

—Sí, tendrían que hacer una ley que prohibiese salir con una chica tan preciosa y ocho años menos que uno... —susurró mientras la miraba intensamente a los ojos.

—Sí, deberían hacer una ley así —dijo ella siguiéndole el juego, sin dejar de observar su expresión sincera.

El camarero se acercó a la mesa y dejó la sangría, después se marchó de nuevo.

—Ahora te toca a ti, cuéntame algo: ¿tienes hermanos? —preguntó Raquel.

—No, soy el mimado de la casa —soltó él con guasa, lo que la hizo reír.

—Por lo menos no habrás tenido que soportar las peleas entre hermanos.

—Sí, eso es verdad.

—Dime, ¿llevas mucho tiempo soltero? —preguntó con curiosidad.

—Sí, un par de años... Me he volcado tanto en mi trabajo que he dejado de lado el romanticismo —explicó Ian enarcando una ceja—. Me gustaría encontrar a alguien que me hiciera frenar un poco y que me ayudara a sentar la cabeza, creo que ya me toca —anunció con una sonrisa mientras observaba con atención a Raquel.

—Cuando uno está soltero, todo es más sencillo, ¿verdad? —preguntó ella con un hilo de voz. Aquel hombre la dejaba sin respiración.

En ese momento el camarero dejó los platos sobre la mesa y se marchó en silencio.

—Sí, pero a veces también echo en falta el abrir la puerta de mi casa y encontrarme algo más que el silencio... —musitó Ian pensativo.

—¿Vives solo?

—Sí, desde hace unos años. ¿Y tú?

—De momento continúo viviendo en casa de mis padres, parece que ninguno de los tres tenemos prisa por dejar el nido... Lo bueno es que disponemos de una casa muy grande y contamos con nuestro propio espacio; debe de ser ésa la razón principal para que aún sigamos allí —explicó Raquel, que intentaba encontrar una explicación lógica al hecho de que ninguno de los tres hermanos se hubiese independizado todavía.

—Eso está bien. Es bueno tener un poco de intimidad.

—Sí, a veces he pensado en independizarme, pero sé que le daría un disgusto a mi padre. Él es muy familiar, le encanta que sigamos viviendo con él. Incluso puedo asegurarte que ahora mismo es el hombre más feliz del mundo porque nos tiene a los tres trabajando en el hotel —dijo con una sonrisa al pensar en su padre. Después miró el reloj que llevaba en la muñeca en un acto reflejo—. Por cierto, no tengo mucho tiempo: debo volver al trabajo, si no, no tendré listo el salón para la fiesta del sábado —anunció guiñándole un ojo.

—Ah, sí, la fiesta. Cuéntame un poco de qué va a ir —pidió Ian mientras comía la paella.

—Mañana pondremos los carteles por el hotel. Vamos a dar una fiesta ambientada en los años setenta, y todos los huéspedes que quieran podrán asistir vestidos con ropas de aquella época. ¡Va a ser superdivertido! Espero que vengas —dijo Raquel cogiendo un poco de arroz con la cuchara.

—No me lo perdería por nada del mundo —susurró él con una sonrisa.

—¡Genial! Ya te buscaré algo que ponerte —comentó la chica mientras bebía un poco de sangría.

—Espero que sea algo bonito —bromeó Ian.

—¡Eso por descontado! —rio Raquel.

Después de comer, de pagar la cuenta a medias y de intercambiarse los números de teléfono para quedar otro día, se separaron en el paseo para seguir trabajando. Ian debía terminar de hacer unas gestiones y Raquel tenía que ir a unos almacenes para alquilar la ropa y los complementos que necesitaba para que la gente pudiera disfrazarse. Además, tenía que pensar cómo iba a vestirse ella aquella noche, pues quería deslumbrar a Ian, ya que aquella cita la había dejado con ganas de más. Aparte de que era un hombre superatractivo, se podía hablar con él, y eso era difícil de encontrar.

Mientras tanto, Hugo entró en el gran despacho de Miguel Santamaría.

—Papá, ¿qué querías? Me han dicho que me buscabas —preguntó al tiempo que se sentaba enfrente de su progenitor.

—Quería hablar contigo de Raquel... —comentó él con gesto serio.

—Me ha contado Roberto que vas a hablar con ella, ¿no? —susurró Hugo inquieto al temer que su padre se echara para atrás en aquel tema tan importante para él.

—Sí, en cuanto la vea. Ahora no para casi por el hotel con todo el tema de la fiesta y no quiero contárselo en casa porque sé que vuestra madre se ensañará con ella. Sin embargo, quería hablar contigo acerca de tus sentimientos hacia Raquel. Tu hermano me ha contado que estás enamorado de ella... —murmuró Miguel con aire cansado, pues había estado dándole muchas vueltas al tema.

—Papá, la amo... No entiendo cómo ha ocurrido, el primero en sorprenderse fui yo... He intentado apartarla de mi mente saliendo con otras mujeres, pero siempre les encontraba algún defecto cuando las comparaba con ella... No puedo vivir sin Raquel, necesito verla, abrazarla, hablar con ella todos los días..., y tengo que frenarme para no besarla, para no sentirla sobre mi piel... —relató emocionado. Ya no podía aguantar más aquella situación que había sufrido estoicamente en silencio durante tantísimo tiempo.

—Hijo... —Miguel hizo una pequeña pausa tratando de encontrar las palabras adecuadas para que éste no se sintiera mal—. Cuando yo le cuente la verdad, va a ser un golpe muy duro para ella; te ruego que esperes un tiempo prudencial para declararle tu amor... Tienes que darte cuenta de que Raquel siempre te ha visto como a un hermano.

—Sí, eso ya lo sé... No se lo voy a decir el mismo día que tú le cuentes la verdad, pero tampoco voy a esperar meses... Papá, llevo enamorado de Raquel desde hace dos años. ¡¡Dos años!! —exclamó Hugo angustiado por todo lo que le había tocado soportar—. Intentando olvidarla y amándola cada vez más. Sé que ella sería feliz conmigo, papá. Nos llevamos genial, congeniamos tanto...

—Creo que me ha quedado claro que la amas —dijo su padre interrumpiéndolo con brusquedad—. Lo único que espero de todo esto es que Raquel siga con nosotros. No sé qué haría sin ella... —farfulló con tristeza al imaginarse aquel amargo desenlace.

—La conozco, y sé que no se irá —susurró con convicción.

—Ojalá sea así.

Miguel se quedó pensativo. Había criado a Raquel como a una hija propia, ella era una más

de la familia. ¡Qué más daba si no llevaba la misma sangre que los Santamaría! Al fin y al cabo, la verdadera familia se componía de amor y de cariño, no sólo de genética. Lo malo era que estaba viendo con sus propios ojos cómo ésta se rompía a pedazos. Hacía tiempo que se había dado cuenta de la fijación de Hugo con Raquel, no estaba ciego, y veía que su hijo siempre había salido con clones de ésta, todas tenían algún parecido con ella. No obstante, Miguel esperaba que encontrara, en una de ellas, algo que hiciera que se olvidara de su amada hija, pero, claro, Hugo no podía conformarse con copias de algo, él quería a la auténtica, él la amaba a ella.

Para Miguel, Raquel había sido su salvación, aunque su mujer no podía ni verla... Alicia, su esposa, había empezado a obsesionarse con su físico justo después de que naciera Hugo. Al cabo de un año, él le sugirió que quería tener una niña, pero ella se negó rotundamente, puesto que ya le había costado mucho volver a su talla ideal y no quería empezar de nuevo con las dietas y el ejercicio. Por eso, después de mucho tiempo pensando en las pocas posibilidades que tenía, Miguel se decidió a adoptarla, aunque nunca imaginó que dicha decisión haría que su matrimonio comenzara a desmoronarse; incluso creía que estaba llegando ya a su fin, pues Alicia no paraba de viajar y casi nunca estaba en la casa familiar. Miguel amaba a su esposa, era la mujer de su vida, pero se había sentido muy decepcionado por su actitud cuando apareció con Raquel y vio cómo Alicia la menospreciaba cada día que pasaba. Ésa había sido la razón de que él se volcase tanto en la niña, quería suplir la carencia de cariño maternal con el suyo, y por la misma razón había tenido que hablar sinceramente con sus dos hijos mayores. Roberto por aquel entonces sólo tenía nueve años. Miguel quería que los niños entendieran por qué le hacía más caso a Raquel que a ellos, no deseaba que creyesen que no los quería, porque para él los tres eran el motor que hacía funcionar su vida. En ese momento, sin embargo, se arrepentía de haber tomado esa decisión en el pasado. Debería haberse callado, o simplemente podría haberse inventado una historia para que entendiesen el porqué de la actitud de su madre hacia Raquel. Ahora Miguel debía afrontar las consecuencias de aquellos actos e intentar arreglar lo que él mismo había provocado. Si no les hubiese dicho a sus hijos que esa adorable niña de ojos verdes era adoptada, nada de eso habría pasado.

3. LA CITA

A la mañana siguiente, Raquel se levantó temprano y salió de su casa con muchas prisas; había quedado con un proveedor en un almacén y no quería llegar tarde a la cita. Estaba decidida a encontrar la mejor decoración para la fiesta y, aunque el encargo podría parecer algo tedioso, ella se estaba divirtiendo muchísimo preparando el evento. En verdad debía ser sincera consigo misma y asumir que le encantaba trabajar en el hotel, incluso más que en el periódico. No obstante, no se arrepentía de haber estudiado periodismo. En ese momento creía que era lo mejor para ella, pues deseaba comprobar si podía valerse por sí misma y no vivir de un empleo sólo por ser la hija del señor Santamaría. Raquel sabía que era cuestión de tiempo que dejara el periódico y se decidiera a trabajar al lado de sus hermanos. Probablemente antes de que acabasen sus vacaciones se lo diría a su padre; seguro que estaría encantado de tenerla a ella también en el hotel. Sí, eso haría. Se sentía dichosa trabajando allí, se notaba que valía para ese cargo y lo disfrutaba al máximo. Cuando hablase con su padre iría al periódico para entregar su renuncia y volcarse en lo que de verdad deseaba. Con esa decisión tomada, Raquel se sintió más feliz que nunca. Se dio cuenta de que lo poseía todo: un trabajo que le encantaba, un padre y dos hermanos maravillosos, y un chico que acababa de conocer y que estaba empezando a gustarle mucho. Sonrió al acordarse de él y no dudó en coger el móvil para llamarlo; le apetecía hablar con el dueño de esos ojos tan azules que la perseguían allá adonde iba.

—¡Hola! —saludó Ian al otro lado del teléfono—. Justo ahora estaba pensando en ti.

—¿Ah, sí? ¡Qué casualidad! Porque yo también estaba pensando en ti... ¿Te apetece que quedemos esta tarde? —preguntó ella mientras esperaba en el interior de su coche, estacionado cerca de la puerta del almacén del proveedor.

—Me parece estupendo. Sobre las cinco de la tarde estaré libre como un pajarito —dijo Ian.

—¡Genial! —exclamó Raquel con entusiasmo—. Había pensado en invitarte a mi casa esta tarde, no habrá nadie por allí, y podríamos bañarnos en la piscina. ¿Te parece bien?

—Me encanta la idea.

—¡Perfecto! Pues te recojo en el hotel a las cinco y nos vamos en mi coche —dijo Raquel contenta de que él aceptara el plan.

—Allí estaré.

Se despidieron y ella colgó el teléfono mientras sus ojos se iluminaban al pensar en las posibilidades que le ofrecía aquella tarde.

La mañana se le pasó deprisa. Ya disponía de todo lo necesario para la gran fiesta del sábado, lo único que le quedaba por hacer era preguntar a sus hermanos si ya lo tenían todo listo. No los había visto desde el lunes, y sólo quedaban tres días para que llegase la esperada fiesta. Raquel lo tenía todo encargado, había quedado con varios proveedores para que le hicieran llegar al hotel todo lo que había comprado justo un día antes de la fecha clave. Debía disponer de tiempo suficiente para poder montarlo todo. Quería que todo estuviese perfecto, que aquella fiesta se

recordase en un futuro, que fuera un referente y que animase a sus clientes a volver en otra ocasión al hotel.

Por la tarde salió pronto del último almacén que había ido a visitar y decidió ir a comprar algo a un supermercado cercano. Lo que había en la nevera de su casa era todo demasiado refinado para su cita, pues su madre mandaba comprar delicatessen al servicio para cuando fueran sus amistades a verla. Llevó la compra a casa, la guardó y fue a cambiarse de ropa. Se puso un bikini estampado azul y blanco que resaltaba su piel bronceada por el sol y, encima, un vestido de licra azul celeste. Luego cogió el coche y salió en dirección al hotel. Al llegar, vio que Ian la estaba esperando en la puerta principal. Llevaba unos pantalones cortos en color verde que mostraban sus piernas musculadas, y una camiseta negra entallada que permitía entrever su torso masculino bien trabajado. Tocó el claxon y él sonrió mientras se acercaba al vehículo de Raquel.

—Hola —la saludó Ian mientras se sentaba en el asiento del pasajero y cerraba la puerta.

—Hola, ¿qué tal la mañana? —preguntó ella mientras se incorporaba a la calzada.

—Con mucho trajín. Acabo de llegar hace un par de minutos, me ha dado el tiempo justo de ponerme un bañador y bajar a esperarte —explicó él mientras la observaba atentamente.

—¿Tienes que volver a Madrid pronto? —preguntó Raquel en un susurro temiendo que así fuera, ya que deseaba conocerlo un poco más.

—El viernes debería volver, creo que ya tendré listas todas las gestiones que tengo que hacer en Marbella. —Hizo una pequeña pausa—. Aunque podría retrasarlo hasta el domingo si lo veo necesario... —dijo con una sonrisa.

Raquel también sonrió.

—Bueno es saberlo... ¡Ya hemos llegado! —indicó mientras metía su flamante coche rojo en la gran propiedad de los Santamaría.

La finca era impresionante: contaba con una parcela de tres mil metros cuadrados, la casa era de estilo atemporal y se componía de tres alturas, y disponía de una piscina ovalada de cincuenta metros cuadrados y una casita de unos doscientos pegada a ella. El color predominante era el verde: los árboles, el césped, las palmeras..., y contrarrestaba con el color blanco de las edificaciones. Ian se quedó fascinado al verla: era una casa de ensueño, de esas que se ven en las revistas de decoración. Aunque él estaba acostumbrado a ver casas magníficas —él mismo vivía en una de las urbanizaciones más lujosas de Madrid—, aquella casa era descomunal. Raquel estacionó el automóvil en el garaje y ambos se bajaron.

—Tienes una casa maravillosa —observó Ian mientras salían del garaje.

—Gracias, mi padre la mandó construir cuando conoció a mi madre, hace ya treinta y cinco años.

Raquel dirigió a Ian hacia la piscina, que se encontraba a la izquierda del garaje, y entraron en la casita de madera que había junto a ella.

—He comprado algo para picar... Ayúdame a coger esto —dijo ella ofreciéndole una bolsa con todo tipo de aperitivos salados—. Vayamos afuera, que estaremos mejor dentro del agua que aquí. Hoy hace muchísimo calor y necesito refrescarme cuanto antes —propuso mientras cogía una pequeña nevera portátil con refrescos en su interior.

En la piscina, dejaron las provisiones cerca de una tumbona con sombrillas. De inmediato, Raquel se quitó el vestido y se zambulló con gracia en el agua cristalina. Ian no pudo apartar la vista de aquella mujer tan hermosa y con las piernas más largas que había visto. La siguió con la

mirada hasta que llegó al otro extremo de la piscina, entonces se quitó la camiseta, mostrando su perfecto torso, se tiró de cabeza y llegó al lado de Raquel en poco tiempo. Estuvieron jugando dentro del agua, echándose carreras y salpicándose, lo estaban pasando muy bien juntos. Raquel se detuvo en la escalinata que había en uno de los extremos de la alargada piscina y descansó sobre ella; estaba exhausta. Ian se acercó a ella e hizo lo mismo.

—Eres increíble, Raquel... —susurró mientras le apartaba un mechón de su cabello de la cara—. Tienes algo que me atrae, y mucho. Hacía tiempo que no me pasaba nada igual...

De pronto, todo cuanto había a su alrededor dejó de existir. Allí sólo estaban ellos dos, mirándose fijamente, notando cómo irremediablemente se acercaban cada vez más, ansiando aquel contacto que tanto anhelaban. Ian rozó sutilmente los labios de ella con los suyos y sintió cómo Raquel ahogaba un gemido mientras alzaba los brazos para cogerlo por la nuca y aproximarse más a él. Sus bocas se encontraron con ansia en un baile tortuoso y excitante donde las protagonistas eran sus lenguas, que se exploraban, se tentaban y hacían que todo vibrase a su alrededor.

—¡¡RAQUEL!! —gritó alguien de repente, interrumpiendo aquel maravilloso beso y haciendo que sus protagonistas buscasen con la mirada a ver quién había proferido aquel alarido.

Hugo estaba fuera de sí, no podía creer lo que estaba viendo: ¡su amada besando a otro que no era él! Aquella tarde había salido antes del trabajo porque quería estar un rato a solas con Raquel. Hacía un par de días que no la había visto y la echaba de menos; sabía que por las tardes nadaba un rato en la piscina, por lo que no desaprovechó la ocasión para encontrarse con ella. Sin embargo, no se esperaba aquella escena. Cuando vio a aquel tipo rozando los tentadores labios de Raquel creyó morir en el acto. Él había soñado muchísimo tiempo con cómo sabrían, y aquel hombre había conseguido probarlos sin esfuerzo... ¡Había logrado lo que él anhelaba con todo su ser!

—¡Hugo! —exclamó ella sorprendida, ruborizándose al ver que no estaba sola con Ian y apartándose un poco de éste—. ¿Qué haces en casa?

—Venía a verte... —susurró él fulminando con la mirada al hombre que todavía se encontraba demasiado cerca de Raquel.

—¡Ah! Pero es que hoy estoy con un amigo —dijo ella con una traviesa sonrisa—. Anda, hermanito, sé bueno y déjanos solos, ¿vale? Ya hablaremos en otro momento —comentó mientras señalaba con la mano hacia otro lugar para poder quedarse a solas con Ian. Le había gustado aquel beso, y ansiaba más.

—¿Hermanito? —resopló Hugo apretando la mandíbula—. ¡Yo no soy tu hermanito! —soltó de golpe, fuera de sí.

—¿Qué estás diciendo, Hugo? —preguntó Raquel extrañada mientras lo miraba fijamente, intentando encontrarle un sentido a todo aquello.

—Raquel, eres adoptada —soltó él enfurecido sin pensar en las consecuencias.

—¡¿Qué?! Pero ¿qué estás diciendo? —titubeó ella aturdida sin comprender lo que acababa de oír mientras salía de la piscina para hablar con él.

Ian se quedó donde estaba, sin hacer ruido, limitándose a escuchar lo que pasaba en aquel jardín, entre la dueña de esos increíbles ojos verdes y ese hombre que lo miraba con desprecio.

—Lo que oyes... Yo no soy tu verdadero hermano y tú no eres una auténtica Santamaría —replicó Hugo malhumorado.

—¿Qué soy adoptada? —susurró ella mientras intentaba asimilar la información—. No lo entiendo, y ¿por qué papá nunca me lo ha contado?

—Temía que al saberlo te fueras de su lado... —explicó Hugo, dándose cuenta al fin de lo que acababa de hacer al ver el rostro aturdido de Raquel, que lo observaba incrédula.

—¿Irme?... —murmuró ella pasmada por la noticia.

—Raquel... —dijo Hugo cogiéndola de la mano para darle el cariño que necesitaba y que él ansiaba darle—, lo siento mucho, Raquel. —Miró sus manos entrelazadas, avergonzado por su actitud—. No deberías haberte enterado así, pero al verte con ese hombre, yo... —Señaló con la cabeza a Ian—. Me he vuelto loco por los celos y no he podido pensar... Sólo quería que dejara de besarte y... —explicó avergonzado.

—¿Celos?! —musitó ella paralizada por el significado de aquella palabra.

—Sí, he sentido celos porque, Raquel, yo... yo te amo —murmuró Hugo mientras observaba sus preciosos ojos verdes, que se abrían asombrados por lo que acababa de decir. Ella se soltó al instante de sus manos, como si quemaran, como si le molestaran—. Te amo desde hace dos años, aunque a veces creo que es desde siempre. ¡Estoy loco por ti! No me mires de esa manera, Raquel, porque todo tiene una explicación... Desde que éramos pequeños, Roberto y yo hemos sabido que eras adoptada; nunca te hemos visto como a una verdadera hermana, sino como a alguien que vivía con nosotros, como a una amiga...

—¿Vosotros lo sabíais? —preguntó ella espantada. Apenas si podía articular palabra, las emociones se le agolpaban en la garganta, haciéndole imposible aquella sencilla tarea.

—Sí, papá nos hizo prometer que nunca te desvelaríamos el secreto, pero...

—¡Hugo, no! No, no me digas nada más, por favor. Ahora mismo no sé qué quieres oír de mi boca y yo estoy superconfundida... Necesito respuestas y tengo que hablar con papá, esto no puede quedar así —dijo Raquel en un susurro, observando el gesto angustiado de éste y sintiendo que todo se desmoronaba a su alrededor.

—Lo comprendo, te esperaré para hablar contigo después a solas... —musitó él mientras miraba de reojo a Ian, que había sido testigo de aquella confesión.

Raquel estaba nerviosa y aturdida; tenía que volver al hotel cuanto antes: necesitaba que su padre le explicara todo aquello. Su cita de esa tarde tendría que terminar antes de tiempo.

—Ian, lo siento, pero te llevo al hotel ahora mismo. Preciso aclarar unas cosas... —susurró mientras se ponía encima del bikini el vestido, sin importarle que se le mojara, sólo pensando en que tenía que hablar con su padre.

Ian salió de la piscina y se envolvió en la toalla. No dijo nada porque comprendía que en aquellos momentos Raquel necesitaba pensar y no hablar. Llegaron al hotel en pocos minutos y se despidieron casi en un susurro. Ya hablarían después, cuando ella obtuviese las respuestas que necesitaba tras la confesión que le había hecho Hugo.

—¡Papá! —dijo Raquel mientras abría la puerta del despacho de Miguel Santamaría sin ni siquiera llamar.

—Dime, hija... Pero ¿qué ha pasado? —preguntó él preocupado al ver el aspecto desaliñado de su hija. Tenía el vestido mojado por el bikini que llevaba debajo y el cabello alborotado.

—Hugo acaba de contarme que soy adoptada —dijo ella sin preámbulos.

—¿Qué? ¡Madre mía! Ven, siéntate conmigo —pidió Miguel mientras se levantaba y se dirigía al sofá que había junto a una de las paredes—. Lo siento mucho, hija mía. Sé que debería

habértelo contado yo y no él... ¿Cómo estás? —preguntó mientras la cogía de la mano con cariño.

—Mal, me siento engañada... ¿Por qué no me lo habías dicho antes? Era algo que debía saber, ya no soy una niña —dijo Raquel con dolor al comprender que no había sido sincero con ella.

—Lo sé, pero tenía miedo de perderte. Raquel, eres mi hija, aunque no llevemos la misma sangre. Para mí lo eres desde el día en que te sostuve en mis brazos por primera vez —explicó Miguel abatido por los acontecimientos—. Supongo que Hugo no te habrá contado la historia... —Raquel negó con la cabeza—. Hace veinticinco años te encontré en el vestíbulo de este mismo hotel; estabas detrás de un sofá, en el interior de una canastilla de mimbre, y no parabas de llorar. Fui yo quien te encontró esa tarde, oí lloros y te vi. Para tranquilizarte, te cogí en brazos y entonces hallé una nota, escrita a lápiz, que decía: «Se llama Raquel, nació el 21 de enero y necesito que la cuiden por mí, porque yo no puedo». —La chica dejó escapar un sollozo y se secó con la mano que tenía libre una lágrima que caía por su mejilla. Jamás habría imaginado que fuera una niña abandonada por sus verdaderos padres—. Mi primer pensamiento fue llevarte a un centro de acogida de menores para que alguna familia pudiera adoptarte, pero al verte la cara, ya no pude separarme de ti... Pensé que había sido una señal que te encontrara yo y no un empleado, porque siempre había deseado tener una niña, y en aquel momento te tenía en los brazos. Por esa razón te adopté como mi hija e hice todo lo necesario para que fueses una Santamaría. No me arrepiento de mi elección, eres lo mejor que me ha pasado en esta vida, junto con tus hermanos —explicó Miguel con emoción al ver llorar a Raquel. Luego ambos se abrazaron sin poder reprimir las lágrimas—. Lo siento mucho, hija, pero no sé nada más de tu pasado.

—Gracias, papá, por haberme acogido y por tratarme como a una hija más. No puedo imaginarme a un padre mejor que tú —musitó ella mientras reprimía más lágrimas que amenazaban por derramarse sin control—. ¿Es por esa razón que mamá no me quiere?

—Tu madre es una mujer muy terca, eso ya lo sabes. Ella no quería tener más hijos, y cuando llegué ese día contigo en mis brazos, se volvió loca. Decía que con dos niños ya era suficiente, que tenía que dejar que otra familia te adoptara. Pero yo no pude apartarme de ti... Tu madre siempre ha obtenido todo lo que ha querido de mí, y tú eres su mayor fracaso, porque no logró hacerme cambiar de idea.

—Vaya... —suspirió ella, atando cabos después de tantos años.

—¿Te ha contado algo más Hugo? —preguntó Miguel disimulando su preocupación.

—Sí..., que está enamorado de mí —dijo ella con un hilo de voz, aún sorprendida por la revelación.

—Ya veo que no ha podido morderse la lengua... —farfulló él con pesar mientras negaba con la cabeza por la poca paciencia de su hijo—. ¿Cómo estás?

—La verdad es que me parece un mal sueño. Tengo la sensación de que me despertaré y las cosas volverán a ser como siempre... Esta mañana, todo era perfecto y, en cuestión de minutos, todo se ha ido al traste. Me siento rara, confusa, y no sé qué hacer ahora mismo —musitó la joven con tristeza.

—Es normal que te sientas así, cariño. Lo que necesitas es poner en orden tus pensamientos —comentó él aliviado al observar la buena reacción de su hija al conocer la verdad.

Sinceramente, había creído que saldría corriendo de sus vidas.

—Sí, necesito estar sola y poder asimilar todo esto... Pero no quiero volver a casa ahora: sé que Hugo me estará esperando para hablar de lo ocurrido y yo aún no puedo hacerlo. No sé qué decirle para que no se ofenda y no quiera verme más... No sé qué espera de mí, y tengo miedo de perderlo para siempre, porque lo quiero, pero no de la misma manera que él a mí —explicó Raquel.

—Es comprensible que estés así. Haz una cosa, cógete una habitación del hotel y quédate el tiempo que necesites. Yo iré a casa y te traeré una maleta con algo de ropa —dijo su padre más animado.

—Me parece una buena idea... Te quiero mucho, papá —murmuró Raquel mientras le daba un tierno abrazo que Miguel recibió de buen grado—. No deberías haber temido contármelo, lo único que me duele es que no lo hicieras antes...

—Lo sé, y lo siento de verdad. Pero que no se te olvide nunca: eres mi hija y siempre lo serás.

—No se me olvidará, pero tienes que prometerme que no habrá más mentiras —dijo ella muy seria.

—Nunca más, te lo prometo, hija mía.

—Bueno me voy a ir, necesito asimilar todo esto —dijo Raquel mientras se levantaba del sofá.

—Descansa, ya nos veremos mañana por la mañana —comentó Miguel mientras la observaba salir por la puerta de su despacho.

Raquel se fue hacia el ascensor y subió a la quinta planta, se dirigió a la habitación que ocupaba Ian y llamó a la puerta. Cuando él abrió, ya se había cambiado de ropa, llevaba unos cómodos pantalones cortos y una camiseta blanca. Sin decir palabra, ella entró en el dormitorio y ambos se sentaron en un pequeño sofá verde de dos plazas.

—¿Cómo estás? —preguntó él preocupado.

—He estado mejor —dijo ella guiñándole un ojo—. No sé cómo explicártelo, porque tengo un cúmulo de sentimientos y pensamientos que me hacen ir de un lado al otro... Creo que la palabra sería «engañada», aunque no puedo culpar a mi padre porque él me acogió y me hizo un hueco en su familia, me crio como a una hija...

—Raquel, es que lo eres... Da igual que no llevéis la misma sangre, él te ha criado durante todos estos años y te ha querido como quiere a sus otros dos hijos —anunció Ian, dándole el apoyo que la chica necesitaba en aquellos duros momentos.

—Lo sé, por eso no he podido enfadarme con él. Mi padre me lo ha dado todo sin pedir nada a cambio, tratándome como a una más... También me siento aturdida, como aletargada, no sé... Supongo que se me pasará cuando lo haya asimilado del todo —explicó mientras levantaba los hombros con resignación.

—¿Qué vas a hacer ahora? Si quieres, puedo ayudarte a buscar a tu verdadera familia. Tengo a un buen amigo que es detective, se le da muy bien encontrar a gente...

—No, de momento no quiero saber nada de mis padres biológicos... Ellos me abandonaron en un hotel y en veinticinco años no han intentado ponerse en contacto conmigo —comentó Raquel con tristeza al pensar en su verdadera procedencia.

—Bueno, cuando tú quieras, puedes contar conmigo —dijo Ian mientras la cogía de la mano

—. Y ¿qué vas a hacer con tu hermano?

—Uf... —resopló ella angustiada—. Eso sí que es difícil saberlo. Aún no lo sé, tengo que pensar muy bien lo que voy a decirle, no quiero que se aleje de mí, pero tampoco puedo darle lo que él desea.

—Claro, pero él te estará esperando para hablar contigo... —indicó con delicadeza.

—Sí, lo sé, por eso me voy a quedar unos días alojada aquí, para poder pensar con claridad.

—Te propongo un plan mejor: vente conmigo a Madrid. Cógete unos días de vacaciones, ahora los necesitas más que nunca, y así podrás pensar con más claridad —propuso él con una sonrisa tentadora.

—Suenan genial, Ian, de verdad. Pero déjame que lo piense. Además, no podría irme antes del sábado: he trabajado mucho para que la fiesta fuese un éxito y no me voy a ir antes de ver el resultado.

—Sin problemas, podríamos irnos el domingo, cuando acabe todo, y así me daría tiempo a terminar las gestiones que tengo pendientes por la zona. Consúltalo con la almohada y me dices algo —propuso él ilusionado.

—Gracias, Ian, de verdad. Intentaré decirte algo cuanto antes. Te dejo solo, voy a ver si me cojo una habitación y me relajo un poco... —musitó ella levantándose del sofá y dirigiéndose a la puerta.

—Ya sabes, Raquel: cuando tú quieras, a la hora que quieras, me tienes para lo que precises —señaló Ian mientras le daba un afectuoso abrazo y un tierno beso en la cabeza—. Cuídate.

Ella sonrió y se marchó de la habitación. Luego se dirigió a la recepción para coger la llave de una habitación que estuviese libre. Volvió a subir hasta la séptima planta y salió del ascensor apesadumbrada. Aquello la había afectado demasiado y no sabía si aguantaría mucho hasta que le flaqueasen las fuerzas y rompiese a llorar. Cuando estaba cerca de la habitación, vio a Roberto, que caminaba en dirección a los ascensores por el largo pasillo. Estaba en aquella planta porque debía supervisar la decoración de una suite que acababan de reformar.

—Hola, Raquel, ¿dónde te metes? Hace unos días que no se te ve el pelo —dijo mientras se acercaba a ella.

—Ya ves..., trabajando y eso —musitó la joven sin levantar siquiera la mirada de sus manos, que aferraban con fuerza la llave de la habitación mientras intentaba contener las lágrimas que comenzaban a agolparse en sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó él a dos pasos de ella.

Al oír eso, Raquel rompió a llorar, sacando toda la frustración que sentía. Su hermano la abrazó con ternura, y ella se sintió segura entre sus brazos y pudo soltar todo el dolor que albergaba al haber descubierto la verdad de aquella forma tan extraña.

—Chist... Ya está, tranquilízate... Todo se va a arreglar, ya lo verás —susurró Roberto sin dejar de abrazarla.

Él vio entonces la llave que sujetaba en la mano, la cogió y abrió la puerta de la habitación. Entraron abrazados, se sentaron en la cama y Roberto dejó que la chica se desahogara. Raquel no podía articular palabra, sólo necesitaba llorar. Él se imaginó lo que la angustiaba, seguramente ya debía de saber la verdad y, por tanto, no le preguntó nada. Sólo estuvo a su lado, abrazándola, acariciándole la espalda y diciéndole que todo saldría bien, que estaba con ella, que siempre estaría a su lado y que nunca la abandonaría.

Para Raquel había sido un día demasiado largo y había estado lleno de demasiadas sorpresas. La jornada había comenzado tan bien que parecía ridículo acabarla de aquella manera. Se había armado de valor para hablar con Ian y quedar con él, incluso había tomado la decisión de dejar su empleo en el periódico y ponerse a trabajar con su padre y sus hermanos, y justo en el momento en el que estaba besando a aquel hombre tan maravilloso, pensando en que no podía ser más feliz, Hugo había arrasado con todo con tan sólo pronunciar la frase «Eres adoptada». Él había sido el encargado de desvelarle el secreto que todos llevaban guardando durante veinticinco años y había hecho que su vida diera un giro de ciento ochenta grados, consiguiendo así que Raquel se tambaleara y que ni siquiera se reconociera a sí misma. Le dolían los ojos y casi no podía mantenerlos abiertos. Se sentía cómoda y protegida entre los brazos de Roberto, siempre podía contar con él, era su mayor apoyo, lo quería tanto... Cuando hubo derramado todas las lágrimas que albergaba, Raquel se quedó dormida.

Roberto se cercioró de que estuviera profundamente dormida y la acomodó en la cama con mucho cuidado, la tapó con la sábana y escribió una nota que dejó sobre la almohada donde descansaba. La miró por última vez antes de salir de la habitación. Raquel todavía llevaba el vestido de licra, ya totalmente seco, su cabello se esparcía por la cama alborotado y tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Con el corazón en un puño, se fue a hablar con su padre: quería saber qué había ocurrido para que su hermana estuviese tan triste. Se fijó en la hora que era y se dirigió a la casa familiar; su padre ya debía de estar allí.

4. LA FIESTA

Roberto entró en su casa y se encontró con su padre, su hermano y su madre, que discutían acaloradamente en el salón. Él habría preferido hablar con Miguel a solas, porque no quería hacerlo delante de Hugo, pero al oír la conversación que mantenían mientras entraba, se dio cuenta de que estaban hablando del mismo tema que le preocupaba.

—¡Yo ya sabía que esto pasaría! —exclamó Alicia indignada mientras gesticulaba con los brazos—. Sólo era cuestión de tiempo. Y te lo advertí, Miguel: no la adoptes, que nos traerá problemas... ¿Lo ves? Yo no me equivoco nunca. Eso sí, ahora que ella ya sabe que no es una Santamaría, que no vuelva a pisar esta casa. ¡No quiero verla más por aquí! —soltó envalentonada.

Alicia era una mujer muy guapa, de estatura media y figura esbelta que trabajaba todos los días junto a su entrenador personal. Se había hecho muchos retoques de cirugía para no aparentar la edad que tenía, cincuenta y cinco años. Vestía siempre con ropa confeccionada por diseñadores muy prestigiosos de España e Italia. Llevaba siempre su cabello castaño oscuro perfectamente peinado, y casi todos los días acudía a la peluquería para estar perfecta. Vivía por y para su imagen.

—Mamá, pero ¿tú te estás oyendo? —preguntó Roberto molesto mientras se acercaba a ellos—. ¿Qué te crees, que porque Raquel sabe que es adoptada ya no pertenece a esta familia? ¡Qué equivocada estás! Ésta es su casa, te guste a ti o no, y me gustaría que alguien me explicara qué ha pasado —dijo mirando uno a uno a sus padres y a su hermano, que estaban sentados en los sofás del salón—. ¿Qué ha ocurrido, Hugo? No has podido aguantar y has tenido que contárselo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? ¿Es que has hablado con ella? —murmuró él expectante. Necesitaba saber que Raquel se encontraba bien.

—No, no he hablado con ella, pero no hay que ser un genio para adivinarlo —farfulló él mirando a su hermano, que se hallaba visiblemente nervioso y preocupado.

—No lo comprendes, la encontré aquí, en casa, besando a otro hombre... ¡Delante de mis narices! —exclamó Hugo alterado al recordar la escena que le había roto el corazón y que le había hecho contarle la verdad.

—¿Y qué? Ya es mayorcita para besar a quien quiera, y no necesita pedir permiso, ni a ti ni a nadie, para hacer lo que crea oportuno —terció Roberto molesto.

—Me volví loco... —aceptó su hermano arrepentido mientras negaba con la cabeza al recordar su reacción—. Sé que me equivoqué y me encantaría pedirle perdón... Se lo conté todo, lo de la adopción, lo de mis sentimientos, todo... Aún recuerdo su cara, su mirada... —musitó con tristeza y dolor.

—Eso ya no se puede remediar —intervino Miguel—. Ahora lo que hay que hacer es darle nuestro apoyo para que no se sienta sola. Esta tarde he hablado con ella, le he contado su

verdadera historia y no está resentida conmigo —explicó dirigiéndose a Roberto.

—¡Hala, corred todos a buscarla! —exclamó Alicia ofendida al comprobar lo mucho que sus hijos y su marido querían a la joven—. ¿Es que no lo veis? No lleva nuestra sangre. Es una extraña... ¡No es una Santamaría!

—¡CÁLLATE, MADRE! —gritó Roberto furioso al oír cómo ésta se refería a su hermana—. Aquí la única extraña eres tú... Nosotros queremos a Raquel, ella siempre ha estado cuando más la hemos necesitado, en cambio, no puedo decir lo mismo de ti... Eres una extraña en esta casa, siempre más pendiente de agradar a tus amigos que de disfrutar con la familia. ¡Estoy harto y ya no aguanto más! —exclamó exasperado por la falta de consideración de su madre—. Lo siento, papá, pero ya no puedo seguir en esta casa.

—¡Roberto! —dijo Alicia sorprendida mientras veía cómo su hijo mayor se acercaba a la puerta del salón—. ¿La prefieres a ella antes que a tu propia madre, que es sangre de tu sangre? —inquirió angustiada ante esa posibilidad.

—Sí, la prefiero mil veces a ella. La sangre no sirve de nada si no hay cariño. Desde que papá la adoptó, tú cambiaste radicalmente y te convertiste en casi una desconocida para mí —susurró con pesar Roberto.

A continuación, observó por última vez a su familia y salió del salón con paso seguro.

—¿Has visto cómo me ha hablado tu hijo? Y todo por culpa de esa niñata consentida... —dijo Alicia enfurecida, sin dar crédito a lo que veían sus ojos: su primogénito prefería a esa chica antes que a su propia madre.

—¡Alicia! Esa niñata es mi hija, no lo olvides. Quiero que te des cuenta de que la culpa la tienes tú, por ser tan egoísta y mirar sólo por tu propio beneficio. Si no cambias, al final te quedarás sola —señaló Miguel disgustado, se dio la vuelta y abandonó también el salón.

—Hugo, hijo mío... —musitó ella entonces, acercándose a su ojito derecho.

—No, mamá, ahora no... Lo que has dicho de Raquel me ha dolido. Yo la amo y me da igual que te guste a ti o no —advirtió él, que la miró con desprecio y se alejó de allí.

Alicia se quedó sola en mitad del enorme salón de su magnífica casa. A su alrededor sólo se oía el silencio, y en su interior crecía el odio que sentía hacia aquella niña a la que un día su marido decidió adoptar sin su beneplácito. Aquella batalla, sin duda, la había ganado Raquel, pero ella esperaba ganar la guerra, porque aquello no podía quedar así. Alicia pensaba que le había robado el amor que su familia debía sentir hacia ella, pues era la madre, la esposa... Pero los tres hombres de su vida preferían a Raquel, a una extraña, antes que a su propia madre o a su esposa...

Miguel subió a la habitación de Roberto; se imaginaba que estaría allí, preparando su equipaje para salir de la casa que lo había visto crecer. Llamó a la puerta con los nudillos y abrió sin esperar respuesta. Vio varias maletas abiertas encima de la cama de su hijo y a éste metiendo ropa y enseres dentro. Cerró la puerta tras de sí y se sentó sobre el cómodo colchón.

—¿Te vas? —preguntó con un hilo de voz, abatido, mientras observaba las idas y venidas de Roberto.

—Sí, papá, no puedo más con mamá. Estoy harto de los desprecios que le hace a Raquel... —dijo éste nervioso mientras metía en la maleta varios trajes de los que utilizaba para trabajar en el hotel.

—¿Adónde vas?

—Esta noche me quedaré en el hotel y mañana comenzaré a buscar un apartamento por la ciudad.

—Quédate en el hotel el tiempo que precises. —Miguel hizo una pequeña pausa—. Tu hermana también está allí.

—Lo sé, la he visto... —musitó Roberto sin detener su tarea.

—Todo esto es culpa mía: debería habérselo contado hace mucho tiempo, y así seguiríamos viviendo todos bajo el mismo techo —susurró su padre con tristeza.

—Papá, no te mortifiques más. Piensa que algún día teníamos que independizarnos, yo ya tengo treinta y dos años... He aguantado más tiempo en casa por Raquel, porque sabía que, si nos íbamos, mamá le haría pasar un calvario. Pero ya no puedo más...

—Lo sé... —farfulló él mientras observaba a su hijo con atención—. Dudo mucho que Raquel vuelva cuando se entere de que ya te has ido de casa... Tú siempre has sido su mayor apoyo.

—Eso no lo sabemos. A lo mejor vuelve cuando esté más tranquila, o quizá hable con Hugo y lo solucionen. Lo único que podemos hacer es esperar a que ella se calme y se acostumbre a la verdad.

—Sí, tienes razón. Pero, Roberto, hazme un favor: ella siempre ha confiado en ti, no la defraudes, cuídala como siempre has hecho.

—La cuidaremos entre todos —susurró él con una tímida sonrisa.

A continuación, cerró las maletas y le dio un fuerte abrazo a su padre, aquel que siempre había estado pendiente de todos ellos, y al que, por primera vez en su vida, vio vulnerable y confuso.

—Todo se arreglará, ya lo verás —comentó mientras salía cargado con las maletas.

Miguel se quedó un rato en la habitación de su hijo mayor, observando aquellas paredes llenas de recuerdos y sintiendo un gran vacío en el corazón. Estaba viendo cómo poco a poco su familia se estaba rompiendo en pedazos y él no podía hacer nada por evitarlo.

Raquel se despertó a la mañana siguiente con un terrible dolor de cabeza, observó el dormitorio y comprobó que Roberto no estaba allí. Entonces algo le llamó la atención cerca de donde tenía apoyada la cabeza: una nota descansaba en la almohada. La cogió y la leyó:

Raquel, me voy a casa. Mañana hablamos de todo lo que ha sucedido. Descansa y cuídate mucho.

ROBERTO

Para ella, Roberto siempre había sido más que un hermano: era su mejor amigo, su gran apoyo, y la persona que estaba a su lado pasara lo que pasase. No obstante, en esos momentos no estaba tan sola como acostumbraba: había conocido a Ian, ese hombre que la había invitado a pasar unos días en Madrid y al que le apetecía conocer con más profundidad. Debía reconocer que le resultaba tentador escapar de aquel caos que había surgido de la nada y hacer una pausa para poder disfrutar de la compañía de ese hombre de ojos azules que comenzaba a abrirse un hueco en su mente. Sin embargo, lo que ocurría era que no quería que su padre pensara que se marchaba con una finalidad oculta. Debía hablar con él antes de darle a Ian una respuesta

definitiva y asegurarse de que Miguel no pensaba que ese viaje que quería hacer era para encontrar a unas personas a las que en realidad ella no deseaba conocer jamás. Comprobó la hora en su teléfono móvil y se levantó de la cama de un salto. Se encontraba un poco mejor que el día anterior, el nudo que sentía en la garganta parecía que estaba desapareciendo a causa de todo lo que había llorado durante la noche. Se fue directamente a la ducha, necesitaba quitarse el bikini y el vestido y sentirse limpia. Al acabar, se colocó el albornoz del hotel, pues no tenía más ropa que la puesta. Se sorprendió al oír cómo llamaban a la puerta, se aproximó a ella y, al saber quién era, abrió con una sonrisa.

—¡Eres mi salvación! —exclamó al ver a su padre con una maleta.

—Ya sabía yo que ibas a necesitar ropa —dijo él mientras entraba en la habitación—. ¿Has podido descansar algo? —preguntó dejando la maleta sobre la cama.

—Sí, he podido dormir un poco... —Raquel sonrió tímidamente mientras se cerraba el cuello del albornoz.

—Hugo te está buscando para hablar contigo —anunció Miguel con una mueca de disgusto. Sabía que su hijo no pararía hasta que ella hablase con él.

—Lo sé, tengo unas veinte llamadas perdidas en mi móvil y unos doscientos mensajes... Intentaré hablar con él más tarde. —Hizo una pequeña pausa para encontrar las palabras apropiadas para abordar aquel tema tan delicado—. Papá, he conocido a alguien especial. Se hospeda en el hotel y, además, es el mismo que estuvo delante cuando Hugo me lo contó todo y, al verme tan confusa, me ha propuesto que me vaya unos días con él a Madrid. Eso podría ayudarme a ver las cosas desde otra perspectiva y así calmar un poco los ánimos... La verdad es que me apetece hacer ese viaje, pero no quiero que pienses cosas raras porque no hay nada más que unos días de desconexión, un paréntesis para asimilar todo esto —explicó mientras observaba cómo a su padre se le suavizaba el gesto a medida que iba hablando.

—Me parece genial, hija. Creo que ahora lo que necesitas es despejarte y cambiar de aires. Te vendrá bien ese viaje y, además, me alegro mucho de que hayas conocido a alguien especial, espero que algún día me lo presentes —comentó Miguel con una sonrisa.

—¡Claro! Me encanta oírte decir eso, creía que ibas a pensar que huía por ti y por lo que me contaste... —bufó ella aliviada.

—He estado veinticinco años temiendo contarte la verdad porque creía que saldrías corriendo de mi lado. Ayer me di cuenta de que me equivocaba. Lo vi en tu mirada, supe que podía confiar en ti. Nuestra relación no ha cambiado y soy muy feliz de que sea así —dijo su padre mientras le cogía la mano con ternura.

—Has estado sufriendo sin motivo —repuso Raquel con una sonrisa.

—Sí, me monté yo solito una película. —Rio mientras negaba con la cabeza al ver lo equivocado que había estado todos esos años—. En fin, si te apetece irte con ese muchacho unos días, a mí me parecerá bien. Lo principal es que tú estés bien.

—Aún lo estoy pensando, primero quería comentártelo porque no deseaba que mi decisión fuera malinterpretada. Cuando lo sepa seguro, ya te lo confirmaré.

—De acuerdo, hija mía. —Miguel hizo una pequeña pausa y se puso repentinamente serio—. Quería contarte algo antes de que te enteres por otra persona... Ayer Roberto se marchó de casa.

—Y ¿eso por qué? —preguntó ella extrañada.

—Se ha hartado de tu madre, no la soporta más, y anoche decidió no dormir en casa. Ha

cogido una habitación del hotel mientras encuentra un piso para mudarse —relató Miguel con tristeza.

—Vaya... Hablaré con él —dijo Raquel pensando en qué habría sucedido para que Roberto hubiera tomado una decisión tan tajante.

—Bueno, te dejo. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme —comentó Miguel saliendo de la habitación.

—Hasta luego, papá, y gracias por traerme la ropa —dijo Raquel mientras observaba cómo su padre salía de su habitación.

Abrió la maleta y sacó la ropa, se puso unos pantalones cortos blancos y una camiseta de tirantes roja. Después cogió su teléfono móvil y marcó el número de Roberto.

—Hola —dijo él al descolgar.

—Buenos días. ¿Vienes tú o voy yo? Tenemos que hablar.

—Voy yo —susurró Roberto mientras cortaba la comunicación.

A los pocos minutos llegó a la habitación de Raquel y ambos se sentaron en un sofá negro que había al lado de un gran ventanal con una preciosa panorámica de la costa de Marbella. Sin dilación, Roberto le contó todo lo acontecido la noche pasada, las razones por las que se había marchado de casa y todo lo que pensaba Alicia de ella. La verdad es que a Raquel no la sorprendió mucho saber lo que opinaba su madre, pues desde siempre había dejado claro que sentía indiferencia hacia ella, e incluso que su presencia la molestaba... Después, Roberto escuchó a su hermana. Ésta le contó todo lo que sucedió la tarde anterior y lo contrariada que estaba. Al final, había decidido no hablar con Hugo por el momento, pues no quería hacerle daño con sus divagaciones, ya que él esperaba una respuesta a su confesión de amor y ella sólo le haría daño con su contestación. También le habló de su posible viaje a Madrid con Ian. Roberto se alegró mucho al oír que tenía a alguien especial en su vida y la animó a aceptar la propuesta. Estuvieron charlando durante casi toda la mañana, sin darse cuenta de cómo las horas transcurrían veloces. Sólo se detuvieron cuando a Roberto le sonó el móvil y tuvo que marcharse a atender a un proveedor de suministros de jabones en miniatura. Antes de irse, se despidieron con un fuerte abrazo y con la promesa de que se verían más tarde.

Al fin llegó el sábado. Raquel se encontraba cada vez mejor, pues ni el jueves ni el viernes se había topado con Hugo. Tampoco había podido ver a Ian, que había aprovechado para irse a Cádiz a terminar de hacer unas gestiones; había podido hablar con él por teléfono, pero no era lo mismo... Ian le había prometido que estaría para la fiesta, y Raquel le había preparado el mejor traje para que estuviese radiante aquella noche. A quien sí vio fue a Roberto, que le comentó que seguramente Hugo no asistiría al evento, puesto que no se encontraba en condiciones de aparentar alegría. Eso hizo entristecer a la joven, que no quería verlo mal... Durante los últimos días había estado prácticamente recluida en el salón del hotel, trabajando para que todo quedase como ella deseaba. Había conseguido una magnífica ambientación y, al entrar, uno tenía la sensación de que retrocedía en el tiempo hasta los años setenta. Deseaba ver la reacción de las personas que asistirían al baile, quería que todo fuese perfecto. Además de trabajar en la decoración, también había ayudado a Roberto a buscar casa. Al final, encontró lo que andaba buscando: un precioso ático situado en el paseo marítimo con unas asombrosas vistas al mar que enamoró a Raquel al momento. Roberto esperaba tenerlo todo listo para trasladarse allí a la semana siguiente, incluso le había propuesto a su hermana que se mudara con él si no deseaba

volver a la casa familiar. Ella se lo agradeció con una sonrisa, pero le respondió que aún no sabía lo que iba a hacer. Continuaba hecha un lío, sobre todo con el tema de Hugo. No sabía qué decirle para no romperle el corazón y evitar que la abandonase por completo. Se sentía una cobarde, pero no sabía cómo lidiar con ese tema sin hacerle daño a una persona tan importante para ella.

Comenzó a arreglarse pronto. Aún quedaban un par de horas para que empezara la fiesta, pero quería estar despanpanante para que Ian no se separase de ella en toda la noche. Se puso un minivestido ajustado de tonalidades verdes que resaltaba su piel bronceada y sus ojos, que había enmarcado con una línea negra, y se aplicó algo de brillo en los párpados. Se calzó unas sandalias de tacón alto, se cardó el cabello y se lo recogió en una coleta alta. Al finalizar, se miró en el espejo de su habitación y le gustó mucho lo que vio, esperaba que Ian opinara lo mismo. Mientras pensaba en la reacción de éste, tocaron a la puerta y fue a abrir.

—¡Guau! ¡¡Estás preciosa, Raquel!! —exclamó Ian admirando lo bien que le quedaba el cortísimo vestido.

—Tú también estás muy guapo —dijo ella. Se lo veía realmente espectacular con el pantalón acampanado gris claro y la camisa estampada en morado—. Estaba deseando verte —musitó acercándose a él para darle un par de besos en las mejillas.

—Y yo a ti... No he dejado de pensar en ti durante estos días —susurró Ian mientras le cogía la mano y se la acariciaba con delicadeza, haciendo que ella le sonriera ampliamente.

A continuación, bajaron juntos al salón del hotel, mientras Raquel le explicaba todo lo que había hecho para que el salón reluciese como lo hacía. La gente comenzaba a acudir, todos vestidos con la ropa característica de aquellos años. La música disco sonaba a través de los grandes altavoces que habían instalado y animaba a que la gente bailase.

Cuando vio entrar a Raquel, Miguel se acercó a ella con una gran sonrisa.

—Has hecho un trabajo maravilloso. ¡Mira a esa gente! Lo están pasando fenomenal —señaló orgulloso de cómo había quedado el salón y de la respuesta de los clientes.

—¡Cuánto me alegro! Papá, te presento a Ian Huriarte —dijo ella haciendo las presentaciones.

—Encantado de conocerlo, señor Santamaría. Su hija me ha hablado mucho de usted. —Ian le estrechó con formalidad la mano.

—Lo mismo digo, ya estaba yo deseando conocer al hombre que hace sonreír a mi hija —dijo Miguel con amabilidad.

—Tiene un hotel fabuloso, señor Santamaría.

—Muchas gracias, Ian... Mi padre tuvo muy buen gusto —susurró él con melancolía al acordarse de su progenitor—. Bueno, pareja, os dejo. Disfrutad de la noche —añadió con una sonrisa mientras se alejaba de ellos.

Ian y Raquel estuvieron bailando sin parar, riendo y disfrutando de aquella fiesta en la que tanto empeño había puesto ella para que saliera perfecta. La joven estaba encantada con la aceptación del público; se notaba que la gente se lo estaba pasando bien, y para ella eso era ya un gran logro. Después de un buen rato divirtiéndose en la pista de baile, se acercaron a la barra del bar a comer algo. Allí, habían dispuesto multitud de tapas, para que la gente pudiera comer de pie; además, había todo un despliegue de camareros para facilitar aún más las cosas a los clientes. Raquel e Ian eligieron unas minihamburguesas que estaban deliciosas y las acompañaron con un

vino espumoso fresquito.

—Ahora vengo, voy un momento al tocador —se excusó Raquel dirigiéndose a Ian, que se encontraba al lado de la barra para pedir una cerveza.

Abandonó el bullicio de la sala en dirección al aseo mientras observaba a la gente que se animaba a participar en la fiesta.

—Hola, Raquel, estás espectacular... —musitó Hugo con tristeza, lo que hizo que ella se sorprendiera al verlo allí.

Pudo distinguir las visibles ojeras que lucía y su rostro desmejorado, que la observaba con ternura. Debía de estar pasándolo fatal, y ella se sintió culpable por no haber sido capaz de tener el coraje suficiente para hablar con él.

—Lo siento mucho, Hugo, sé que lo he hecho mal. Yo... yo soy una cobarde, y tú... —susurró apenada al ver el rostro desmejorado del alocado de Hugo.

—No te angusties, Raquel. Fui un tonto al pensar que te echarías en mis brazos al saber la verdad. Lo único que puedo decirte es que siento mucho el dolor que te he causado. No pensé en ti, sino sólo en mí, en mi necesidad de contarte la verdad para que te dieras cuenta de que estaba enamorado de ti... Perdóname por haberme comportado como un auténtico imbécil, mi única defensa es que lo hice porque estaba celoso de ese hombre... —Sacudió la cabeza negando nervioso al ser consciente de que había obrado mal—. Discúlpame, pero no puedo cambiar lo que siento por ti.

—Hugo, ya estás perdonado. Yo te quiero mucho, pero no del modo que tú desearías. No me gustaría que perdiéramos nuestra gran amistad; eres muy importante para mí. Sé que te pido mucho, pero quiero que todo vuelva a ser como antes —dijo ella con un hilo de voz al ver la triste mirada de su hermano.

—No puedo, Raquel, compréndeme; se me hace duro verte y no poder amarte... —señaló él dolido—. Y cuando te veo con otro hombre es como una horrible pesadilla —farfulló apretando los puños tratando de frenar la rabia que sentía hacia ese hombre que había conseguido lo que él tanto anhelaba.

—Ya... —musitó ella con tristeza.

—He venido a despedirme de ti. Me marchó una larga temporada —anunció Hugo con seriedad.

—¿Te vas? ¿Adónde? —preguntó Raquel angustiada al saber que pretendía alejarse de ella.

—Eso da lo mismo, lo único que necesito es estar lejos de ti para poder olvidarte, aunque sé que será un duro trabajo, porque ya lo intenté una vez y no resultó bien... —dijo él haciendo una mueca que trataba de ser una sonrisa pero que ni siquiera llegó a curvarle los labios—. No estés triste, no lo merezco. He sido un egoísta, te lo conté para mi propio beneficio, sin pensar siquiera si podía causarte daño. Me merezco sentirme así porque debería haber sido mejor amigo y pensar en tu bienestar y no sólo en mis anhelos —explicó Hugo con seriedad al saber que le había fallado.

Raquel no podía decir nada. Tenía los sentimientos agolpados en la garganta, lo que impedía que de ella saliera alguna frase que hiciera que su hermano cambiase de opinión.

—No te vayas, Hugo. Por favor, quédate, lo arreglaremos juntos —dijo mientras se le escapaban las lágrimas al ver que la persona que siempre había estado a su lado para alegrarle la vida se marchaba.

—No llores, no me lo pongas más difícil. ¿Es que no lo entiendes? ¡¡Te amo!! —exclamó él mientras la cogía de los brazos y se aproximaba más a ella—. Te amo, Raquel, y no sé si podré amar jamás a otra persona como a ti. Tú has sido mi primer y único amor, no sé cómo haré para olvidarte, y no puedo continuar más aquí...

—Hugo, yo... —susurró llorando la joven al ver lo mal que lo estaba pasando y saber que ella no podía hacer nada por retenerlo.

—No digas nada... —repuso Hugo acariciando con los dedos sus suaves labios—. Lo mejor para los dos es que estemos separados —susurró cada vez más cerca de ella.

Entonces posó sus labios sobre los de Raquel y la besó con suavidad, para recordar en la distancia lo que era sentirla contra su boca, lo maravilloso que era tenerla entre sus brazos y lo feliz que podría haber sido si ella le hubiera dicho que sí. Ése iba a ser su primer y probablemente su último beso, y puso toda el alma y el corazón en él. La estrechó contra su cuerpo y le acarició la nuca con suavidad para que ella no se soltara de su agarre y le dejara llevarse ese pequeño recuerdo del amor de su vida.

—Adiós, Raquel —se despidió separándose con pesar de ella—. Te quiero. —Volvió a acercarse y le dio otro breve y suave beso en los labios.

—Hugo... —susurró ella azorada mientras veía cómo él se alejaba a grandes zancadas.

Se acarició los labios con las yemas de los dedos mientras de sus ojos las lágrimas caían sin control.

5. EL VIAJE

Raquel se dirigió al aseo y se miró en un espejo con un precioso marco dorado. Tenía los ojos hinchados de llorar y el rímel se le había quedado en las mejillas formando una borrosa carretera negra. No podía retocarse el maquillaje, lo tenía en su habitación, así que optó por lavarse la cara y quitárselo todo. Se secó el rostro y se miró de nuevo en el espejo. «Hugo se va», pensó con tristeza. No esperaba que la afectase tanto su decisión, pero lo cierto era que la había destrozado por completo. Se sentía culpable por su partida y por no ser capaz de darle una respuesta que lo hiciese quedarse a su lado. Se tocó los labios y pensó en aquel beso que le había dado por sorpresa. No había sido desagradable, dadas las circunstancias, pues era una persona a la que quería mucho, pero sí extraño. Decidió no mencionárselo a nadie, no quería que se enfadasen más con Hugo. Salió del aseo más o menos tranquila y fue en busca de Ian. Al entrar en el salón lo vio charlando animadamente con Roberto, lo que la hizo sonreír. Su hermano llevaba uno de los trajes que usaba habitualmente para trabajar. Había obviado la posibilidad de disfrazarse aquella noche, lo que hizo que Raquel negara divertida con la cabeza. Roberto no era muy dado a salirse de su estricto orden.

—¡Al fin! Creíamos que te habías perdido por el hotel —dijo Ian cuando vio que ella se les acercaba.

—Casi —sonrió Raquel tímidamente—. Es que me he encontrado con Hugo y me ha contado que se marcha de Marbella.

—¿Se marcha? —dijo Roberto sorprendido—. No me ha dicho nada. Os dejo, pareja, voy a ver si lo veo y hablo con él —añadió, dio media vuelta y salió del salón.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ian acariciándole la cara con suavidad a Raquel.

—Sí, con ganas de irme mañana contigo a Madrid —repuso ella con una sonrisa.

—¿En serio? —exclamó Ian sonriendo a su vez—. ¡Qué maravilla! Estoy deseando presentarte a mi familia. ¡Les vas a encantar! —dijo dándole un tierno abrazo.

—Bueno, creo que voy a dar por finalizada la fiesta: demasiadas cosas en muy poco tiempo —comentó Raquel con una mueca de disgusto.

Salieron del salón los dos juntos y se fueron a sus respectivas habitaciones. La fiesta aún continuaba, la gente se lo estaba pasando en grande, pero Raquel no estaba para celebraciones. Necesitaba estar sola y pensar. Por su culpa, Hugo se marchaba no sabía adónde, sintiéndose mal consigo mismo y dejándola a ella todavía más preocupada...

Raquel no pudo dormir en toda la noche, pues la asaltaban los recuerdos de los últimos días. Tuvo sueños muy extraños en los que todo se juntaba sin sentido, haciendo que se sintiera todavía más perdida y confundida. Cuando sonó la alarma de su teléfono móvil, se animó un poco, puesto que ya había pasado lo peor: la noche, y tocaba disfrutar del día y de la compañía de ese hombre que la hacía sonreír. Estaba ansiosa por salir de Marbella, quería evadirse de tanto problema y necesitaba centrarse en Ian y dejar a un lado a su familia y su atípico pasado.

Ian y Raquel quedaron para desayunar en el restaurante del hotel. Al terminar, recogieron sus maletas y se fueron al aeropuerto en taxi. La joven no pudo despedirse personalmente de su padre ni tampoco de Roberto, aunque les envió unos mensajes de texto comentándoles que los llamaría cuando llegara a Madrid.

El trayecto fue rápido y enseguida llegaron al aeropuerto de Barajas. Allí, cogieron un taxi y fueron directamente a casa de Ian. Raquel se encontraba cada vez mejor, el viaje y la compañía estaban siendo de gran ayuda. Se sentía a gusto con él, y, aunque hacía muy poco que se conocían, la invadía una sensación de tranquilidad y de optimismo cuando estaba a su lado. El taxi empezó a aminorar la velocidad y se detuvo junto a una preciosa casa color vainilla.

—No es tan grande como la tuya —comenzó a decir Ian mientras señalaba su chalet.

—Pero es tuya, y me encanta —repuso Raquel saliendo del vehículo.

La chica había sido sincera: le encantaba aquella casa. Y tampoco es que fuera tan pequeña, sólo que, comparándola con la propiedad de sus padres, cualquiera parecería pequeña. Debía de tener aproximadamente unos ciento cincuenta metros cuadrados de vivienda, bordeada por un pequeño y cuidado jardín. A la izquierda del chalet se encontraba la piscina y, cerca de ésta, había una barbacoa con una mesa de teca y sillas a ambos lados. Al entrar en la casa, Raquel se quedó maravillada con la decoración, todo era de estilo rústico, todo estaba en sintonía con el campo.

—Ian, esto es maravilloso —comentó fascinada.

—Gracias, la verdad es que mi madre me ha ayudado bastante con la decoración.

—¡Qué bien! ¿Tus padres viven cerca?

—Sí, a diez minutos andando. Me viene muy bien tenerlos tan cerca, porque viajo mucho y así ellos pueden echar un vistazo a la casa en mi ausencia.

—Eso está muy bien. Se nota que tienes buena relación con ellos —dijo Raquel con una sonrisa.

—Sí, son unos padres geniales. Me tienen demasiado mimado —rio Ian.

—Eso es bueno —murmuró mirándolo con cariño.

—Al enterarse de que no venía solo, mis padres nos han invitado a comer a su casa.

—¿Sí? —preguntó ella sorprendida por la invitación.

—¡Claro! Están deseando conocer a la mujer que le ha robado el corazón a su hijo —dijo Ian mientras la besaba tiernamente en los labios—. Ven, te enseñaré el resto de la casa antes de irnos. —La cogió de la mano y la dirigió por las diferentes estancias del chalet.

La casa constaba de dos dormitorios, uno grande y diáfano que daba a la piscina, en el que dormía él, y otro más pequeño pero bien distribuido que se encontraba cerca del salón. Tenía dos cuartos de baños, uno en el dormitorio principal y otro cerca de la sala de estar. Los aseos eran espaciosos y de colores alegres. La cocina, situada enfrente del salón, era de tamaño medio, los muebles eran de un verde luminoso que hacía que la estancia pareciese más grande de lo que en realidad era. Tenía una mesa de madera con sillas a los lados situada enfrente de un gran ventanal que daba al jardín. La casa sólo constaba de una planta, por lo que era muy cómodo no tener que subir y bajar escaleras.

—Si quieres, puedes dormir en la habitación de invitados, aunque yo preferiría que durmieses conmigo —comentó Ian sonriéndole de medio lado, como a ella tanto le gustaba.

—Hummm —ronroneó Raquel acercándose a él—. Me encantaría dormir contigo. —Se

aproximó más y le dio un beso apasionado.

—Creo... —musitó él entonces mirando el reloj que llevaba en la muñeca— que tenemos que irnos ya. ¡Qué pena no disponer de más tiempo para hacer una visita turística a mi cama!

—Jo, qué pena... Creo que hay un monumento muy atractivo que estoy deseando ver —susurró Raquel con coquetería mientras le acariciaba el torso con las yemas de los dedos—. ¡Habrá que esperar, entonces!

—Comemos y, enseguida, nos volvemos y así dormimos la siesta —propuso Ian con una sonrisa radiante.

—Me parece una idea estupenda.

Salieron a la calle y fueron paseando cogidos de la mano hacia la gran casa que tenían los padres de Ian en La Moraleja. Al doblar una esquina, Raquel vio el gran edificio color crema con un tejado en forma de uve invertida gris oscuro; lo bordeaba un muro alto del mismo tono del tejado, y la gran puerta de entrada era de color hueso. Al entrar, vio el cuidado césped que cubría el terreno que rodeaba la casa, y a la derecha se encontraba una preciosa piscina oval. La puerta de la entrada al edificio era de roble viejo, con las bisagras y el pomo de bronce. La puerta se abrió de pronto y por ella salió una mujer de unos cincuenta y tantos años, con el cabello rubio recogido en un perfecto moño y los ojos color tierra.

—¡Mamá! —exclamó Ian mientras la abrazaba con ternura—. Te presento a Raquel. Raquel, ella es mi madre.

—Encantada de conocerla, señora Huriarte, Ian me ha hablado mucho de usted —dijo ella con timidez mientras observaba la sonrisa de afecto que le ofrecía la mujer.

—Por favor, llámame Katherine —repuso dándole un par de besos en las mejillas—. Entrad, tu padre está en el salón.

Los tres pasaron al salón, que era de estilo clásico pero nada recargado. En un sofá negro de dos plazas se encontraba sentado Federico Huriarte, un hombre que rondaba los sesenta años, con el pelo moreno ligeramente canoso y de porte alto y delgado. Sus ojos eran de color azul, el mismo tono que los de su hijo; se notaba que de joven había sido muy atractivo.

—¡Hola, papá! —saludó Ian acercándose a él para darle un abrazo.

—Hola, hijo, ¿qué tal el viaje?

—Muy productivo —susurró Ian separándose de él para ponerse de nuevo al lado de la joven—. Te presento a Raquel.

—¡Al fin te conocemos! Nuestro hijo no ha parado de hablar de ti en estos días que ha estado fuera de casa —comentó el hombre acercándose a ella para darle dos besos en las mejillas.

—Un placer conoceros —musitó Raquel con una sonrisa.

—Sentaos, por favor —dijo Federico señalando los sofás que estaban colocados en forma de «U».

Raquel e Ian se sentaron juntos en uno de ellos, y Federico volvió a acomodarse donde estaba antes.

—Cariño, el viernes te llegó una carta certificada —dijo Katherine cogiendo un gran sobre blanco del aparador, cerca de donde estaban los sofás, y ofreciéndoselo a su hijo. Después se sentó al lado de su marido.

—Vaya, qué prisa se han dado... —susurró él cogiendo el sobre y observando a Raquel, que sonreía nerviosa a sus padres.

—Cuéntanos, Raquel... ¿A qué te dedicas? —preguntó Katherine, rompiendo un poco el silencio que reinaba en el amplio salón.

—Soy periodista en un periódico local de Marbella —musitó observando que Ian rasgaba el sobre y sacaba de él varias hojas.

—Debe de ser una profesión muy interesante —terció Katherine.

—Sí, lo es... —sonrió ella con timidez.

—Tienes un color de ojos poco común, ¿de quién has sacado ese tono tan bonito? —preguntó con interés Federico sin dejar de observar los gestos y la fisonomía de Raquel.

—¡Pues no lo sé! Hace poco he descubierto que soy adoptada... —dijo Raquel con una sonrisa, nerviosa por estar delante de los padres de éste y, sobre todo, por hablar de algo que todavía no había asimilado.

—Joder —bramó de pronto Ian, abriendo los ojos desmesuradamente y observando a Raquel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Katherine sin entender qué le había sucedido a su hijo para que de repente se hallara tan nervioso.

Pero Ian no dijo nada, sólo releía una y otra vez aquellos documentos que le habían enviado con urgencia y observaba alternativamente a esa chica tan maravillosa que se había traído de Marbella. ¿Cómo podía decirle lo que acababa de descubrir? Se mesó el cabello con una mano y cerró los ojos para poder pensar en las palabras adecuadas.

6. LA PRUEBA

Raquel no entendía nada, de repente Ian la miraba de una manera un poco extraña y no sabía qué pensar.

—Raquel, tengo que contarte algo... —musitó él mientras la observaba con preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella sintiéndose cada vez más incómoda en aquella casa.

—¿Te acuerdas de que te comenté que tenía un amigo que era especialista en encontrar a personas?

—Sí.

—Bueno, pues te conté una verdad a medias. Yo no soy abogado, soy detective privado, y muchas veces he colaborado con la Policía Nacional o la Guardia Civil para hallar indicios de personas que han desaparecido o a las que se necesita encontrar por algo especial... Fui a Marbella porque unos amigos de mis padres llevan buscando a su hija desaparecida durante veinticinco años y nunca han hallado ni una sola pista de su paradero. Acepté el caso, pese a ser complicado, por el cariño que nos une a esa familia, que, al saber que me dedicaba a esos casos especiales, me pidieron ayuda, siendo yo casi su última esperanza antes de abandonar la búsqueda... Viajé a Marbella porque, después de casi dos años de investigaciones, encontré indicios que apuntaban directamente a esa ciudad...

»Cuando me enteré de que eras adoptada, aun sabiendo que no querías buscar a tus verdaderos padres, comencé a indagar, más por deformación profesional que por otra circunstancia. El tema es que pedí tu partida de nacimiento, los datos de la adopción y... —susurró volviendo a mirar los documentos que había solicitado— aquí hay cosas que no me cuadran, Raquel... Es como si de repente hubieras nacido y te hubiesen adoptado los Santamaría. No se siguieron los pasos establecidos por la ley, ni siquiera vienen los datos de tus padres biológicos...

—No te sigo... —musitó ella intentando saber de lo que hablaba Ian, quien, por otra parte, le había mentido y, además, había hecho aquello contraviniendo su voluntad.

—Creo que fuiste una niña robada —señaló él al tiempo que le ofrecía los documentos que le habían enviado con carácter urgente.

—No... no puede ser. Mi padre me dijo que me encontró en el vestíbulo del hotel y... —susurró ella extrañada leyendo aquellos papeles y observando lo que él le indicaba.

—Mira, aquí no aparece lo que te contó tu padre —dijo Ian cogiendo los documentos—. Hay una partida de nacimiento firmada por un doctor y, al día siguiente, ya constas como hija de Miguel Santamaría...

—No puede ser, Ian... —balbuceó Raquel observando el rostro serio y preocupado de él.

—Naciste en un hospital madrileño y te llevaron directamente a Marbella... —anunció pensativo sin dejar de mirar las hojas.

—Ian... —musitó ella angustiada al comprobar que su padre había vuelto a mentirle.

—En el mismo hospital que nació la hija de los amigos de mis padres... —susurró él entonces casi para sí sin dejar de mirar los papeles, como si tratara de que éstos le diesen la solución a aquel enigma del que llevaba detrás desde hacía casi dos años.

—No, no puede ser. Creo que te estás confundiendo o que deseas tanto encontrar a esa niña que ves similitudes donde sólo hay casualidades —repuso Raquel mientras negaba con la cabeza.

—Hijo mío, creo que la has encontrado y la tenemos delante de nosotros —dijo de repente Federico Huriarte, que había estado pendiente de toda la conversación—. Kath, llama a Sussan ahora mismo, que venga enseguida.

—Pero, cariño, es posible que sea una casualidad —terció Katherine al ver la mirada angustiada de Raquel.

—¿Acaso no has visto sus ojos? ¡Son del mismo color que los de Sussan! —exclamó entusiasmado Federico.

—Espera, papá, debemos pensar muy bien nuestro siguiente paso. Es posible que sea una coincidencia, que no tenga nada que ver un caso con el otro —informó Ian sin dejar de mirar los papeles por si se le había pasado algo por alto.

—Pero es que todo encaja, Ian. Hace veinticinco años que tuvieron a una niña, pero al día siguiente de su nacimiento les dijeron que había muerto. Ellos nunca vieron el cadáver, incluso hicieron abrir el nicho donde, en teoría, estaba enterrada y no hallaron absolutamente nada, sólo unos cuantos trapos sucios y ningún resto humano. Siempre han creído que se la robaron y la han estado buscando desde entonces... Al ver tus ojos, tu manera de reírte y de gesticular..., me has recordado a Sussan —explicó Federico.

—Pero que se parezca a Sussan no significa que sea hija suya —susurró Katherine observando a la joven con detenimiento y viendo las similitudes que comentaba su marido—. ¿Qué día naciste?

—El 21 de enero... —murmuró Raquel con un hilo de voz.

—Su hija también nació ese día... —señaló asombrada Katherine sin dejar de mirarla.

—¿Estarías dispuesta a hacerte una prueba de ADN? —preguntó Federico.

—Por supuesto, pero sé que va a salir negativa. Es imposible que mi padre hiciera una cosa así, es imposible que yo sea esa niña de la que habláis... —replicó Raquel nerviosa—. ¿Puedo haceros una pregunta? —Los demás asintieron—. ¿Cómo es posible que les pasara algo así?

—A mi amiga no le dio tiempo a llegar a la clínica privada donde nació su hijo mayor, pues empezó a sangrar y el bebé corría peligro. El lugar más cercano a su casa era un hospital público... Desde entonces se ha arrepentido de haber acudido a ese sitio, cree que debería haberse arriesgado e ir donde siempre la habían atendido, porque así todo esto no habría ocurrido —explicó con tristeza Katherine. Se notaba que había vivido de primera mano la angustia y la desesperación de su amiga.

—Llámalas ahora mismo y dile que vaya donde mi amigo Gerardo, que dentro de quince minutos estamos allí —comentó Federico cogiendo su teléfono móvil y ofreciéndoselo a su mujer, que lo miraba nerviosa y esperanzada.

Raquel los observaba en silencio. En sus ojos se reflejaba la ilusión de que ella fuera esa niña perdida, mientras que ella sólo esperaba no serlo, porque eso significaría que su padre le habría mentado una vez más, y eso sería horrible. Sí, se haría esa prueba para acallar esas expectativas absurdas que tenían los padres de Ian y poder continuar con su vida. Mientras tanto, sólo podía

esperar a hacerse el dichoso análisis y cruzar los dedos para que el resultado fuese favorable para ella.

Lo bueno de ser un Huriarte era que siempre podías encontrarte las puertas abiertas incluso en días festivos y a horas poco apropiadas. Federico y Katherine fueron con Raquel e Ian a una clínica muy importante de Madrid, bastante famosa por realizar análisis de ADN. Al entrar se encontraron con sus amigos, que miraron a Raquel con una sonrisa radiante, intentando controlar las esperanzas de que Ian hubiese encontrado a su niña perdida. Sussan tenía el cabello rubio oscuro y liso, una mirada verde esmeralda y una sonrisa amplia y sincera. Su marido era alto, con los ojos oscuros y la piel bronceada, se llamaba Diego y era un famoso empresario del mundo del textil de la capital. Raquel los observó desde cierta distancia, sólo los saludó con timidez y se quedó apoyada en una pared esperando a que les tocara pasar a la consulta. Sabía que todas esas personas creían que ella era la hija perdida de Sussan y Diego, pero ella ansiaba que no fuese así. A los pocos minutos los atendieron y la hicieron pasar a una aséptica sala, donde le recogieron las muestras biológicas realizando un frotis bucal, utilizando para ello unos bastoncillos de algodón largos para obtener muestras de saliva y así cotejarlas con las de Sussan y Diego. Ian no se separó de ella en ningún momento, sabía que en aquellos instantes lo necesitaba más que nunca y no quería fallarle. No obstante, algo en el interior de Raquel había cambiado con respecto a Ian. No le había gustado que la hubiera investigado a sus espaldas, y tampoco que le hubiera mentido. En teoría se estaban conociendo para ser pareja, no para cerrar un caso, ¿no?

Federico estaba ansioso por conocer los resultados. Sabía de primera mano lo que habían pasado en todo ese tiempo sus amigos, incluso él los había ayudado en multitud de ocasiones, y algo en su interior le decía que esa muchacha que los miraba con nerviosismo era su hija. Intentó entablar conversación con ella, pero no sabía muy bien qué decirle, así que finalmente optó por no comentar nada, pues no quería agobiarla más de lo que ya lo estaba. Federico habló con el propietario de la clínica, que era amigo suyo, y le pidió que las pruebas estuviesen cuanto antes. El hombre le aseguró que a la mañana siguiente, a primera hora, le comunicaría el resultado por teléfono. A continuación, la familia Huriarte y los señores Sanz salieron de la clínica con el mismo pensamiento en mente: sólo debían esperar unas horas para esclarecer todo aquello. Raquel e Ian se marcharon a la casa de éste.

—Casi no has hablado desde que salimos de la clínica... —comenzó a decir él cuando entraron en su casa.

—¿Qué quieres que te diga, Ian? Me has ninguneado de una manera que jamás creí que fuera posible. Te dije que no quería saber nada de mis padres biológicos y tú hiciste oídos sordos a mi petición, y ¡ahora me toca estar a expensas de lo que diga un maldito análisis de saliva! —exclamó ella molesta.

—Perdóname, pensé que encontraría los nombres de tus padres y te preguntaría si deseabas conocerlos... No pensé jamás que tu caso fuera tan especial.

—Ahora mismo lo que pienso es que me has utilizado. No sé si al verme te recordé a la amiga de tu madre, o que estabas presente cuando Hugo me contó que era adoptada y tú ataste cabos... No sé cómo fue..., pero veo que has aprovechado mi desgracia para marcarte un tanto delante de las amistades de tus padres —anunció con dureza.

—No, Raquel, no es así. Me gustas, ésa es la verdad, y cuando supe que eras adoptada pensé que cuando transcurriera un tiempo te gustaría saber quiénes eran tus verdaderos padres. No

pensé, ni de lejos, que el caso que estaba investigando tuviera relación contigo —informó él angustiado al ver que la joven lo culpaba de aquello.

—Permíteme que lo dude —susurró Raquel con dureza—. Mañana por la mañana, cuando sepamos los resultados, me marcharé de Madrid. No quiero volver a verte jamás, Ian. Lo siento, pero odio las mentiras, y tú no has parado de decírlas —soltó envalentonada mientras lo dejaba plantado en el salón de su casa.

Fue la peor noche de su vida. Pensar que el hombre que la había atraído y por el que había comenzado a sentir algo la había engañado de aquella manera hacía que se le contrajera el estómago por la rabia. Sólo deseaba que los resultados fueran negativos para poder volver de una vez a Marbella y olvidar al dueño de esos preciosos ojos azules, que la había utilizado vilmente. No logró dormir en toda la noche. Incluso estuvo a punto de llamar por teléfono a Roberto en varias ocasiones, ya que era el único que la entendía y el único capaz de hacer que se serenase, pero ¿qué podía contarle? Era mejor aguardar a saber los resultados de la prueba de ADN. Indudablemente, a la mañana siguiente se reiría de lo preocupada que había estado. Así pues, sólo pudo esperar a que saliese el sol, anunciando un nuevo día y la posibilidad de seguir adelante.

Al fin llegó la mañana y, con ella, renacieron las esperanzas de los señores Huriarte y los señores Sanz, que desayunaban juntos en la gran casa de los primeros. Sabían que en cualquier momento telefonarían a Federico, y sus amigos no dudaron en madrugar para saber de primera mano los resultados. Ellos tampoco habían podido conciliar el sueño, estaban deseando saber si esa muchacha de mirada similar a la de Sussan era en realidad su hija. Mientras hablaban tranquilamente de lo que podría suceder ese día, sonó el teléfono móvil de Federico. Al oír el tono se quedaron los cuatro paralizados, observándose y conteniendo la respiración; al fin, al tercer timbrado, Federico descolgó nervioso. El resto de los ocupantes de la mesa no podían oír lo que decía su interlocutor, pero al ver la expresión de él mientras escuchaba con atención la resolución de los análisis, supieron cuál era el veredicto.

Raquel se levantó muy temprano y se dio una ducha. Ian todavía se encontraba en su dormitorio. Intentó pensar en positivo mientras se secaba el cabello. Anhelaba que los resultados fueran negativos para poder coger su maleta y subirse al primer avión con destino a su hogar. Además, ¿quién iba a robar a una niña de un hospital de Madrid para dejarla en el vestíbulo de un hotel de Marbella? ¡Era absurdo! A no ser que su padre le hubiese mentido... Sin embargo, eso no podía ser, pues Raquel sabía que su padre había sido muy sincero con ella y, además, le había prometido que nunca más habría mentiras entre ambos.

Raquel oyó el sonido del teléfono móvil de Ian. Debían de estar llamándolo sus padres. Él salió al poco de su dormitorio y vio a la chica sentada en el sofá del salón, pálida y ojerosa.

—Me acaban de llamar mis padres. Ya saben los resultados de la prueba de ADN —comentó con un hilo de voz. Se había puesto unos vaqueros cortos y un polo azul que lo favorecía mucho. Su rostro, no obstante, reflejaba la mala noche que había pasado.

—Y ¿bien? —preguntó ella ansiosa.

—Quieren que vayamos a su casa para decírnoslo en persona... No han querido adelantarme nada —farfulló molesto por la llamada enigmática de Federico.

—¿Eso qué significa? ¿Soy o no la hija perdida de los amigos de tus padres? —soltó Raquel intranquila y harta de tanto enigma.

—La verdad es que no sé cómo tomármelo: o bien quieren disculparse contigo por el error o bien quieren darte la bienvenida a la familia. ¡No sé qué pensar! Esto empieza a sobrepasarme... Vámonos ya, estoy desesperado por saber algo —dijo Ian en tono cansado.

Raquel y él salieron de la casa en silencio, sin tocarse, sin apenas mirarse; sólo deseaban llegar cuanto antes a la gran propiedad de los Huriarte.

7. LA NOTICIA

Al entrar en el salón de la gran casa de los padres de Ian, vieron a los amigos de éstos, que los miraban con una sonrisa afable sentados cómodamente en uno de los sofás. Raquel intentó averiguar por su expresión cuál era el resultado, pero se rindió al comprobar que no podía deducir algo sin apenas conocer a esas personas que la observaban con tanta atención.

—No queremos haceros esperar más, supongo que habéis pasado mala noche... —comenzó a decir Federico al ver sus caras de cansancio—. Esta mañana me han llamado de la clínica para comunicarme el resultado de la prueba genética. —Hizo una pequeña pausa y miró con una sonrisa a sus amigos, que estaban atentos a sus palabras—. ¡Raquel, eres la hija de Sussan y Diego! —exclamó con alegría.

—¡¡NOOOOOOOO!! —gritó ella compungida—. No puede ser... —sollozó mientras sus ojos derramaban lágrimas de impotencia al ver que, una vez más, el que creía que era su padre le había mentado.

Sussan se acercó a la joven y la abrazó con aquel amor que nunca había dejado de sentir por aquella hija que había llevado nueve meses en su vientre y a la que jamás pensó dar por perdida.

—Yo... —titubeó Ian con tristeza al ver el daño que le había hecho a Raquel, aunque sabía que los amigos de sus padres estaban felices de que al fin su hija hubiese aparecido.

—Muchas gracias, Ian —dijo Diego dándole un afectuoso abrazo—. Al final la has encontrado. Sabíamos que podíamos contar contigo.

—Yo... —murmuró él angustiado por la mirada de dolor que le dirigía Raquel—. Lo siento mucho —balbuceó dirigiéndose a ella.

—¿Adónde vas? —preguntó Federico a Ian al ver que salía repentinamente del salón.

—Deja que se marche —susurró Katherine a su marido—. Él no la trajo a casa pensando que sería la hija de Sussan; la trajo porque le gustaba, y ahora ella se siente engañada por él... —murmuró señalando a la protagonista de aquella historia, que estaba aturdida por los acontecimientos.

—Ya..., te entiendo —masculló Federico al ver que la alegría que les había proporcionado a sus amigos había destruido aquella relación que estaba comenzando.

—Pero ¿cómo es posible? —sollozó Raquel alejándose de Sussan—. Mi padre me contó que me encontró en el hotel... No lo entiendo.

Se dejó caer en uno de los sofás y se tapó la cara con ambas manos, ocultando la gran angustia que sentía en aquellos momentos.

—Debes hablar con él... —musitó Sussan sentándose al lado de su hija—. Es el único que podrá darte las respuestas que necesitas.

—Quiero que sepas que queremos formar parte de tu vida —terció Diego sentándose a su otro lado—. Sabemos que ahora nos ves como a unos extraños, pero somos tus padres y queremos estar siempre cerca de ti. Te queremos desde hace veinticinco años y nunca hemos

abandonado la idea de que algún día te encontraríamos. Hoy se han hecho realidad nuestras súplicas y, al fin, te hemos encontrado. Somos muy felices de que estés aquí con nosotros.

—¡Esto es una locura! —exclamó Raquel levantándose del sofá y caminando hacia el centro del salón bajo la atenta mirada de aquellas cuatro personas, dos de las cuales se habían convertido de repente en su verdadera familia—. Necesito irme de aquí —murmuró con dolor—. Tengo que marcharme...

—Pero, Raquel, ¿adónde irás? —preguntó Federico.

—Primero tengo que ir a recoger mis cosas a casa de Ian y luego me iré a un hotel hasta que sepa qué hacer con mi vida... —respondió ella confusa—. No puedo volver a Marbella —sollozó con amargura.

—Deja que te ayudemos, nosotros podemos ir a recoger tus cosas a casa de Ian —musitó Katherine.

—Además, puedes quedarte en un apartamento que tenemos aquí cerca y que utilizamos cuando vienen visitas —propuso Sussan.

—Yo... no sé qué decir... —musitó Raquel, todavía más confusa al ver el cariño que le profesaban esas personas que acababa de conocer—. No quiero molestar.

—¡¿Qué vas a molestar?! Eres nuestra hija y nunca nos molestarás —dijo con rotundidad Diego, que se sentía pletórico al tener a su lado a su hija perdida.

—De acuerdo... Ahora lo que necesito es estar sola. Yo... estoy hecha un lío y... —susurró ella abatida.

—Federico, coge la copia de las llaves de casa de Ian. Buscaremos tus cosas y te las llevaremos al apartamento —dijo Katherine.

—¿Crees que no estará en casa? —preguntó él dirigiéndose a la cómoda y abriendo un cajón para sacar la copia de las llaves.

—Seguro que no está —musitó Katherine convencida—. Ahora nos vemos —dijo saliendo de su casa con su marido.

Raquel quiso preguntarle a Katherine por qué suponía que Ian no estaría en su chalet. Sin embargo, prefirió callarse y tragarse la curiosidad, ya que seguramente sabría que su relación se había hecho trizas al obligarla a conocer la verdad de su procedencia y al verse de nuevo envuelta en más mentiras que le explotaban en la cara.

Sussan, Diego y Raquel se dirigieron al apartamento que tenían en la urbanización. No se hallaba muy lejos de la casa de los padres de Ian. El piso era acogedor, pequeño pero muy bien aprovechado. Predominaba la madera de roble, el suelo era de parquet y los colores usados para las estancias eran suaves y cálidos. Se encontraba totalmente equipado, con electrodomésticos de última generación. Sussan le comentó que habían comprado aquel apartamento para los familiares y amigos que continuamente los visitaban. A los pocos minutos llegaron Federico y Katherine con la maleta de Raquel, que dejaron en el dormitorio principal para que ella se acomodara el tiempo que necesitase. Sussan y Diego fueron muy amables con ella, le dieron sus números de teléfono por si necesitaba algo y le comentaron que harían que le llevaran comida para llenar la despensa y la nevera. Raquel se encontraba aturdida ante tantas muestras de afecto, no estaba acostumbrada a ello; sólo sentía que le transmitían ese cariño Miguel, Roberto y Hugo... Pero aquellas dos mujeres, Sussan y Katherine, su madre biológica y la amiga de ésta, se desvivían en atenciones con ella, se notaba que entre ellas había mucha complicidad, y se

complementaban a la perfección. No tardaron mucho en marcharse y dejarla sola, pues resultaba evidente que era lo que necesitaba y no querían atosigarla.

Cuando oyó cerrarse la puerta de aquel apartamento desconocido, se dirigió al dormitorio principal, donde habían dejado la maleta, se tumbó boca abajo en la cama y se echó a llorar con desesperación; lloró hasta que se le acabaron las lágrimas y su pecho ya no pudo sollozar más. Al final, se quedó dormida con la triste realidad de haber encontrado a su familia en aquel viaje que debería haber sido de ensueño, una excusa para conocer a ese hombre tan atractivo, que finalmente había resultado ser un detective privado y un mentiroso que se había aprovechado de ella...

Raquel se despertó por la noche. No sabía qué hora era, pero tampoco le importó. Durmió durante nueve horas y tuvo varias pesadillas, cuyo protagonista siempre era el mismo: Ian. Se sentía hundida, creía que se encontraba en medio de nada, pues nada merecía la pena ya, como si todo a su alrededor se hubiera desvanecido por completo, dejándola vacía y aturdida. Su mundo se había desplomado, todo cuanto ella creía era mentira y ya no sabía qué pensar, qué hacer ni qué decir.

Se levantó como pudo de la cama. Se sentía terriblemente cansada pero necesitaba llamarlo. Tenía que hablar con él. Marcó su número de teléfono en su móvil y esperó a que contestara.

—Raquel, ¿cómo estás? —preguntó Miguel con alegría.

—Mal, estoy muy mal... —sollozó ella con un hilo de voz.

—¿Qué te ocurre? Cuéntame —pidió él con preocupación.

—Acabo de enterarme de quiénes son mis padres biológicos... Me han contado que me robaron al nacer... ¿Qué sabes tú de eso? —dijo con cansancio.

—Pero ¿cómo es posible?... ¿Los has buscado?

—¡¡RESPÓNDEME!! ¿ME ENCONTRASTE O PAGASTE POR MÍ? —gritó ella enfurecida.

—¿Dónde estás? Me gustaría hablar contigo en persona... —farfulló Miguel nervioso.

—¡Dímelo ya! Si no, te juro por lo que más quieres que no volverás a verme en la vida —replicó ella con frialdad.

—Yo..., Raquel... —titubeó Miguel intentando pensar en cómo abordar aquel asunto—. Yo anhelaba tener una niña. Alicia no quería volver a quedarse embarazada, ya me lo había advertido cuando comenzó a recuperarse del parto de Hugo, y entonces hablé con un médico amigo mío para ver si él podía ayudarme. Le comenté que quería una niña sana, un recién nacido, y que estaba dispuesto a pagar lo que fuese necesario... A las pocas semanas de aquella conversación, ya te tenía en mis brazos. Mi amigo nunca me dijo quiénes eran tus padres, y tampoco quise saberlo, porque para mí ya eras una Santamaría... —Hizo una pequeña pausa—. Raquel, lo siento muchísimo, yo...

—¿Cómo has podido...? Yo confiaba en ti, creía que eras sincero conmigo, y me prometiste que no habría más mentiras —dijo Raquel con pesar al saber la dolorosa verdad de su procedencia—. Todo era una farsa. ¡Me compraste! Me separaste de mis verdaderos padres sólo porque deseabas una niña... ¿Por qué no adoptaste a una que no tuviese familia? ¿Por qué tuviste que separarme de una familia que me quería y que ha estado durante veinticinco años buscándome? —preguntó con la voz cargada de rencor.

—Eran demasiados papeles, demasiadas preguntas, y siempre daban niñas más crecidas...

—susurró Miguel con tristeza al ver que la verdad se había destapado y que ahora debía afrontar las consecuencias de sus actos—. Yo quería un bebé, un recién nacido, para cuidarla y enseñarla, para darle todo mi cariño. Yo te quería a ti, Raquel, siempre serás mi preciosa hijita —musitó con ternura.

—¡Estás loco! Destrozaste a una familia por un capricho. ¡Qué equivocada he estado contigo! Me has defraudado... —repuso desolada al ser consciente de la verdad.

—Raquel, no me digas eso... Sé que obré mal, pero no puedo volver atrás. Soy tu padre, lo he sido durante estos veinticinco años —contestó Miguel abatido.

—Sí, lo sé, pero yo ya no soy tu hija. Adiós, Miguel, no quiero volver a verte nunca más —farfulló ella angustiada.

—¡Raquel, no! ¡No me hagas esto! —rogó con desesperación mientras sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas al oír las palabras que siempre había temido.

Raquel cortó la comunicación y se quedó mirando la pequeña pantalla negra, que de inmediato comenzó a parpadear con una llamada entrante de Miguel. La ignoró y puso el móvil en silencio mientras se tumbaba en la cama y observaba el techo, del que colgaba una lámpara de estilo moderno. No pudo volver a dormirse, estaba demasiado nerviosa al haber descubierto que toda su vida había sido una mentira tras otra. No sabía qué iba a hacer a partir de ese momento. No podía volver a Marbella, pues allí no tenía nada. Su casa, su familia, su trabajo e incluso su novio..., lo había perdido todo en cuestión de días, de horas... Se sentía sola, terriblemente sola. Vio cómo se iluminaba de nuevo el teléfono móvil y, por curiosidad, comprobó de quién era la llamada. Suponía que sería de Miguel, pues en aquel rato la había telefonado unas quince veces seguidas, todas las cuales ella lo había ignorado porque no quería hablar más con él. Ya estaba todo dicho, no necesitaba oír más mentiras. No obstante, se sorprendió al ver que quien la estaba llamando no era quien ella creía.

—Hola —saludó Raquel en un suspiro contestando el teléfono.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Roberto nervioso.

—Has hablado con tu padre, ¿verdad? —resopló ella cansada de aquel tema que no dejaba de rondarla.

—Sí, pero no me ha dicho mucho: sólo que estabas mal y que no querías cogerle el teléfono...

—¿No te ha contado por qué no le cojo el teléfono? —soltó molesta.

—No, dice que estás enfadada con él, pero no me ha dicho el porqué.

—Roberto, me engañó, nos engañó a todos. No me encontró en el hotel, no fue como él siempre ha dicho, no es un héroe, sino un villano. Joder, que pagó para que me robasen al nacer, separándome de mi verdadera familia, la cual no ha descansado en todo este tiempo intentando encontrarme... ¡Lo odio, lo aborrezco con todo mi ser! —exclamó Raquel a punto de echarse a llorar de nuevo, dolorida por el mal proceder de Miguel.

—No me lo puedo creer... —Roberto hizo una pequeña pausa para digerir aquella noticia que lo había dejado helado—. ¿Dónde estás? Seguro que lo estarás pasando mal. Me gustaría verte y que hablásemos...

—Ahora mismo estoy en un apartamento que me han prestado mis verdaderos padres... —susurró al sonarle extraño ese apelativo, que siempre había estado dirigido a otras personas.

—Pues dime la dirección y salgo para allá —dijo Roberto con decisión.

—No me apetece ver a nadie. No te lo tomes a mal, sabes que siempre he contado contigo, pero ahora necesito ver las cosas con perspectiva y saber qué hacer con mi vida.

—Como prefieras... Si necesitas que vaya, sólo tienes que llamarme y al cabo de unas pocas horas me tendrás por ahí —susurró él nervioso.

Necesitaba estar a su lado, saber que se encontraba bien, hablar con ella y abrazarla para devolverle la sonrisa, pero también era consciente de que no podía obligarla.

—Lo sé, muchas gracias, Roberto. ¡Eres un cielo! —dijo ella con una sonrisa—. Voy a ver si puedo conciliar el sueño de nuevo... Estoy agotada.

—Entonces te dejo que descanses. Mañana volveré a llamarte, ¿de acuerdo? Cuídate mucho.

—Lo intentaré —musitó ella colgando la llamada.

Esa noche, Raquel durmió poco. No paraba de soñar con todo lo sucedido. En el sueño había dos protagonistas que habían sido clave para encontrarse donde ahora mismo se hallaba: Hugo e Ian. Uno le había contado que era adoptada y el otro le había confirmado que había sido un bebé robado y la había llevado al lado de su verdadera familia... ¡Qué curiosa era la vida, que torcía las cosas a cada minuto! Había pasado de tenerlo todo a no tener nada.

A la mañana siguiente fueron a visitarla sus padres biológicos, aunque a Raquel le costaba verlos como tal. Diego y Sussan estuvieron hablando con ella en el salón durante un buen rato. La estuvieron animando y contándole historias de su familia y de ellos mismos. Le hablaron de su hermano, Ismael, un par de años mayor que ella. Trabajaba en Londres como abogado, y estaba deseando conocerla desde que había sabido de su existencia. Comieron con ella en el apartamento y, por la tarde, la dejaron de nuevo a solas para que intentara hacerse a la idea de que su vida ya no volvería a ser como antes.

Raquel permaneció en el apartamento una semana entera, y en ese tiempo visitó la casa de sus verdaderos padres, un precioso chalet muy cerca de donde vivían los Huriarte. Estuvo viendo álbumes de fotos familiares y descubrió que aquellas personas eran amables, cariñosas, atentas... Desprendían amor por todos los poros, y con ellos se sintió querida desde el primer momento. Aun así, la joven no conseguía levantar cabeza, pues el recuerdo de las continuas mentiras había hecho mella en su ánimo, e incluso tenía la impresión de que ni ella misma sabía ya cómo era la verdadera Raquel. Era como si todo aquello hubiera hecho que estuviera adormecida, como esperando a despertar de un mal sueño para retomar su rutina, una sensación que la ahogaba y que hacía preocupar a sus padres. Ese día, Sussan y Diego fueron a verla al apartamento. Estaban sentados en los sofás mientras conversaban.

—Ayer estuve hablando con Ismael, me comentó que está deseando conocerte, pero que no puede volver a España hasta dentro de unos meses. Está bastante liado con un importante caso —comenzó a decir Sussan—. He pensado que podrías viajar tú a Londres para conocerlo. Creo que necesitas cambiar radicalmente de aires, y hablar con tu hermano te hará bien. ¿Qué te parece?

—Bueno, no sé... —musitó Raquel, todavía entumecida por las circunstancias.

—Creo que tu madre tiene razón. Raquel, nos encanta tenerte con nosotros y estamos disfrutando mucho conociéndote y mostrándote cómo somos nosotros, pero creo que te haría bien salir de España y encontrarte con tu hermano. Necesitas evadirte y, además, Londres es una ciudad preciosa que seguro te encantará —comentó Diego.

—A lo mejor molesto a Ismael. Él estará acostumbrado a su rutina y yo interferiré en ella... —se excusó la chica.

—Le parecerá fantástico, ya lo verás. Voy a llamarlo ahora mismo para comentárselo —dijo Sussan levantándose del sofá para dirigirse a la pequeña terraza del apartamento y llamar a su hijo mayor.

Raquel aún no se había acostumbrado a que su madre biológica estuviese siempre tan pendiente de ella. Durante toda su vida, la que creía que era su madre nunca le había prestado atención, y aquello era totalmente nuevo para ella. Eso la hacía sonreír y entristecerse a partes iguales, estaba hecha un lío, y parecía que no veía el final de aquel bucle en el que se había metido.

Sussan volvió a entrar en el salón y se sentó otra vez en el sofá, al lado de su marido.

—Ya está arreglado. Ismael está esperándote con ansia. Además, he aprovechado y ya te he reservado el billete del avión, ¡sales esta misma tarde! Sólo hace falta que hagas la maleta, nosotros te acompañemos al aeropuerto y dentro de unas horas estarás en la ciudad donde nací —dijo Sussan con una sonrisa para infundirle a Raquel los ánimos que necesitaba—. Seguramente dentro de unos días nos escapemos nosotros a Londres y te presentemos al resto de la familia.

—¿Esta tarde? ¡Qué rápido! —exclamó ella sorprendida ante aquel viaje tan repentino.

—Es mejor que empieces a vivir tu nueva vida, Raquel. Nosotros siempre estaremos a tu lado, para lo que precises, pero sabemos que necesitas recuperarte de esta noticia que ha hecho tambalear tu vida anterior. Creemos que necesitas asimilar todo esto en Londres, en una ciudad donde no haya nada que te haga recordar y donde puedas construir los primeros cimientos con tu nueva identidad. Puedes quedarte allí el tiempo que te haga falta, Ismael te cuidará, y nosotros podemos estar allí en un par de horas —explicó Sussan con cariño mientras le acariciaba la espalda con suavidad.

—De acuerdo, voy a empezar a prepararme para viajar a Londres —murmuró Raquel con una tímida sonrisa mientras se levantaba del sofá.

8. LONDRES

Todo parecía un sueño. Raquel no creía realmente que acabara de aterrizar en Londres, incluso se esforzaba en recordar cómo había llegado hasta allí. Se acordaba de la despedida de sus padres en el aeropuerto, cariñosa y alentadora, y de haber subido al avión, pero no era consciente de haber estado sentada dentro de la aeronave. Desconectó justo en el momento de sentarse al lado de la ventanilla, y estuvo mirando a través de ella sin ver nada durante todo el vuelo. La despertó de su ensoñación la azafata cuando le dijo amablemente que ya habían llegado a su destino y que ella era la última persona que quedaba por desembarcar. Raquel se levantó como una autómatas y fue a buscar su maleta. Entonces recordó que en cuestión de minutos conocería a su verdadero hermano. Al final reconoció su maleta en la cinta transportadora, pues era la única que quedaba en ella; se acercó, la cogió y se encaminó hacia la salida. Allí, empezó a buscar a Ismael con la mirada, aunque no sabía muy bien a quién debía buscar. Observó a toda la gente que aguardaba a sus seres queridos y, al final, en medio del gentío, vio un cartel con su nombre escrito y se acercó al hombre que lo sostenía y que la aguardaba con una gran sonrisa.

Ismael era muy guapo. Era moreno y tenía los ojos verdes, del mismo tono que el de ella, y el cabello algo ondulado. Su cuerpo era fibroso y era muy alto. Se parecía mucho a Raquel, nadie podría dudar de que fueran hermanos.

La joven sonrió mientras se acercaba a él.

—Bienvenida a Londres —saludó Ismael dándole un cálido abrazo como si se conociesen de toda la vida—. Estaba deseando encontrarme, por fin, con mi hermanita. ¿Qué tal el viaje? —preguntó mientras la ayudaba con el equipaje.

—Bien, el trayecto se me ha hecho muy corto —dijo ella con una tímida sonrisa.

—Eso está bien. Venga, vámonos de aquí, que mi coche nos espera fuera —anunció él señalándole con la cabeza la salida.

Raquel se sorprendió al notar el cariño y la simpatía que le transmitía su hermano; no parecía que fuese la primera vez que se encontraban. Empezó a notar que se relajaba un poco, y pensó que no había sido tan mala idea ir a Londres.

Ismael estaba enterado de toda su historia, su madre se lo había contado todo, así que no sacó el tema durante el trayecto en coche. No había visto nunca a su hermana, pero sentía como si la conociera. Era evidente que estaba sufriendo, que debía de haber pasado un tormento y que debía de sentirse perdida ante una verdad que la había encontrado en el peor de los momentos. Ismael había hablado también con Ian, con el que tenía una maravillosa relación, ya que prácticamente habían crecido juntos, y supo que se encontraba fuera de España. Había ido a Roma, a ver a unos amigos y conseguir olvidar a aquella mujer que lo había hechizado y a la que creía que le había fallado al ayudar a los Sanz. Ansiaba que algún día ella lo perdonara, ya que su intención nunca había sido perjudicarla, sino que a él también lo habían sorprendido los acontecimientos. Jamás

habría pensado que aquella fantástica mujer fuera la hija de los amigos de sus padres.

Durante el trayecto en coche hasta la casa de Ismael, tuvieron tiempo para conversar. Raquel se sentía cómoda hablando con él, e incluso bromearon con anécdotas de su infancia. A ella se le hizo corto el camino y, cuando se dio cuenta, ya había llegado a la casa de su hermano. Estaba situada en el barrio de Chelsea, una de las mejores zonas de la ciudad, donde se concentraban las grandes tiendas de las firmas más importantes y famosas. Estaba en un edificio de tres alturas, e Ismael vivía en el último piso. Éste estacionó el vehículo en su plaza de garaje, que se encontraba en el sótano del edificio, y subieron en el ascensor hasta la tercera planta. Raquel se sorprendió al ver que la casa ocupaba todo el tercer piso. Era un apartamento muy grande, de unos ciento cincuenta metros cuadrados, con una decoración de estilo moderno, e Ismael la guio por todas las estancias. El salón estaba justo al lado de la entrada, era amplio, y los colores que predominaban eran el blanco y el negro. La cocina estaba a la derecha de éste, era muy práctica, de colores claros, y estaba equipada con lo mejor del mercado. El aseo se encontraba enfrente de la cocina, era de colores suaves, y en él destacaba el lavabo de cristal de color azul eléctrico. A la izquierda del salón se hallaba el despacho de Ismael y, al lado, su dormitorio, una habitación grande de colores neutros muy minimalista. En el interior de ésta había otro cuarto de baño completo con una impresionante ducha de mármol blanco. Enfrente del dormitorio principal se encontraba el de invitados; era de colores cálidos, y también disponía en su interior de un cuarto de baño completo con una preciosa ducha de mármol en color terracota. A Raquel le encantó todo lo que vio, y le dio mil gracias a su hermano por acogerla unos días en su hogar.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras —comentó él mientras se sentaba en el sofá de piel marrón del salón—. Me vendrá bien tener un poco de compañía.

—¿Tienes novia? No me gustaría invadir tu intimidad...

—No, de momento no tengo novia, pero si algún día quisiera traer a alguna chica a casa, te lo diría y tendrías que irte al cine —dijo guiñándole un ojo—. Tranquila, que nos apañaremos muy bien. Además, somos hermanos, ¿no? Pues si tengo algún problema contigo, te lo diré y lo hablaremos, ¿vale?

—Me parece perfecto, sobre todo, confianza. No me voy a molestar si algún día me dices que me coja la maleta y que me vuelva a España —repuso ella con una sonrisa.

—Aclarado ese tema, pues —sonrió Ismael.

A continuación, pasaron unas cuantas horas hablando, como si tuvieran que recuperar todos los años perdidos. Raquel supo que su hermano tenía su propio bufete de abogados en Londres, ubicado en el centro de la ciudad; estaba muy contento allí, aunque no paraba de trabajar. Ismael le comentó que le venía bien tenerla con él, pues así se obligaría a salir antes del trabajo y poder hacer más vida social. También le contó que sus abuelos maternos todavía vivían, y que tenían varios tíos y tías bastante cerca de la ciudad. Le prometió que irían un día a hacerles una visita para que pudiera conocerlos a todos. Y le dijo que se había cogido el día siguiente libre para poder pasarlo con ella y mostrarle aquella ciudad que la había acogido tan bien.

Raquel disfrutó mucho en compañía de su hermano y se rio al oír historias de cuando él era pequeño, de los viajes que había hecho con sus padres y de cómo éstos se habían conocido. Había sido a través de Katherine, quien obligó a su madre a que la acompañara a una fiesta de negocios que celebraba Federico, y allí conoció a Diego.

Raquel comenzó a pensar que junto a Ismael empezaría a olvidar aquella horrible pesadilla.

Decidieron irse a dormir al darse cuenta de la hora que era. Se les había pasado el tiempo volando y a la mañana siguiente necesitarían estar descansados para hacer turismo por Londres. Raquel se dirigió a la habitación de invitados y se duchó en el cuarto de baño que había en su interior, se puso un camisón y se tumbó en la cama. Al mirar su teléfono móvil vio que tenía un mensaje de Roberto, que le preguntaba si podía llamarla. Ella le envió un mensaje diciéndole que sí. Luego miró la hora y vio que era la una de la madrugada; seguramente a esas horas Roberto estaría durmiendo y la llamaría al día siguiente. Cuando Raquel se hubo acomodado de nuevo en la cama, su móvil sonó y descolgó enseguida.

—Hola, Roberto, perdona por contestarte tan tarde, no sabía qué hora era... —comentó ella.

—No te preocupes por la hora, ¿qué tal estás? —preguntó él en un susurro.

—Bastante mejor. Estoy en Londres, he venido a conocer a mi hermano —explicó Raquel.

—¿En Londres? ¡Vaya! —exclamó Roberto sorprendido. Todos aquellos días había hablado con ella por teléfono y al fin parecía algo más animada—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo ahí?

—No lo sé. Ismael me ha dicho que puedo quedarme el tiempo que quiera, pero tampoco quiero abusar. De momento voy a conocer la ciudad y también lo conoceré a él. ¿Sabes una cosa? Somos muy parecidos, en todos los aspectos —dijo con una sonrisa al haber descubierto que, aparte de que llevaban la misma sangre, coincidían en muchas otras cosas.

—Me alegra saber que te encuentras mejor —comentó Roberto, aliviado al notar un poco más de alegría en su tono—. Aunque estás algo lejos...

—Londres tampoco está tan lejos de Marbella —rio ella.

—Raquel, me gustaría preguntarte algo... Ahora que ya conoces toda la verdad, que ya sabes quién es tu familia y tu historia... —Hizo una pequeña pausa para formular bien la cuestión—. ¿Vas a olvidarte de nosotros? —dijo con un hilo de voz.

—¡No! —exclamó ella sin dudarle ni un segundo—. No quiero olvidarme de vosotros. Bueno, para ser sincera, de tus padres sí, pero de vosotros dos, no. Hugo y tú no seréis mis hermanos, pero para mí sois muy importantes. Sois mis dos mejores amigos, incluso pasamos la niñez juntos, imagínate —dijo en tono de broma—. No podría olvidaros nunca. Formáis parte de mí y de mi vida.

—Tú también formas parte de la nuestra —murmuró Roberto aliviado al oír su sincera respuesta—. Oye, ¿en qué barrio de Londres vive tu hermano?

—En Chelsea.

—¡Qué zona más bonita! Te va a gustar mucho esa ciudad, espero que me cuentes lo que más te ha llamado la atención.

—Estoy deseando empezar a hacer turismo —dijo Raquel ilusionada ante la perspectiva—. Mañana Ismael me va a enseñar Londres.

—Bueno, pues entonces te dejo ya, no quiero que mañana estés agotada por mi culpa. Descansa mucho y diviértete —dijo Roberto.

—Descansa tú también. Buenas noches —susurró ella.

—Buenas noches, Raquel...

La joven colgó el teléfono, apagó la luz y se quedó dormida casi al instante. Aquella noche durmió plácidamente, sin que ninguna pesadilla la visitase haciéndole revivir de nuevo aquella angustia que había sentido días atrás.

A la mañana siguiente se despertó pletórica. Estaba deseando hacer turismo por la ciudad.

Ismael y ella desayunaron juntos en la gran cocina, en la mesa de madera que había al lado de un gran ventanal con vistas a la ciudad, y empezaron a hacer planes para el día. Salieron animados del edificio y fueron recorriendo todos los lugares emblemáticos de Londres: la catedral de San Pablo, el Big Ben, la abadía de Westminster... Ismael la llevó a su restaurante favorito, que se encontraba en la zona de la City, y cuando hubieron terminado de comer fueron a dar un paseo cerca del río Támesis. En todo el día no hubo ni un momento de silencio, los dos hermanos no cesaban de conversar, pues tenían mucho que contarse; además, habían congeniado a la perfección.

—Entonces ellos sabían que no eras su hermana desde el principio —resumió Ismael.

—Sí, desde muy pequeños sabían la verdad —explicó Raquel admirando las preciosas vistas.

—Vaya... Claro, ahora no veo tan extraño que Hugo se enamorara de ti. Para él nunca has sido su hermana...

—Ya, supongo que tienes razón. Ahora me siento fatal por no haber aclarado el tema con él... Hugo me abrió su corazón y yo se lo destrocé sin darle ni siquiera una explicación —comentó ella mientras observaba el agua del río y se sentía mal por su conducta.

—Pero, sabiendo lo que sabes hoy, ¿habrías actuado de manera diferente con él?

—No lo sé... ¿Sabes una cosa? Antes de que se fuera, vino a despedirse de mí y me besó... —murmuró Raquel al recordar aquel beso lleno de amor que le había dado antes de marcharse.

—Y ¿sentiste algo? —preguntó Ismael con curiosidad.

—Si te soy sincera, no me disgustó, solamente es que yo no lo amo. Lo quiero como a un buen amigo, sólo eso... —susurró avergonzada de su confesión.

—Te entiendo. Deberías hablar algún día con él y retomar vuestra relación para no perderlo.

—Sí, pero no sé qué decirle, Ismael... Además, no quiero hacerle sufrir más; él se fue para olvidarse de sus sentimientos hacia mí, y si lo llamo... —musitó haciendo una mueca de disgusto al saber que aquello no se arreglaría tan fácilmente.

—El tiempo lo cura todo, sólo basta con esperar el suficiente para que sanen las heridas.

Raquel miró las aguas del Támesis y pensó en Hugo, en qué debía de estar haciendo en aquellos momentos, en cómo debía de sentirse, en si habría conseguido olvidar que algún día la había amado...

Entonces volvió a mirar a su hermano y detrás de él vio una figura que le recordaba a alguien. Sin decirle nada a Ismael, fue acercándose a esa persona, caminando en su dirección. Cuando se aseguró de que era quien le parecía, echó a correr hacia él. Ismael la miraba confundido, sin entender por qué su hermana echaba a correr hacia ese hombre moreno que caminaba hacia ellos sonriendo ampliamente.

—¡Roberto! —exclamó ella con entusiasmo echándose en sus brazos—. ¡Qué sorpresa!

—Raquel, qué alegría verte tan bien —dijo él rodeándola en un tierno abrazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó separándose un poco de él para mirarlo a la cara.

—Quería verte y he cogido un avión esta mañana a primera hora. He estado a punto de llamarte por teléfono para saber dónde estabas exactamente, pues no sabía dónde buscarte... Menos mal que hace un rato me has enviado una foto tuya con el río Támesis de fondo. He reconocido enseguida la zona y he venido hasta aquí para darte una sorpresa. Espero que no te moleste mi visita, pero necesitaba ver, con mis propios ojos, que te encontrabas bien —explicó Roberto con timidez.

—No me molesta, al contrario, me alegro mucho de que estés aquí. Ven conmigo, te voy a presentar a mi hermano —dijo Raquel mientras lo cogía del brazo y avanzaban hacia éste.

»Ismael, éste es Roberto. Roberto, él es mi hermano —los presentó con una sonrisa.

—Encantado de conocerte —saludó Roberto mientras le estrechaba la mano.

—Estaba deseando ponerte cara, Raquel me ha hablado mucho de ti —sonrió Ismael.

—Espero que cosas buenas —comentó Roberto con una sonrisa tímida.

—No me ha contado nada malo de ti, te lo puedo asegurar —repuso él divertido.

—¿Cómo lo has hecho para poder escaparte del hotel? —preguntó Raquel con curiosidad.

—Hace unos días, mi padre y yo tuvimos una fuerte discusión, y desde entonces no he vuelto a trabajar en el hotel... —explicó él.

—¿Por qué has discutido con él? ¿Qué ha ocurrido? —inquirió Raquel preocupada.

—Porque me he cansado de todas las mentiras que ha dicho durante nuestra vida. No puedo perdonar lo que te ha hecho, Raquel... —explicó Roberto con rotundidad.

—No quiero que te enfades con él por mi culpa, al fin y al cabo, es tu padre —murmuró ella al ver su gesto preocupado.

—Será mi padre, pero lo que ha hecho está mal y no puedo aplaudirle sus acciones.

—Raquel, me voy un momento a mi despacho, que está aquí cerca. Necesito enviar unos faxes urgentes y así aprovecho que está aquí Roberto y no te dejo sola. Vosotros seguid con el paseo y luego os alcanzo —dijo Ismael mientras empezaba a alejarse ya de ellos.

—¡No tardes! —exclamó ella dirigiéndose a él.

Ismael se volvió, le sonrió y le guiñó un ojo.

—Parece un buen chico —comentó Roberto mirando cómo se alejaba de ellos.

—Lo es, me está ayudando mucho —dijo Raquel mientras se sentaba en un banco.

Roberto se sentó a su lado.

—Lo habrás pasado fatal...

—Sí, pero tengo que aprender a vivir con eso. Ian, sin yo quererlo, me ayudó a saber quiénes eran mis verdaderos padres, sin yo pedírselo, averigüé mi pasado y me topé de golpe con él... —explicó ella con dolor.

—¿Estabas enamorada de Ian? —preguntó Roberto sin dejar de observar su mirada triste, su rostro cansado y sus gestos nerviosos.

—No, apenas lo conocía para sentir algo así, pero sí me sentía muy atraída por él, era un hombre fantástico, pero, claro, la cara que me mostró no era del todo sincera... Pienso que me utilizó, que me ocultó demasiadas cosas como para que yo volviera a confiar en él...

—A lo mejor a él también lo sorprendieron los acontecimientos.

—No lo sé, lo único que pienso es que me engañó y que ignoró mi petición de no querer saber nada de mi pasado.

—Pero ¿te arrepientes de haberlo averiguado?

—No... La verdad es que mis padres y mi hermano son unas maravillosas personas. Sin embargo, un día me levanté siendo una Santamaría y al rato acabé siendo una Sanz..., y eso no es fácil de digerir. Aún me está costando hacerlo.

—Me lo creo —murmuró Roberto observando el río.

—¿Sabes algo de Hugo?

—Poca cosa. Hemos hablado por teléfono algunos días y parece que está un poco más

animado.

—¿Está más animado? ¡Cuánto me alegra oír eso! Estaba preocupada, desde que lo vi en la fiesta no he sabido nada de él. ¿Sabes dónde está?

—Sí, se ha ido a Valencia... Ya sabes que allí viven unos buenos amigos y lo están ayudando mucho.

—¿Le has contado algo sobre mí?

—Sí, me preguntó si te encontrabas bien y se lo conté... Se entristeció al saber que estabas pasándolo mal —explicó Roberto mientras observaba cómo cambiaba su gesto—. No estés triste. Él está mejor, de verdad, pero aún te quiere y no puede evitar sufrir por ti cuando sabe que no estás bien...

—Ya, pero no me lo merezco... No supe hablar sinceramente con él, no supe abordar aquel tema que tanto daño le estaba haciendo, y me gustaría que fuese todo como antes... —murmuró Raquel contrariada.

—Ya hablarás con él, no te preocupes por eso. Ahora está conociendo a gente nueva, y nunca se sabe... A lo mejor conoce a alguna mujer y se enamora de ella. Ya sabes cómo es Hugo: nunca te guardará rencor.

—Eso espero... —susurró ella con tristeza.

—No le des más vueltas. Vamos a seguir paseando —dijo Roberto cogiéndola de la mano para ayudarla a levantarse del banco.

—De acuerdo —asintió ella intentando sonreír, aunque le salió algo más parecido a una mueca que a una sonrisa alegre.

Raquel y Roberto siguieron paseando cerca del río y estuvieron hablando durante todo el camino. Él le contó que se había hospedado en un hotel en Chelsea y que se quedaría unos días en la ciudad. La joven estaba encantada de tenerlo allí, pues al día siguiente Ismael tendría que volver al trabajo y así ella tendría compañía. Desde que había descubierto la verdad, se había dado cuenta de que necesitaba estar acompañada, ya que al quedarse sola no dejaba de pensar en todo lo acontecido, y lo que ahora necesitaba para sentirse bien era olvidarse de todo.

Ismael los encontró cerca de su casa y se despidieron junto a la entrada del hotel de Roberto, que se encontraba a una calle de su piso. Los tres quedaron en ese mismo lugar para ir a cenar al cabo de un rato. Ismael y Raquel se dirigieron entonces hacia el precioso piso de él.

—¿Qué tal el paseo? —preguntó Ismael sentándose en el sofá de su salón.

—Muy bien —contestó ella.

—Me cae muy bien Roberto.

—Sí, es un cielo —sonrió Raquel—. Siempre está cuando lo necesito.

—Se ve que se preocupa mucho por ti —musitó Ismael.

—Sí, bueno, es normal..., nos conocemos de toda la vida. Además, hasta hace pocas semanas, creía que era mi hermano mayor.

—Claro... —susurró él observándola detenidamente.

—¡Voy a empezar a prepararme para la cena! —exclamó ella un poco más animada.

Se levantó del sofá y se retiró a su dormitorio para ducharse y cambiarse de ropa. Se desenredó el cabello y se lo dejó suelto, para que se secara al aire. Después se puso un vestido corto de tirantes en color rojo y se maquilló un poco, resaltando su llamativa mirada y enmarcando sus labios.

Al salir, Ismael comentó que estaba preciosa y se fueron a recoger a Roberto, que dijo lo mismo al verla. A continuación, fueron a cenar a un restaurante italiano y estuvieron conversando animadamente, recordando vivencias de su niñez sin parar de reír durante toda la velada. Al acabar la cena se dirigieron a un pub que tenía dispuesta una terraza con mesas en el exterior. Se sentaron en una de ellas, pues la noche invitaba a quedarse en la calle. Un camarero salió a tomar nota de las bebidas y al poco ya tenían en la mesa las copas que habían pedido. Estuvieron riéndose con los casos divertidos que le había tocado sufrir a Ismael desde que había llegado a esa ciudad, disfrutando como hacía tiempo que no lo hacía de una buena conversación y una compañía insuperable.

—¡Brindemos por esta noche! —exclamó Ismael alzando su copa. Los tres brindaros y bebieron—. ¡Madre mía! No sabía que fuera tan tarde... —comentó mirando su reloj de pulsera—. Tengo que irme ya a la cama, chicos. Mañana debo estar temprano en el despacho. Vosotros disfrutad de la noche, que es joven. —Se levantó de un salto de la silla y se alejó de ellos.

—Tu hermano es genial —anunció Roberto observando cómo se alejaba oculto por la oscuridad de la noche.

—La verdad es que sí, me está encantando conocerlo. Me hace reír y hace que me olvide de todo lo malo que me ha pasado en estos días.

—¿Has pensado en cambiarte de apellido?

—Sí, lo he pensado, e incluso se lo he comentado a mis padres. Ya no soy una Santamaría, soy una Sanz —explicó Raquel con una sonrisa—. Aunque siga enfadada con Miguel, todavía me cuesta no pensar en él como mi padre, ¿sabes? Sé que he llegado a ser lo que soy gracias a él y a vosotros dos, y, aunque no me apetece volver a verlo, supongo que no puedo odiarlo eternamente...

—No se puede cambiar el pasado, hay que mirar siempre hacia delante —terció Roberto.

—Tienes razón, hay que aprender a vivir con el pasado —dijo ella mientras cogía su copa para darle un buen trago.

—¿Te apetece que paseemos?

—Sí, eso nos ayudará a bajar la cena, he comido demasiado esta noche —sonrió Raquel mientras ambos se levantaban ya de las sillas.

Roberto y ella caminaron juntos por las calles de Chelsea, con los escaparates iluminándoles el camino.

—¿Volverás algún día a Marbella? —preguntó él en un susurro.

—No creo... —murmuró Raquel alzando los hombros con resignación.

—Te voy a echar mucho de menos —confesó Roberto mientras la miraba de reojo.

—Yo también —susurró la joven, sintiendo cómo se le instalaba en su estómago un enorme vacío.

Roberto siempre había sido una parte importante de su vida, era su apoyo, incluso su confidente, una persona que siempre estaba a su lado y que miraba por su bien. Le daba pena no volver a verlo de continuo, no poder disfrutar de una tarde de risas o simplemente de una tranquila noche escuchando música... Ahora sus vidas debían separarse, las circunstancias los obligaban a que cada uno tomara su camino. Raquel lo observó en silencio. Él siempre había sido un galán y un hombre muy atractivo, con un poder de seducción fuera de serie.

—Roberto, ¿por qué sigues solo? —preguntó de repente, haciendo que él se sorprendiera—.

Quiero decir, eres guapo, simpático, inteligente y una espléndida persona, ¿por qué no tienes novia?

—Supongo que no he encontrado a la persona indicada —murmuró él mirando al suelo.

—Pero llevas tiempo sin tener pareja... Desde Rosaura no te he visto con nadie, y de eso hace ya un par de años, ¿sigues enamorado de ella? —inquirió Raquel con interés.

—No, no estoy enamorado de ella —respondió Roberto con una tímida sonrisa—. Y, aunque no me hayas visto con otras mujeres, algo he tenido en este tiempo —añadió guiñándole un ojo.

Sin embargo, Raquel supo que mentía; lo conocía demasiado bien para diferenciar los pequeños matices en su voz y en sus gestos. Siguieron caminando, uno al lado del otro, cada uno sumergido en sus propios pensamientos, con las farolas iluminando las calles casi vacías del barrio de Chelsea.

9. EL ACCIDENTE

Cuando Raquel llegó al piso de Ismael, se lo encontró en completo silencio y, sin hacer ruido para no despertarlo, entró en su dormitorio, se desvistió y se metió enseguida en la cama con una sonrisa en los labios. No sabía qué le ocurría, pero algo en su interior estaba como revolucionado; no obstante, no comprendía si era por el día tan maravilloso que había tenido o por la visita inesperada de Roberto. Aquello le hizo acordarse de todo por lo que había pasado hasta llegar a aquella ciudad. Primero pensó en Hugo, y al recordarlo su interior se estremeció. Se había portado muy mal con él por no afrontar la dura conversación que éste le había pedido mantener, y no sabía si algún día la perdonaría por haber sido una cobarde y una egoísta al pensar que, si no hablaban del tema, todo aquello caería en el olvido y su relación seguiría igual que antes. Luego pensó en Roberto, en todo lo que siempre había hecho por ella sin pedirle nada a cambio, en su mirada tímida cuando le confesó que no seguía enamorado de Rosaura... Aun así, no había vuelto a salir con otra mujer... «¿Por qué?», se preguntaba Raquel al no encontrarle sentido al hecho de que estuviera solo. Era un hombre diez, cualquier mujer daría lo que fuese para que se fijara en ella...

A la mañana siguiente, Ismael la despertó temprano.

—¿Puedo pasar? —preguntó llamando a la puerta con los nudillos.

—Hummm, sí, claro —murmuró Raquel adormilada desde la cama.

Él abrió y se acercó a ella.

—¿Qué tal anoche? —preguntó mientras se sentaba a su lado.

—Bien, estuvimos hablando durante toda la velada...

—Me gusta Roberto, se nota que te aprecia.

—Bueno, es normal, ¿no?

—No creas... —susurró Ismael—. Podría haber salido de tu vida al enterarse de que ya habías encontrado a tu familia y, en cambio, ha viajado hasta aquí para ver cómo te encontrabas.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó ella enarcando una ceja al ver que su hermano estaba intentando decirle algo.

—Sólo que tengas la mente abierta. Piensa que para él nunca has sido su hermana, y ahora tú ya sabes que él tampoco lo es —sonrió Ismael.

—No... Creo que te estás equivocando. Roberto siempre ha estado a mi lado porque era el hermano mayor...

—¿Tú crees? —soltó él, espoleando la duda de aquello que jamás antes se le había pasado por la cabeza—. ¿Has quedado hoy con él? —preguntó Ismael levantándose de la cama.

—Sí, dentro de un par de horas.

—Bueno, ya me contarás qué tal te ha ido... Aunque me encanta hablar contigo, debo irme a trabajar; tengo una cita dentro de media hora. Nos vemos luego, diviértete.

—No trabajes mucho —se despidió Raquel.

—Lo intentaré, aunque hoy tengo un día de locos. ¡Hasta luego! —dijo él mientras salía de la habitación dejándola sola.

Raquel se levantó de la cama y se dirigió a la cocina a desayunar. Cuando estaba esperando a que saliera el pan de la tostadora, oyó cómo sonaba su teléfono móvil: era Roberto.

—Buenos días, madrugador —lo saludó de buen humor.

—Buenos días, ¿estás en casa de tu hermano? —preguntó él nervioso.

—Sí, claro...

—Ábreme, necesito hablar contigo —dijo Roberto al tiempo que Raquel oía sonar ya el timbre del portero automático.

La joven abrió y aguardó nerviosa a que subiera los tres pisos. No sabía qué le ocurría a Roberto, habían quedado dentro de dos horas para seguir haciendo turismo por la ciudad, y no entendía qué hacía allí tan temprano. Él entró en la casa de Ismael con la mirada perdida y la tez blanca como la cal.

—Raquel, me acaban de llamar ahora mismo por teléfono. He preferido venir en persona a decírtelo —comentó alterado.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella ansiosa.

—Hugo ha tenido un accidente de coche y está muy grave en el hospital —soltó Roberto con preocupación.

—¿Cómo?! —exclamó Raquel asustada, creyendo que se desmayaba a causa de la impresión.

—Me marcho ahora mismo a Valencia, está en la UCI. Mis padres ya van de camino, he venido para despedirme de ti y contarte el porqué de mi marcha repentina —explicó sin dejar de moverse. Se notaba que estaba inquieto y ansioso por ponerse en marcha.

—Yo voy contigo —dijo ella con decisión.

—Raquel, piénsalo, ¿estás segura de que quieres ir? Estarán allí mis padres —informó él despacio para que la joven comprendiera a lo que se expondría si decidía ir con él.

—Eso me da lo mismo. Hugo está mal y yo me voy contigo —replicó ella con seguridad.

—Suponía que me dirías eso, por lo que ya he comprado los dos billetes de avión —comentó Roberto observándola. La conocía muy bien y sabía que no era de las que se quedaban esperando.

—Mejor, dame un minuto: me visto, cojo mi ropa y nos vamos. Llamaré a Ismael de camino al aeropuerto.

—Vale, te espero, date prisa —dijo Roberto mientras ella corría ya hacia el dormitorio.

Raquel no tuvo tiempo para pensar; sólo se vistió, echó su ropa en la maleta y salieron de la casa de Ismael a toda prisa. Ya había un taxi esperando en la puerta: Roberto lo había llamado para no perder tiempo buscando uno. Subieron y se dirigieron al aeropuerto. Durante el trayecto, Raquel llamó a Ismael y le contó lo sucedido. Luego se puso a averiguar más cosas del accidente, pero Roberto sólo sabía lo que Miguel le había contado. El viaje se les hizo eterno, casi ni hablaron porque no querían especular con algo tan delicado; sólo ansiaban llegar cuanto antes al lado de Hugo.

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Manises, Valencia, fueron corriendo a coger un taxi para que los llevara al hospital La Fe, donde Hugo estaba ingresado. A los pocos minutos llegaron a su destino, sin apenas fijarse en el paisaje ni en el contraste que había entre Londres y

la capital del Turia; sólo ansiaban saber qué había pasado y cómo se encontraba Hugo.

En la sala de espera de la UCI se encontraron con Miguel y Alicia, cuyos rostros reflejaban la preocupación por su hijo menor: estaban ojerosos y tenían los ojos hinchados de llorar.

—¡Al fin habéis llegado! —exclamó con alivio Miguel al verlos.

—¿Cómo se encuentra Hugo? —preguntó Roberto nervioso.

—Está muy mal, ha perdido muchísima sangre y los médicos no saben si podrá salir con vida de ésta —murmuró su padre con pensar—. Están haciendo todo lo posible para que se recupere, pero... —Hizo una mueca de disgusto.

—No puede ser... —farfulló Roberto mientras se tocaba la cabeza—. Pero ¿cómo fue el accidente?

—Chocó contra un coche de frente, el otro conductor murió en el acto. Resulta que el otro vehículo invadió el carril por el que tu hermano circulaba correctamente... Iban a ciento veinte por hora, imagínate cómo fue el golpe, brutal... —Miguel hizo una pequeña pausa para intentar calmarse—. Los bomberos necesitaron más de una hora para sacar a tu hermano del coche, aquello era un amasijo de hierro retorcido que había encarcelado a Hugo —murmuró angustiado con lágrimas en los ojos al imaginarse a su hijo en aquella escena atroz.

—¡Quiero verlo! —dijo Roberto con decisión.

—Hay que entrar de uno en uno, está en observación y le han puesto muchas bolsas de sangre... Venid, está en esta habitación —dijo Miguel mientras caminaba en dirección a un pasillo.

Roberto, Raquel y Miguel se dirigieron hacia la UCI. Alicia prefirió quedarse sola donde estaba, paralizada por el miedo de que se cumpliesen los malos augurios de los médicos. Miguel habló con una enfermera para saber si Roberto podía entrar en la habitación, ésta le dijo que sí, pero que no debía estar mucho tiempo en su interior, pues el chico necesitaba descansar. Roberto entró mientras Raquel y Miguel se quedaban esperándolo en el pasillo contiguo.

—¿Cómo estás, Raquel? —preguntó Miguel en un tono suave.

—No muy bien, y ahora, como comprenderás, no me apetece hablar... —dijo ella apenada, intentando que no se le escaparan las lágrimas.

La espera se le hizo eterna, le parecía que Roberto permanecía horas dentro de aquella habitación, cuando en realidad sólo habían pasado unos minutos... Necesitaba ver su cara cuando saliera, así sabría cuál era la gravedad de Hugo. Ella deseaba entrar a verlo y esperaba que él también quisiera, aunque si decidía que no quería verla..., lo entendería.

Por fin se abrió la puerta y salió Roberto. Raquel lo miró a los ojos, que estaban rojos y brillantes de haber llorado. Se asustó y empezó a notar cómo le sudaban las manos. Estaba muy nerviosa, las cosas no pintaban bien: Hugo estaba mal, muy mal.

—Quiere verte —musitó Roberto mientras la miraba fijamente a los ojos advirtiéndole de la gravedad de la situación.

Sin decir nada, Raquel entró en la habitación con el corazón encogido y sudor en las palmas de las manos. Hugo se encontraba tendido en la cama, rodeado de máquinas y tubos. Al acercarse a él vio que tenía la cara amoratada y llevaba una venda que le rodeaba toda la cabeza.

—Hola, Hugo —susurró mientras se aproximaba más a la cama y notaba que se le encogía el alma al verlo en esas circunstancias.

—Hummm... Raquel... —musitó él mientras intentaba abrir los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Ahora que tú estás aquí, mejor. Te estaba esperando —dijo intentando sonreír con aquella sonrisa que le había mostrado en multitud de ocasiones, aunque esa vez fue distinta, casi una mueca al sentir un agudo dolor.

—Ya estoy aquí, a tu lado; ahora lo que tienes que hacer es ponerte bueno pronto y así salir de aquí para poder enseñarme esta preciosa ciudad —comentó ella tratando de animarlo.

—Ven, acércate y dame la mano. —Ella obedeció y la notó fría y temblorosa—. Qué bien, Raquel... —musitó Hugo mientras la miraba a los ojos, esos que había anhelado ver durante todo ese tiempo—. Me estoy muriendo.

—¡No digas eso! —exclamó ella asustada por su devastadora afirmación—. Debes luchar.

—Raquel, me han amputado la pierna derecha, he perdido muchísima sangre... —resopló él angustiado al relatarle lo ocurrido—. Mira, los doctores me lo han pintado muy mal, sé que van a volver a operarme, pero no saben si saldré del quirófano... Tengo un coágulo en la cabeza...

—Ya verás como todo va bien, lo sé. Yo estaré contigo en todo momento y, cuando salgas del hospital, nos iremos a algún sitio tú y yo solos, ¿vale? Pero tienes que luchar y no rendirte —señaló Raquel, a punto de deshacerse en lágrimas.

—Suenas genial, de veras —susurró él intentando sonreír—. Sin embargo, no sé cómo explicártelo, pero sé que ha llegado mi hora... No tengo miedo, ahora ya no, porque tú estás aquí... Sólo quería verte una vez más y pedirte un favor: cuida de Roberto, él es el mejor hermano que he podido tener —musitó Hugo acariciándole la mano con cariño.

—Hugo, siempre cuidaré de él, pero, por favor, no te rindas... Te necesitamos... —farfulló ella llorando sin poder reprimir el dolor que sentía al ver a Hugo en aquel estado.

—Otra cosa más, antes de que venga la enfermera a ponerme más morfina... —dijo con un gesto de dolor—, quiero que me perdones por todo el mal que te hice. No pensé que podía hacerte daño... Sólo pensé en mí y en lo bonito que habría sido que tú me quisieras tanto como te quiero yo...

—Ya estás perdonado, Hugo. Yo también me porté mal contigo... ¡Fui una completa gilipollas! —soltó ella con rabia al ser consciente de que le había hecho daño—. Te quiero muchísimo, de verdad, aunque no sea de la misma manera que tú... Y me duele no poder corresponderte —añadió con tristeza.

—No te angusties por eso, Raquel. Me basta con saber que me quieres y me perdonas...

—Recupérate pronto y podremos empezar de nuevo, seguro que me encandilas. Siempre has sido un donjuán —comentó ella con una tímida sonrisa mientras, con la mano que tenía libre, se secaba las lágrimas que caían sin cesar de sus ojos.

—Raquel, me encantaría empezar de nuevo contigo, poder enamorarte, que nos quisiéramos como siempre he deseado... —Hugo se estremeció de dolor—. Pero sé que me queda poco tiempo. No sufras por mí, te lo suplico... Estaré bien... Estoy bien si tú sigues a mi lado...

—Voy a llamar a la enfermera para que te ponga la morfina, estás padeciendo... —señaló preocupada al observar los gestos de dolor de Hugo.

—No, no la llares todavía. Ven, Raquel, por favor: abrázame —pidió en voz muy baja.

Ella lo miró con ternura y dolor y lo abrazó, llorando en su hombro sin consuelo mientras Hugo le acariciaba la cabeza con delicadeza, dándole ánimos para lo que tendría que afrontar.

—No llores, amor mío... —susurró él con dulzura, dándole un tierno beso en la cabeza—.

Me llevo conmigo lo más grande que he hecho en toda mi vida: amarte. Sé que, si hubiera obrado de otra forma, tú y yo habríamos sido muy felices juntos. No llores más... —dijo alzándole la cabeza para observar esa mirada verdosa que siempre lo había acompañado allá adonde fuera—. Abre los ojos, no te dejes llevar por los prejuicios, ni por el qué dirán; verás con mayor nitidez a las personas que realmente te quieren. No dejes escapar ninguna oportunidad de ser feliz. Vive como si mañana se acabara el mundo, hazlo por mí...

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y entró la enfermera con la morfina.

—Señorita, tiene que marcharse ya... —anunció mirando a Raquel.

Ella se incorporó de la cama, secándose torpemente las lágrimas que inundaban su cara, se acercó de nuevo a Hugo y le dio un tierno beso en la mejilla.

—Mañana vendré a verte. Hugo, por favor, no te rindas... —suplicó mientras le sostenía una mano.

—Te quiero... —murmuró él sin dejar de mirarla.

Sus manos se separaron y Raquel salió de la habitación sin poder contener el llanto. Al único al que vio en el pasillo aguardando a que saliera fue a Roberto; se aproximó a él y lo abrazó con fuerza mientras sus lágrimas empapaban la camiseta azul que él llevaba puesta. Sin decir nada, Roberto la estrechó contra su cuerpo intentando reconfortarla. Miguel, desde lejos, vio la escena y se marchó dejándolos solos.

Roberto y Raquel abandonaron el hospital, pues hasta al día siguiente Hugo no podía recibir más visitas, y él reservó un par de habitaciones en un hotel próximo. Al llegar a la planta donde se encontraban los dos dormitorios, él abrió una de las puertas.

—¿Te apetece que pidamos algo de comer y que nos lo suban a la habitación? —preguntó con el rostro contraído por el dolor y la angustia.

—Sí... —farfulló Raquel mientras entraba. No entendía por qué él había pedido dos habitaciones, ya que no quería ni podía estar sola. Necesitaba estar acompañada, necesitaba estar con él—. ¿Cómo estás?

Los dos se sentaron en un pequeño sofá que había en la habitación, al lado de un gran ventanal.

—Todavía no lo sé... —suspiró Roberto frustrado.

—¿Te ha dicho algo Hugo?

—Sí... —musitó él mientras se tapaba la cara con ambas manos—. Raquel, es mi único hermano, yo no sé qué voy a hacer sin él... —sollozó con pesar.

—Lo sé —dijo ella abrazándolo con cariño—. Desahógate, saca todo el dolor fuera, luego te sentirás mejor...

—¡No quiero que muera! —exclamó Roberto con rabia—. Yo soy el mayor, yo tendría que haberlo protegido... No sé si podré resistirlo... —Lloró en los brazos de Raquel.

—Fue un accidente, no podrías haber hecho nada por impedirlo. A veces las cosas suceden, sin que podamos controlarlas... ¡Ya verás cómo se cura! Le he dicho que pelee, que no se rinda, que lo necesitamos a nuestro lado... —Raquel acarició el cabello de Roberto, le dolía verlo así de vulnerable. Él siempre había sido el más fuerte de los tres—. Yo estaré contigo, Roberto; nunca me iré de tu lado. Siempre podrás contar conmigo...

—Raquel... —Él la miró a los ojos sin dejar de llorar—. Me ha obligado a prometerle que debía ser sincero contigo... —Le acarició la mejilla e intentó recomponerse—. Te quiero,

Raquel; desde hace mucho tiempo estoy enamorado de ti, pero nunca te he dicho nada porque no deseaba que estuvieras mal... —susurró perdiéndose en su mirada verdosa—. Por eso llevo tanto tiempo sin novia, porque me di cuenta de que nadie podía compararse contigo...

—Yo... —titubeó la joven conteniendo la respiración y abriendo los ojos desmesuradamente al no haberse dado cuenta de los sentimientos que él albergaba con respecto a ella.

Entonces Roberto se le acercó y posó sus labios con suavidad en los de ella, primero con timidez y, después, al notarlos tan apetecibles, con pasión. En un inicio, Raquel se sorprendió por su confesión, pero, al sentir los labios de Roberto sobre los suyos, algo dentro de ella se despertó y se dejó llevar por el deseo. Se besaron como si ése fuera el último día de sus vidas, como si no hubiera un mañana. Sus lenguas se enredaban, sus bocas se buscaban con ardor, y Raquel, por fin, lo entendió todo. Todo cuanto le había sucedido hasta entonces había servido para llegar a ese momento, en esa habitación de hotel, en esa ciudad desconocida; le había servido para darse cuenta de que a quien amaba realmente, esa persona que daría su vida por ella y por quien ella daría la suya, había estado a su lado desde el principio. Habían crecido juntos, se habían peleado miles de veces y miles de veces habían hecho las paces. Se apoyaban el uno en el otro, se conocían tan bien que a veces incluso sobraban las palabras entre ambos. Raquel lo tenía tan cerca que ni siquiera se había dado cuenta de su amor por él. Éste había crecido tan poco a poco, en su interior, que no se había percatado de ello. Pero, sí, ella lo amaba, sólo a él; incluso le parecía ridículo recordar lo que había sentido por otros hombres, pues ni siquiera se asemejaba, no se acercaba lo más mínimo a ese amor pleno e incondicional.

—Te quiero... —susurró al cerciorarse de lo que sentía.

Entonces Roberto la miró como sólo él sabía mirarla, de esa manera tan dulce y protectora, y sonrió. Volvieron a besarse, excitados por esa revelación, mientras se quitaban las camisetas con urgencia. Se abrazaron, se acariciaron y, poco a poco, se fueron desnudando en cuerpo y alma. Dejaron que su pasión se desbordara, anhelando notar el calor del otro, era maravilloso comprobar cómo sus cuerpos se deleitaban. Se amaron en todos los sentidos de la palabra, nunca antes habían sentido tanto placer, tanta pasión y tanto deseo. Estaban hechos el uno para el otro. Raquel se sentía dichosa por haberse dado cuenta al fin de que todo había ocurrido por algo: que Miguel la eligiera a ella cuando era un bebé y no a otra... Todo estaba dispuesto para que ella y Roberto se encontraran y se amaran completamente.

Cayeron exhaustos el uno junto al otro abrazados sobre la cama, con las piernas entrelazadas, sin dejar siquiera un resquicio por el que pasara el aire. Roberto la acarició con ternura; era un placer para él sentirla bajo sus dedos, había anhelado tanto estar así que apenas si se lo creía. Se acercó a su cabello e inhaló su fragancia: era deliciosa. Raquel lo miró a los ojos y le dio un cariñoso beso en los labios.

—Me gustaría saber una cosa... —susurró ella mientras entrelazaba sus dedos con los de él—. ¿Hugo sabía que tú estabas enamorado de mí?

—Sí, desde hace muchos años. —Hizo una pequeña pausa para darle un tierno beso en los labios—. Ya sabes que él siempre ha sido muy impulsivo, mientras que yo me contentaba con verte feliz, aunque no fuera a mi lado... —explicó mientras la estrechaba más fuerte contra sí—. Esperaba que algún día mi padre te contara la verdad, aunque tampoco la sabía entera... Deseaba que, cuando tú te enteraras de que no eras nuestra hermana, eligieras a uno de los dos, o a ninguno... Pero Hugo no tiene mucha paciencia, ya lo conoces, él te quería ya, y al verte con

Ian... Bueno, el resto de la historia ya la sabes.

—Pero si él sabía que tú también me querías... —Raquel trataba de despejar sus dudas.

—Nunca me habría peleado con Hugo por ti. No porque no te quisiera, sino porque es mi hermano, y también lo quiero a él. Ya te he dicho que me contentaba con verte feliz, aunque esa felicidad te la diera otra persona...

—Ahora entiendo por qué me dijo que abriera los ojos y así podría ver a las personas que de verdad me quieren... —comentó ella recordando las palabras de Hugo.

—Él quiere que estemos juntos... Se siente muy mal por cómo actuó y ha intentado arreglarlo.

—Entonces ¿no le molestará que estemos juntos? —preguntó Raquel, sintiéndose algo culpable por lo que había sucedido en aquella habitación, algo que había sido incapaz de detener. Roberto había estado siempre a su lado, incluso cuando su mundo se desmoronaba.

—No, al contrario, se alegrará mucho. Como te he dicho, Hugo me hizo prometer que te confesaría lo que siento por ti... Sé que, si él no me lo hubiera pedido, no te lo habría dicho —susurró con seriedad.

—Ya te entiendo... Es tu hermano —suspiró ella, maravillándose por la lealtad de aquel hombre.

—Exacto, y nunca le haría daño, aunque con eso me lo estuviera haciendo a mí...

—Lo sé —dijo Raquel.

Luego se apretó más contra el cuerpo de Roberto y cerró los ojos mientras pensaba en lo maravilloso que era como persona, como hermano y como amigo... Era el hombre más leal e íntegro que había conocido, por lo que era normal que, al saber que ya no eran hermanos, se hubiese sentido atraída por él.

10. EL MAR

A la mañana siguiente sonó el teléfono móvil de Roberto y éste se apresuró a contestar.

—¿Sí? —preguntó somnoliento.

—Roberto, venid de prisa... Hugo está peor —dijo Miguel alterado.

—Enseguida vamos —dijo él, y colgó.

Raquel lo miró con preocupación.

—¿Hugo ha empeorado? —murmuró.

Roberto asintió con la cabeza.

Acto seguido, se vistieron rápidamente y se fueron hacia el hospital. Al llegar, se encontraron a Miguel y a Alicia en los pasillos de la UCI, muy nerviosos y con los ojos rojos de haber llorado.

—¿Cómo está? —preguntó Roberto.

—Todavía no lo sabemos, están los médicos con él... —susurró Miguel angustiado. Su rostro reflejaba lo mal que lo estaba pasando.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —quiso saber su hijo.

—Empezó a ahogarse, no respiraba bien... —explicó Alicia, llorando rota por el dolor.

Miguel se acercó a su mujer y le dio un tierno abrazo.

—Vamos a ser optimistas: Hugo es fuerte —dijo Miguel mientras le daba a su madre un beso en la cabeza.

En ese instante se abrió la puerta de la habitación de Hugo y salió el doctor.

—Se ha estabilizado, le hemos puesto una mascarilla de oxígeno y, de momento, está estable —informó el médico con gesto serio—. Lo único es que no quiere colaborar, está muy nervioso y no conseguimos que se calme. No para de repetir el nombre de una mujer, no para de llamarla, y necesitamos que se tranquilice para que no se vuelva a repetir la crisis.

—¿Qué nombre repite? —preguntó Alicia con un hilo de voz.

—Raquel. Si es una de ustedes, lo mejor sería que entrara para ver si así conseguimos que se calme.

—Soy yo —musitó ella dando un paso adelante.

—Puede entrar, pero sólo unos minutos. A ver si logramos que coopere... Volveré para hacerle otra revisión dentro de un par de horas. Cualquier cosa que necesiten, se lo comunican a la enfermera y ella me dará parte a mí —comentó el médico mientras se alejaba ya de ellos.

—Gracias, doctor... —susurró Miguel un poco más tranquilo al ver que su hijo se había estabilizado.

Raquel entró sin dudarle en la habitación de Hugo. Al cerrar la puerta tras de sí, se asustó al ver que éste tenía peor aspecto que el día anterior: estaba más ojeroso y el color de su piel tenía una apariencia más pálida; además, la mascarilla de oxígeno le tapaba casi toda la cara, sólo se le veían los ojos vidriosos. Se estremeció al encontrarlo en aquel estado, era como si ese muchacho

demacrado no fuese él. Contuvo las lágrimas, le dolía el alma verlo así de indefenso y vulnerable. Él era Hugo, capaz de hacer reír a cualquiera, era espontáneo, risueño, y el perfecto acompañante para pasarlo bien, pero ahora... parecía una sombra de lo que había sido. Raquel tragó saliva mientras se acercaba a él.

—Hugo, soy yo... —musitó junto a su cama.

—¿Hummm? Raquel... —susurró él mientras intentaba quitarse la mascarilla de oxígeno.

—No te la quites —le sugirió ella mientras le sujetaba las manos para que no lograra su objetivo.

—Raquel..., con esto... me ahogo... —dijo sin aliento, mirándola fijamente.

—Pero sin esto te ahogará de verdad —repuso ella entrelazando su mano con la de él.

—Qué guapas estás... —susurró acariciándole la mano—. Espero que mi... hermano me hiciera... caso...

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con preocupación al sentir que su tacto era mucho más frío que el día anterior.

—Eso da igual ya... Quiero que seas... feliz... Raquel, Roberto te quiere..., te quiere incluso... más que yo... Él nunca te fallará. Raquel... —dijo con dificultad mientras la miraba fijamente a los ojos—, él no quería... decírtelo..., pero sé... que estáis hechos el uno... para el otro...

—Chist... No te esfuerces tanto, Hugo, necesitas estar tranquilo. Y por eso no te preocupes, anoche hablamos, él me lo contó todo... —Hizo una pausa observando su rostro demacrado.

—Ya... Pero quiero que... le des una... oportunidad, Raquel... Roberto es el... mejor hombre que... he conocido... Jamás te hará... daño —dijo con dificultad sin dejar de mirarla.

—Lo sé... Ayer estuvimos hablando y nos vamos a conocer más íntimamente, ¿de acuerdo? Ahora descansa y tranquilízate.

Él sonrió al oír eso.

—Qué feliz... me haces... Ahora... ya puedo... irme en paz... —murmuró mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

—¡No digas eso, Hugo! No te rindas, por favor —suplicó Raquel desesperada—. ¡Hazlo por nosotros! ¡Hazlo por mí! No te rindas —rogó con lágrimas en los ojos.

Él le acarició la cara con ternura, le rozó suavemente el labio inferior y recordó el día de su partida. Aquel día se presentó en la fiesta del hotel para despedirse de ella, para poder verla por última vez, y no pudo resistirse; lo intentó con todas sus fuerzas, pero éstas ya flaqueaban, y la besó en esos labios que tanto había deseado besar. Fue el beso más delicioso de toda su vida; el tenerla entre sus brazos, el sentir como al principio se oponía para después dejar de resistirse y darse cuenta de que sus expectativas no eran tan altas, porque, en los pocos segundos que duró aquel dulce beso, Hugo se sintió el hombre más feliz del mundo. Después de haber estado dos años tratando de olvidarla, buscando en otras mujeres aquella sensación que sentía cuando estaba a su lado, maldiciéndose y enfadándose consigo mismo por no poder lograr su objetivo, al final tuvo que rendirse a ese amor tan grandioso que sentía por ella; la amaba tanto que el corazón y el alma le dolían de verla sufrir. Raquel se merecía ser feliz. En aquellos momentos lo comprendía, y, después de tantos errores cometidos, no le importaba que no fuera con él, sólo deseaba volver a verla sonreír. Por eso el día anterior, cuando Roberto había entrado en su habitación, había hablado seriamente con él. Sabía que su hermano también la amaba, se lo había confesado hacía

tiempo, incluso antes de que él se diera cuenta de lo que sentía por ella, por eso le hizo prometer que hablaría con ella y le declararía su amor. ¡Él era la única persona que merecía ocupar el corazón de Raquel! El único a quien aquella fantástica mujer podía corresponder. Por ello, cuando Hugo comprendió que las dos personas que más quería en el mundo estaban juntas, se rindió y de repente su mano se desplomó. A continuación, una máquina comenzó a pitar sin cesar.

—¡Hugo! ¡Hugo! ¡No, por favor! ¡QUE ALGUIEN VENGA! —gritó Raquel llorando—. ¡Hugo, no te vayas! ¡Hugoooooooooooo! —dijo mientras lo abrazaba sollozando desesperada.

Roberto entró rápidamente en la habitación al oír sus gritos y la encontró abrazada al cuerpo, ya sin vida, de Hugo. Se aproximó a la cama donde estaba su hermano menor y vio cómo la máquina que controlaba su pulso pitaba sin cesar y en la pantalla sólo aparecía una línea recta continua... Su hermano había muerto. Se acercó a él y le dio un beso en la frente. Lo mataba por dentro verlo tan quieto en aquella cama, sin aquella chispa de alegría que siempre tenía reflejada en su cara, sin su sonrisa guasona y su optimismo contagioso. La vida sin él no sería la misma, aquel accidente se había llevado a su mejor amigo, a su hermano pequeño, a su único hermano... ¿Qué iba a hacer Roberto sin él? Sin sus risas, sin sus chistes, sin su manera loca de ver las cosas...

—Descansa, hermano, nunca te olvidaremos. Siempre te querré, porque eres el mejor hermano que he podido tener, el mejor amigo que podría haber encontrado... —dijo con lágrimas en los ojos dirigiéndose al cuerpo inerte de Hugo.

Raquel y Roberto se abrazaron desconsolados por su gran pérdida. Ambos sentían como si algo dentro de ellos se hubiera desgarrado, dejándolos huecos. Después de aquello nada volvería a ser igual.

Rápidamente entraron en la habitación el médico y las enfermeras, que les rogaron que esperaran fuera. Raquel y Roberto salieron, aunque sabían que ya nada se podía hacer por él. Hugo se había despedido de su gran amor y sabía que ella sería feliz junto a su hermano. Había dejado de luchar, quería hacer algo bien en esta vida, quería unir a las dos personas que más amaba. Cuando Miguel y Alicia los vieron salir de la habitación, se echaron a llorar y se abrazaron. En ese momento sobraban las palabras, todos sabían que Hugo había fallecido, y los cuatro permanecieron en el pasillo de la UCI abrazados y llorando sin consuelo, sintiendo cómo sus almas se desgarraban al comprender que jamás volverían a oír la voz de Hugo, ni sus carcajadas, ni volverían a ver esa mirada picarona que era su sello inconfundible...

En los días siguientes al fallecimiento de Hugo tuvieron que hacer múltiples gestiones para poder trasladar el cuerpo a Marbella. Una vez allí, celebraron una pequeña ceremonia muy íntima, rodeados de sus familiares más cercanos y de sus mejores amigos, para después incinerarlo. Por petición de Hugo, sus cenizas serían arrojadas al mar, en la costa de su ciudad natal, pues quería ser recordado en aquel lugar tan especial tan vinculado a su familia y, sobre todo, al amor de su vida. Alquilaron un pequeño barco de vela al que subieron todos sus seres queridos: Miguel, Alicia, Roberto y Raquel. Una vez se hubieron alejado suficientemente de la costa, cada uno de ellos lanzó al mar una flor de color azul, el color preferido de Hugo, y luego Miguel echó al mar las cenizas de su hijo pequeño con lágrimas en los ojos y un inmenso vacío en el corazón, mientras los demás observaban cómo éstas se hundían en las profundas aguas del Mediterráneo. Todos seguían muy afectados por el fatídico desenlace, pero habían decidido

acatar el último deseo de Hugo; él quería que su despedida fuera de aquella manera, íntima y en el mar, en aquel lugar tan vinculado a él y a Raquel. Una vez terminada la ceremonia, el barco dio media vuelta en dirección al puerto de Marbella. Roberto y Raquel iban sentados en la proa del navío, mientras que Alicia y Miguel viajaban a popa.

—Voy a hablar con mis padres —dijo de pronto Roberto—. Quiero comentarles lo nuestro, aunque supongo que ya sospechan algo... Si no quieres acompañarme, lo entenderé.

—Prefiero quedarme aquí... Todavía no estoy a gusto delante de ellos... —susurró Raquel, apenada por el final de Hugo.

—Aunque no lo creas, mi madre ha cambiado mucho desde la muerte de mi hermano, está más centrada en nosotros... Me imagino que Hugo también debió de hablar con ella...

—Es posible... Me imagino que se despidió de todos nosotros —murmuró la joven contemplando el mar—. Ve y habla con ellos.

—Ahora mismo vuelvo —dijo él dándole un cariñoso beso en la frente.

A continuación, se acercó a sus padres con paso seguro. En sus rostros se podía percibir el gran dolor que sentían por lo sucedido.

—A lo mejor no es el mejor momento para contaros esto, pero necesito que lo sepáis y no quiero perder más el tiempo con rodeos. Raquel y yo somos pareja, desde que volvimos de Valencia estamos viviendo juntos en mi apartamento.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Alicia con ironía—. Ya habíamos intuido algo, hijo mío... Dime una cosa: ¿eres feliz?

—Con ella a mi lado, sí —contestó Roberto con rotundidad mientras se le iluminaba la cara con una sonrisa.

—Entonces yo también lo soy —dijo Alicia cogiéndolo de la mano con cariño.

—¿Y este cambio, mamá? —preguntó él extrañado por sus palabras amables—. A ti nunca te ha gustado Raquel.

—He perdido a un hijo y no quiero perder a otro. Si tú la quieres y ella te quiere, no importa nada más —respondió Alicia con determinación.

—Me encanta oírte decir eso —dijo Miguel a su esposa mientras la besaba en la mejilla—. Hijo, estoy muy contento de que Raquel y tú estéis juntos. Siempre os habéis llevado fenomenal. Ahora lo que falta es que ella pueda perdonarnos algún día por todo lo que le hemos hecho...

—Lo ha pasado muy mal, papá... —musitó Roberto.

—Ahora vengo, quiero hablar con ella a solas —declaró Alicia, que echó a andar decidida hacia Raquel.

Roberto y Miguel se quedaron asombrados ante su repentina decisión.

Raquel observaba aquel mar que tanto adoraba. Le encantaba ver cómo las olas chocaban contra el espigón, y cerró los ojos mientras pensaba en lo curiosa que era la vida: allí estaba ella, otra vez con los Santamaría, en Marbella... Se dio cuenta de que sería muy difícil no volver a verlos, porque Raquel, con cada día que transcurría, se percataba de que su amor por Roberto crecía con más fuerza, y sabía que haría lo que fuese por él, incluso tener que ver a esas personas que tanto dolor le habían causado. Al abrir de nuevo los ojos, vio algo que la sorprendió mucho: ¡Alicia caminaba en dirección a ella!

—¡Oh, Raquel! —exclamó la mujer con lágrimas en los ojos cuando estuvo cerca de ella—. Necesito hablar contigo. Hugo me hizo comprender muchas cosas... Estaba ciega por el

egoísmo, sólo quería mi comodidad y me negué en rotundo a que Miguel adoptara a ningún bebé porque eso significaba volver a tener obligaciones, responsabilidades, pasar noches en vela... Por aquel entonces, Hugo y Roberto ya eran más o menos independientes, y yo ya empezaba a vivir de nuevo, empezaba a viajar y a divertirme con mis amistades. Miguel hizo oídos sordos a mis ruegos y te adoptó en contra de mi voluntad; hace poco me enteré de la verdad, yo tampoco sabía que te apartaron de tu familia... Cuando Miguel te trajo a casa, me enfadé muchísimo con él y le aseguré que no me implicaría en tu educación ni en tus cuidados. Él te adoptó sin consultarme, por lo que decidí que él fuera totalmente responsable de ti. Ahora sé que obré mal, tú no tenías la culpa de nada, eras inocente de todo y, aun así, te culpé de mi situación. Por eso quiero pedirte perdón, Raquel. Perdóname por no haber sido buena contigo, por haberte ignorado, por no haberte querido... Sé que no me merezco tu comprensión, pero la vida ya me ha castigado bastante al llevarse de mi lado a mi Hugo, a mi querido niño, a mi pequeño... Por favor, empecemos de nuevo —explicó llorando, rota por el dolor.

—Alicia, gracias por haberte sincerado conmigo. He estado muchos años de mi vida preguntándome qué te había hecho para merecer ese trato. Conozco tu versión, no la comparto, ya lo sabes, pero ahora estoy empezando una vida nueva junto a tu hijo. Sé que tendré que verte más veces de las que desearía, y no quiero que Roberto sufra por nuestra enemistad, así que intentaré olvidar el pasado, pues atrás quedó. Sin embargo, quiero que sepas algo, ahora que nos estamos sincerando: espero ver un cambio verdadero en ti. Un solo desprecio hacia mí, uno solo, y no volverás a verme más —apuntó Raquel con seriedad.

—Tranquila, eso no volverá a pasar. Ahora he comprendido muchas cosas. Lo más importante no es viajar o divertirse con los amigos; lo más importante es estar rodeada de las personas que quieres de verdad, de la familia. No te defraudaré, te lo prometo, Raquel —aseguró Alicia.

—De acuerdo, lo intentaremos. Pero lo hago por Roberto, que no quede duda.

—Lo sé, nos ha contado lo vuestro. Me ha gustado ver a mi hijo tan ilusionado y contento, sobre todo en estos momentos tan difíciles para la familia. Me alegro de que estés a su lado, tú lo conoces muy bien y sé que lo harás muy feliz.

—Creía que te opondrías —dijo ella sorprendida.

—Antes de lo ocurrido, seguro que habría sido así. Pero Hugo me habló mucho de ti, me contó muchas cosas buenas que habías hecho por ellos que yo desconocía. Ahora te veo de manera distinta, él ha hecho que abra los ojos.

—Me ha gustado esta conversación tan sincera, creo que es la primera vez que hemos hablado tanto —susurró Raquel.

—A mí también me ha gustado hablar contigo y, además, no será nuestra última conversación, porque habrá más, muchas más. Ahora vuelves a ser de la familia —dijo Alicia con una tímida sonrisa.

—Sí... —sonrió ella.

—También quería hablarte de mi marido. Sé que obró mal, pero está muy arrepentido. Miguel te quiere mucho, siempre te ha querido, serás su niña toda la vida. Se siente muy triste porque no quiere perderte a ti también..., te necesita.

—Supongo que también lo estará pasando mal por este tema. En todos los aspectos, Miguel ha sido mi padre durante muchos años. Lo he querido como tal durante toda mi vida, y ahora, al

saber la verdad, me siento defraudada porque confiaba ciegamente en él... Aun así, he de confesar que sigo teniéndole cariño, sólo necesito tiempo para volver a confiar de nuevo en él.

En ese momento, Alicia se dio cuenta de que Hugo no le había mentido al decirle que Raquel tenía un corazón enorme y que era una maravillosa persona. Sonrió y no dudó en abrazarla con ternura, sorprendiendo así a la joven, que jamás había sentido una muestra de cariño por parte de ella.

—Hugo no exageraba, eres una magnífica persona. Roberto no podría haber encontrado a alguien mejor que tú —susurró Alicia emocionada.

Roberto y Miguel se acercaron entonces a ellas al verlas abrazadas. No podían creer lo que estaban viendo.

—Parece que Hugo aún esté con nosotros, ha conseguido que estemos otra vez todos juntos —expresó Miguel con gran emoción—. Ahora que estáis todos delante, quiero decir una cosa... Llevo unos días pensándolo y creo que es lo mejor. Roberto, te vas a hacer cargo del hotel, yo me retiro ya... Sé que vosotros seguiréis con la tradición, tu abuelo quería que fuese siempre de los Santamaría, y más Santamaría no puede ser —señaló con una sonrisa.

—Papá, todavía eres muy joven para jubilarte, y el hotel es tu vida... —titubeó él, sorprendido por el ofrecimiento.

—No hay excusas que valgan, hijo. Mira, desde que tu hermano tuvo el fatídico accidente, lo he estado pensando. El hotel ha sido mi vida, lo sé, pero es más importante mi familia. Ahora te vas a encargar tú, confío plenamente en ti, y sé que Raquel también te ayudará. Sé que el negocio vivirá mejores momentos con vosotros que conmigo... Ahora lo que quiero hacer es estar con tu madre, volver a conquistarla, porque la he dejado demasiado de lado estos años; debemos acostumbrarnos a vivir sin Hugo y es mejor que lo hagamos unidos —comentó cogiendo de la mano a Alicia, que lo miraba con ternura.

—Te lo agradezco mucho, papá —murmuró Roberto abrazando a su padre.

—Mañana mismo empezaremos con el papeleo pertinente para que el hotel lleve tu nombre y no el mío —musitó Miguel con cariño.

Cuando el barco entró en el puerto de Marbella, los que viajaban en él se sentían emocionados por todo lo ocurrido y por todo lo que iba a ocurrir.

Raquel y Roberto se marcharon a casa y empezaron a hablar de todo lo que les tocaría hacer a partir de entonces... Iban a ser los propietarios del Al-Ándalus, el hotel más importante de toda Marbella, y eso no sucedía todos los días.

EPÍLOGO

Era un precioso día de otoño, el sol brillaba en lo alto del cielo y no era una mañana especialmente fría. Roberto esperaba a Raquel bajo un arco hecho con flores blancas y rosas, en un precioso barco blanco que surcaba el mar Mediterráneo a baja velocidad. Todos los allí reunidos, la familia de él y la familia que ella hacía poco que acababa de descubrir, así como sus amigos más cercanos, lo observaban. Roberto llevaba un elegante traje oscuro, con una corbata azul y una pequeña flor del mismo color en el ojal de la americana. Estaba ansioso por verla, por tener a su amada a su lado. De pronto empezó a sonar la marcha nupcial, que anunciaba la entrada de la novia, y de detrás de unas cortinas de tul azul celeste apareció Raquel con un magnífico vestido blanco de manga larga, entallado en la cintura y largo hasta los pies. Era un vestido sencillo pero muy elegante que favorecía a su atlético cuerpo. Estaba radiante, llevaba el cabello recogido, con algunos mechones que le caían por la cara y se balanceaban a causa del viento. No llevaba velo, sólo unas pequeñas perlas nacaradas enganchadas en el recogido. El ramo de flores era elegante, constaba de dieciséis flores rojas y una azul, y no era casual aquel número ni aquellos colores, pues las flores rojas simbolizaban el tiempo que llevaba con Roberto —dieciséis meses de felicidad absoluta—, y la flor azul era en recuerdo de Hugo, que siempre estaba presente en sus vidas.

Roberto sonrió al verla, aún no podía creer que fuera a casarse con ella, la mujer más maravillosa y bella del mundo, aquella que pensaba que jamás podría tener, por haber sido su hermana de cara a la galería durante tantísimos años y, después, la mujer que su hermano amaba con todo su ser. Nunca habría imaginado aquel precioso desenlace, él esperándola ante el altar, ella caminando en su dirección... Un sueño hecho realidad.

Raquel iba aproximándose a él, cogida del brazo de Diego, su padre, y su rostro reflejaba lo emocionada que se encontraba. Habían sido los mejores meses de su existencia, trabajando codo con codo con Roberto, conociéndolo a nivel sentimental, maravillándose de ver lo bien que se complementaban. Sin lugar a dudas, era el hombre de su vida, el que había sido capaz de devolverle la sonrisa y las ganas de ser feliz. Cuando se acercaron al altar, él la cogió de la mano y se miraron a los ojos llenos de amor. A continuación, el juez dio inicio a la ceremonia, hablando un poco de ellos y leyendo un precioso poema que emocionó a todos los presentes.

—Prometo estar siempre a tu lado, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta el fin de mis días. Te amo y te amaré siempre —declaró con emoción Roberto mientras le colocaba el anillo en el dedo a Raquel.

—Roberto, te querré siempre y seré tu mejor amiga, tu confidente, la persona que siempre velará por tu felicidad. Te amaré eternamente porque tú eres mi vida —dijo ella a continuación, deslizando el anillo por su dedo.

—Roberto Santamaría Pérez, ¿quieres a Raquel Sanz Moore como esposa? —preguntó el juez.

—Sí, quiero —susurró él sin dejar de mirarla.

—Raquel Sanz Moore, ¿quieres a Roberto Santamaría Pérez como esposo?

—Sí, quiero —declaró ella con una sonrisa de felicidad.

—Con vuestras firmas aquí, en este documento, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia —indicó el juez con una sonrisa.

Raquel y Roberto se besaron tiernamente mientras los allí reunidos aplaudían con efusividad el romántico desenlace de aquellas dos personas tan queridas por todos.

Sabían que, allá donde estuviera Hugo, él también estaría feliz de ver que iban a estar juntos toda la vida. Porque, gracias a él, Roberto y Raquel se habían dado cuenta de que eran perfectos el uno para el otro.

Y, así, bajo el cielo de Marbella, dos personas que jamás creyeron que sus vidas estarían entrelazadas de esa manera miraron hacia el mar, como dándole las gracias a Hugo por ser el culpable de su unión, porque, sin él, nada de eso habría pasado y se habrían sentido por siempre incompletos.

AGRADECIMIENTOS

Antes de comenzar agradeciendo a todas las personas que me han ayudado de una manera u otra, quiero darte las gracias a ti, lector, por querer descubrir mi primera novela, que gracias al Grupo Planeta ha vuelto con nueva imagen y mejorada. Cuando comencé a corregir de nuevo esta historia, a la cual le tendré siempre un cariño especial por ser la que me ayudó a dar un paso al frente y mostrar al mundo mi pasión; no quise cambiarla demasiado, sólo lo estrictamente necesario. Creo que esta historia debe ser así de corta y concisa, siendo los protagonistas los sentimientos, claramente reflejados en cada página y en cada acción de los personajes: lealtad, amor, fraternidad, celos, temor, dolor, desesperación, incompreensión, pasión y un largo etcétera que compone la vivencia de Raquel. Gracias por dejarme contarte esta historia; espero haberte emocionado y haberte hecho pensar un poco en que la vida es efímera y en que hay que exprimirla a cada segundo.

Cómo no, quiero agradecer a la persona que convive bajo mi mismo techo la gran idea que tuvo de animarme a que publicase precisamente esta historia, hace ya unos cuatro años... ¡Gracias, mi amor! Gracias por tenderme la mano y ayudarme a cumplir mis sueños.

Gracias a mis hijos por ser como son, por hacerme reír y por saberse todos los títulos de mis novelas. Jajajajaja. ¡Sois lo mejor de mi vida!

Gracias a mi gran familia, a mis amigas, a las mamás del cole de mis hijos, a las personas que he ido conociendo a través de las redes sociales y que se han convertido en grandes amistades; gracias por estar ahí, gracias por todo.

Gracias a mis lectores cero, que no sabría qué hacer sin ellos. ¡Sois los mejores!

Gracias a todas mis lectoras por sus palabras tras leerse cualquiera de mis novelas, por compartir mis novedades en sus redes sociales, por tantísimo que me dan sin darse cuenta. ¡Sin vosotras esto sería imposible!

Gracias a mi querida editora, Esther Escoriza, por confiar una vez más en mí y por animarme a que publicase mi primera novela con ella. Ya te lo he dicho muchas veces, pero no me cansaré de hacerlo: gracias por cumplir cada uno de mis sueños. ¡Eres muy grande!

Gracias al fabuloso equipo del sello editorial Zafiro, del Grupo Planeta, por su cariño y su profesionalidad. ¡Sois la bomba!

Y gracias a Raquel, Hugo y Roberto, los protagonistas de esta novela, que aunque no sean reales, para mí ya son parte de la familia. Gracias a ellos comprendí que mi pasión podía convertirse en algo mucho más grande.

BIOGRAFÍA



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí*, *Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras* y *Campanilla olvidó volar*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en: [<www.loleslopez.wordpress.com>](http://www.loleslopez.wordpress.com).